This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

https://books.google.com

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
B 4 311 575

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL MUNDO DE LOS GNOMOS

PRINTED IN SPAIN

Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCIÓN CERVANTES

IX

SELMA LAGERLÖF

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

EL MUNDO DE LOS GNOMOS

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

VICENTE DIEZ DE TEJADA

EDITORIAL CERVANTES
AVENIDA ALFONSO XIII, 382
BARCELONA, AÑO MCMXXVIII

Digitized by Google

Univ. Library, UC Santa Cruz 1999

ES PROPIEDAD

Digitized by Google

PT
9767
T7
S6
1928

DOS PREDICCIONES

Fácil será comprender que el día 20 de noviembre de 1858 hubiese sido penoso y agitado en el viejo dominio de Marbacka. A prima noche acababa de nacer un niño; y este es un acontecimiento que siempre produce alteración aun en una casa en la que exista el hábito de tomar la vida sencillamente y de no dar importancia mayor a una cosa que carezca de ella.

La noche es obscura. A eso de las nueve, la mujer del pastor, cuya casa es vecina de Marbacka, se presenta en la puerta de la cocina. Es una viejecita amiga y aliada de la casa, a quien todo el mundo llama Tía Wennervik. No ha podido estarse quieta; se ha echado un pañuelo sobre la cabeza, ha encendido un farol para recorrer el estrecho sendero que corre a lo largo del jardín y ha llegado en busca de noticias.

Se la hace pasar directamente a una pequeña salita cerca de la cocina. En ella vive la anciana señora Lagerlof, viuda del oficial de Administración, Lagerlof; en ella ha vivido toda su vida de soltera y de casada; setenta años tiene ya y los cabellos blancos.

Digitized by Google

Está sentada en uno de los ángulos del sofá y, como de costumbre, hace media para sus nietecitos. Reina en ella la calma; calma es ella misma. Su hijo, el teniente Lagerlof, que explota la pequeña propiedad después de su padre, acaba de anunciarle que el peor momento ha pasado y que un nuevo sér ha venido al Mundo.

Aunque es tarde ya, el ama de gobierno ha preparado café y presenta una bandeja bien surtida. Tía Wennervik y la anciana señora Lagerlof, toman su café charlando. Tía Wennervik se entera de que es una niña la que acaba de nacer; y las dos ancianas, tan próximas a los límites de la vida, discuten acerca de la buena o malaventura de la que acaba de hacer su aparición en este Mundo.

—Su vida será lo que ella quiera que sea—concluye la señora Lagerlof.

—Sí; pero existe también la suerte y no hay que olvidarlo—responde Tía Wennervik.

En este momento la señora Lagerlof se inclina hacia delante y palpa el gran bolso que Tía Wennervik lleva siempre al brazo y en el que se encierran mil cosas, pues esta señora es de las que pueden dar un buen consejo en todas las circunstancias y siempre está dispuesta a prestar cualquier servicio. Se ha casado muy tarde ya con el pastor Wennervik, hermano de la señora Lagerlof; antes había sido ama de gobierno en varias grandes casas y sabe de todo: preparar una comida de bodas, urdir las telas más finas,

Digitized by Google

curar enfermos y educar muchachas campesinas para hacer de ellas excelentes señoras de su casa.

La anciana señora Lagerlof, al palpar el bolso, advirtió en seguida que, además de las gafas, el llavero, la cajita de la costura, las pastillas para la garganta, el frasco del medicamento, el manual de tejido y las sales, contenía aún un objeto cuadrado y duro.

—Veo que ha traído usted sus cartas—dijo.

Un ligero rubor enrojeció las marchitas mejillas de Tía Wennervik. Sabe echar las cartas y nunca las extiende sin descubrir en ellas lo que ha de suceder. Le gusta que se acuda a utilizar su arte; pero no lo confiesa; y en este momento afirma que no comprende cómo se hallan allí las cartas, pues no recuerda haberlas puesto en su bolso.

—Pero ya que están, debería usted interrogarlas respecto a esta pequeñuela que ha venido al Mundo —dice la señora Lagerlof.

Tía Wennervik se hace rogar un poco; no mucho; se retira la bandeja para dejar sitio y, después, comienza a preparar su juego. Maneja las cartas con gran destreza y la anciana señora Lagerlof, que la mira, no puede ocultar que su cuñada tiene todo el aspecto de una verdadera adivinadora, con su piel morena, sus ojos negros y vivos que bailan y su larga nariz ganchuda. Cubre su cabeza con una cofia de puntillas negras que desciende en punta hasta la mitad de la frente y en cada una de las sienes pre-

Digitized by Google

senta tres rizos alineados. No tiene un solo cabello blanco; pero no hay en su rostro un espacio que no esté surcado de arrugas.

Tía Wennervik dispone cuatro filas de nueve cartas; luego coloca su índice sobre la primera y comienza a contar: una, dos, tres, cuatro, hasta dieciséis. Cuenta subiendo y bajando, a derecha e izquierda y su índice sigue la cuenta. Al llegar a la décimasexta carta, se detiene y murmura muy baja, como descontenta:

—¿Qué ve usted?—pregunta la señora Lagerlof.

—Hay una enfermedad que parece perseguirla—responde Tía Wennervik—y mucho me temo que no la arrastre toda su vida.

—¡Cada cual con su cruz! Sin ella no se es jamás gran cosa—dice la anciana señora Lagerlof, quien, de temperamento optimista, trata siempre de ver el lado bueno de las cosas—. Si es enfermiza llevará una vida sedentaria; y, en el fondo, esto es lo mejor.

Tía Wennervik apoya de nuevo su índice sobre todas las cartas y comienza de nuevo su cálculo.

—Hay largos y numerosos viajes—dice, guiñando el ojo, un tanto burlona—y se ve obligada con frecuencia a cambiar de casa y de residencia.

—Piedra que rueda, no cría moho—suspira la señora Lagerlof, quien durante toda su vida ha habitado siempre la misma casa y a quien disgusta que su nietecita sea de las que no tienen morada fija—. Pero comprendo que si ha de ser enfermiza y no puede

Digitized by Google

ganarse la vida, vivirá en casa de unos y de otros parientes. La existencia no es alegre para quien no puede trabajar ni ser útil.

—Por lo contrario—anuncia Tía Wennervik tras un nuevo cálculo—trabajará toda su vida. Trabajará, no tenga usted miedo.

—Bien, pues, entonces, esto significa quizá que se verá obligada a ganar su pan en casa de otros y que cambiará de amo con frecuencia—suspira la señora Lagerlof, a quien una existencia semejante, a sueldo en casa extraña, le parece el peor de los males—. No obstante—añade, iluminándose su rostro,—puede ocurrirle como a usted, amiga mía, para quien, al fin, se arregla todo, puesto que llegará a ser una persona tan dispuesta como usted.

—¡ Ella no tendrá por oficio tejer toda su vida !—exclama Tía Wennervik hundiendo la nariz en las cartas, tan dominada por su juego, que no se cuida ya de lo que sus predicciones puedan tener de agradables o de desagradables para su auditorio.

—Tendrá mucho quehacer con libros y papeles, me parece.

La anciana señora Lagerlof se inclina hacia las cartas como para buscar en ellas el sentido de las cosas extrañas que anuncia Tía Wennervik.

—¿Mucho quehacer con libros y con papeles? —repite asombrada—. Esto significa que se casará con algún pobre vicario adjunto que será enviado de parroquia en parroquia antes de poder asentarse

Digitized by Google

en alguna parte. Pero con tal de que sea bueno para ella...

Tía Wennervik la interrumpe y levanta el índice en el aire.

—¿Quiere usted, amiga mía, que le diga la verdad?

—Seguramente

—¡Pues ella no se casará nunca!

—¿No se casará nunca?—repite la señora Lagerlof sorprendida; y tiene que realizar un esfuerzo sobre sí para no demostrar su contrariedad—. Bien; así se evitará quizá, muchas penas. Pero, ¿puede usted al menos decirme si será una buena y honrada persona?

—No será mala—dijo Tía Wennervik, absorta de nuevo por el secreto de su juego. Pero la señora Lagerlof la interrumpió diciendo con cierta sequedad.

—No trate usted de inquirir nada más. Estoy contenta sabiendo que será una persona buena y honrada. En el fondo, esto es lo único que importa.

* * *

Hay un libro que se titula *Oceóla*, si no me engaño, pero puedo equivocarme y ostentar este libro otro bello nombre exótico. Lo forman relatos de aventuras entre los pieles rojas; pero no han debido de ser escritos pensando en los niños. Ignoro quién sea su

Digitized by Google

autor y en qué época ha aparecido. Debe de ser bastante viejo, pues ha más de cuarenta años que lo vi por primera vez.

¿Cómo llegó extraviado este libro hasta nuestra casa, en Vermland? No formaba parte de nuestra biblioteca, que se componía de poesía, sobre todo, y en la que figuraban muy pocas novelas. Acaso lo llevase algún viajero, o mi tía, gran lectora de éstas, lo pediría prestado a alguno de nuestros vecinos. Sea como fuere yo lo encontré un día—podía yo tener siete u ocho años—sobre una mesa del salón, y me puse a hojearlo.

Ya me gustaba leer. Diariamente, sentada en una silla baja junto a mi madre, que cosía, leía la Historia universal para uso de la mujeres, de Nosselt. Así habíamos recorrido siete volúmenes. Con gran placer recuerdo siempre los bellos cuentos del primero; siempre me complazco en releer el regreso de Ulises que mata a los pretendientes, pero las despedidas de Héctor y de Andrómaca, las salto, pues no puedo leerlas sin llorar.

La saga de Frithiof, las aventuras de Andersen los cuentos del abanderado Stal, los conozco mucho. Pero *Océola* es la primera novela que cayó en mis manos. No pienso leer este grueso volumen—creo que necesitaría años para ello,—lo hojeo, simplemente. Y la casualidad o la suerte quieren que caiga mi vista sobre el pasaje patético en que la heroína, hija joven de un propietario de plantaciones, es sorpren-

Digitized by Google

dida en el baño por un caimán. Huye, es perseguida, se ve perdida ya... Jamás he leído nada tan palpitante. Continúo leyendo sin aliento hasta el punto en que el joven y valeroso indio aparece y tras una lucha horrible hunde su cuchillo en el corazón del caimán.

Sigo leyendo página tras página, mientras no se me interrumpe, y en cuanto tengo un momento de descanso y no se me retiene en la sala de estudio para enseñarme a escribir, a contar y a leer correctamente, vuelvo a *Océola*, que continúa en el mismo sitio, y prosigo mi lectura.

Estoy fascinada, hechizada, y no pienso más que que en ello noche y día. Acabo de descubrir un Mundo nuevo; es toda la riqueza de la vida que se desarrolla por primera vez ante mis ojos. Es el amor, las hazañas heroicas, hombres nobles y hermosos, espantosos bribones, peligros y alegrías, la felicidad y la derrota. Es también una serie de sucesos maravillosos entrelazados que nos absorben y nos encantan. Es una multitud de cosas cuya existencia no había sospechado jamás una niña de siete años, educada en una casa tranquila, en el campo.

Después de haber terminado *Océola*, me pongo a devorar todas las novelas que caen en mis manos. Sería difícil determinar lo que comprendo de ellas; pero me hacen gozar lo indecible. La mayor parte se han borrado ya de mi memoria.

Pensando en aquellos tiempos me asombro de

Digitized by Google

que se me permitiese leer todo lo que se me antojaba. Pero me doy cuenta de que les resultaría penoso rehusarme cualquier cosa que fuese. La enfermedad que tía Wennervik predijo había llegado; una de mis piernas era muy débil y durante largos períodos no podía servirme de ella. No se creían buenos para mí los juegos al aire libre en los que se corretea ni los ejercicios físicos; debía permanecer tranquila. Y como mis padres veían que yo era completamente feliz con tal de tener un libro en la mano, no tenían valor para rehusarme este placer.

Así, pues, el conocimiento de *Océola*, de aquel libro de aventuras, es decisivo para toda mi vida. El despierta en mí un grande y profundo deseo de hacer algún día algo tan maravilloso como aquello. Este libro es la causa de que, desde mi tierna edad, sepa que mi vocación en la vida sea la de escribir libros.

Mis hermanas y nuestra niñera me han referido las predicciones de Tía Wennervik la noche de mi nacimiento. En ellas hay muy poco que pueda satisfacerme; pero lo estoy, ya que está predicho que tendré mucho quehacer con libros y con escritos. Esto era todo lo que en el Mundo me interesaba en aquel tiempo.

* * *

Cuando cumplo los nueve años, otra de las malas predicciones de Tía Wennervik se realiza. Parto

Digitized by Google

para un gran viaje. Se me envía a Estocolmo a consultar a los médicos acerca de mi pierna enferma, y éstos prescriben una cura en un instituto de gimnasia. Me quedo, pues, en Estocolmo todo el invierno y el tratamiento me produce mucho bien. Al regresar a nuestra casa en la primavera siguiente, estoy tan fuerte como las demás niñas de mi edad, y apenas si se me nota que cojeo ligeramente.

En Estocolmo vivo en casa de unos parientes que son muy buenos para mí, lo que no impide que sienta con frecuencia la nostalgia. Me cuesta trabajo habituarme a la vida de una gran ciudad; hallo insoportable tener que ponerme un sombrero y un abrigo siempre que salgo y detesto las largas calles rectas por las que los niños han de andar tan correctos y tan rígidos como las personas mayores. No entiendo, tampoco, los juegos de los niños de Estocolmo; no sé servirme de sus pequeños trineos y no me gustan las muñecas. Me encuentro torpe y tonta en la compañía de muchachas y de gentes vivas y coquetas, tengo miedo de que se burlen de mi acento del Vermland.

Pero hay en Estocolmo cosas indeciblemente maravillosas, superiores a toda descripción y que compensan mis penas. Por ejemplo, en casa de mis tíos hay una biblioteca en uno de cuyos plúteos se alínean todas las obras de Walter Scott, y el tío me las presta una tras otra hasta que las leo todas.

¡Y, además, hay teatro!

Digitized by Google

En casa de mis tíos vive una anciana que ha sido ama de gobierno de mi tío antes de su casamiento. Es ya muy vieja para tomar parte activa en los trabajos de casa y pasa sus días sentada en un buen sillón en su cuartito, donde hace media y ganchillo. Mi tío es muy bueno para ella. Como teme que se aburra, con frecuencia le proporciona algún billete para el teatro, y cuando la buena señora va, me lleva con ella. Mis parientes han observado el inmenso placer que esto me produce y, además, les agrada que la anciana Ulla no esté sola. Nuestras entradas no le cuestan nada a nadie. Mi compañera dice una palabra amable a la portera y me deja pasar. No tengo, desde luego, asiento alguno; pero esto no importa. El tiempo en el teatro es tan corto... Antes de que pueda darme cuenta de que estoy cansada, ya se ha acabado.

Aun hay, sin duda, quien se acuerda de las desgastadas escaleras y de los estrechos pasillos de la antigua ópera y, acaso, del olor que impregnaba los corredores. A mí me ha ocurrido al entrar en cualquier viejo teatro del extranjero, volver a dar con aquel olor. Esto me basta para sentir el bienestar de la espera; me vuelvo niñita esperando ante la puerta de los palcos que la acomodadora venga a abrir.

Ulla y yo nos colocamos siempre en la segunda galería, en el fondo de la fila primera; y, por otra parte, no es siempre a la Opera donde vamos, sino

Digitized by Google

también al Teatro Dramático, en el que tenemos el mismo sitio... Esto es otro nuevo Mundo más, que se abre ante mí. Hay para perder la cabeza.

Pero, en el fondo, ¿es completamente nuevo para mí este Mundo? ¿No es, mejor, el mundo familiar de las novelas, que se anima ante mis ojos? Así son, tal cual yo me los figuraba, mis salvajes, mis caballeros vestidos de cotas de guerra; así es como se viste un rey; así cómo se construye el claustro de un convento; así, bajo esas largas capas grises, se pasean los frailes y las monjas... Veo mares enfurecidos, paisajes tropicales y volcanes vomitando fuego y humo. Y lo tomo todo muy en serio. Jamás se me ha ocurrido la idea de que la Bella Elena pueda ser únicamente una gran ficción. Creo que las cosas han pasado realmente así, cuando ocurrió el rapto de Elena, aunque Nosselt se haya olvidado relatarlo.

La anciana Ulla y yo, tenemos el mismo gusto. Nos agradan las bellas decoraciones, los lindos trajes, los grandes espectáculos en que el escenario está lleno de gente. Y, desde luego, es la acción lo que nos interesa; el canto y la música no nos entusiasman, casi nos fastidian, impidiéndonos oír las palabras.

Sentimos preferencia por las obras en que figuran reyes y caballeros. A mí me gusta una pieza popular como *Los vermlandeses*, pero es porque me recuerda mi país. Ulla se lamenta de no ver más que campesinos en escena y me zahiere estableciendo un paralelo con la Bella Elena. Esto me molesta por

Digitized by Google

mis compatriotas; pero, en el fondo, soy de su misma opinión.

Mientras tanto el invierno toca a su fin y al llegar la primavera me llevan a mi casa. Pero el recuerdo de todo cuanto he visto me domina y con frecuencia lo refiero a mis hermanos.

Un día en que no sé por qué causa teníamos asueto, se nos ocurrió jugar a teatros y representar una de las obras que yo había visto en Estocolmo. Elegimos *Mi rosa silvestre*, por ser la más sencilla de representar.

Será un día fatigoso para mí, pues soy yo quien ha de enseñar sus papeles a los actores y a las actrices. No tenemos libro; sólo mi memoria ha de suplirlo todo; y yo, con el auxilio de tapetes y de colchas transformo nuestro cuarto de niños en un escenario.

Una niña de doce años que está como pensionista en nuestra casa, hace de primera dama. Está muy bonita con un viejo vestido de baile de mi madre. Mi hermana mayor, que tiene también doce años, se ha puesto el dolmán más antiguo de mi padre, para representar el amante. Nuestra niñera accede a ser un ama de gobierno; y yo me he encargado del papel de un anciano de setenta años, con largos cabellos blancos; los míos, muy crecidos y casi blancos a fuerza de ser rubios, me han decidido por este personaje.

Por la tarde está todo dispuesto. El público lo forman padre, madre, nuestra tía paterna, la ins-

Digitized by Google

titutriz, el ama de gobierno y dos o tres criadas. Logramos un gran éxito, y pienso si, representada de este modo, habría reconocido el autor su obra.

Desde aquel día yo no pensaba más que en el teatro. Me pesaba el tiempo que había de tardar en dejar el banco de la escuela en la que perdía los días aprendiendo cuentas y escribiendo lecciones, para consagrarme, al fin, a la composición de novelas y de obras teatrales.

* * *

Es una hermosa tarde de primavera y me paseo por el bosquecillo que sirve de prolongación al jardín. En cuanto por uno de los frondosos viales llego al límite del bosque, me siento deslumbrada. Vastos campos se extienden ante mí y la luz del sol ondula, mecida por la humedad que brota de las tierras recientemente labradas. Por un lado el aire tiene reflejos de púrpura; por otro, parece salpicado de polvo de oro. Pero bajo los árboles, sorprende la fresca obscuridad. Su follaje ha brotado nuevamente y aún no estoy acostumbrada a la verde penumbra que reina bajo sus ramas. Repentinamente, al volver de nuevo la espalda a la luz y entrarme bajo sus sombras, acuden a mis labios unas sencillas rimas.

Me detengo sorprendida. ¡Son versos!... ¡Yo hago versos!...

He leído todos los volúmenes de poesías de casa,

Digitized by Google

Tegnér, Runeberg, Stagnelius, Vitalis, Bellman, etcétera; pero jamás he pensado un solo instante en hacer versos yo misma. La poesía es algo elevado y sagrado; un don que no pertenece más que a algunos elegidos de la Humanidad.

¡Figuraos que habéis crecido como una pobre mendiga, y que, de pronto, vienen a anunciaros que sois hija de un rey! ¡Imaginaos que habéis estado ciegos y que, bruscamente, recobráis la vista! O que habéis sido pobres y os habéis vuelto ricos; que habéis vivido solos y sin un amigo y os encontráis con un grande y profundo amor... Imaginaos cualquier felicidad repentina... no obstante, no os imaginaréis ninguna mayor que la que me inunda en este momento.

Guardo para mí el descubrimiento; pero permanezco aturdida toda la tarde, no dándome cuenta de nada de lo que pasa a mi alrededor, respondiendo a torcidas a cuanto se me pregunta.

Aún los veo hoy reunidos en torno a la cena; mi padre y mi madre; mis hermanas, mi tía, la institutriz... y yo misma, pequeña y pálida, con largos cabellos rubios claros. Mi padre habla como de ordinario y bromea con mi tía y con la institutriz. Se ríe; y la conversación gira sólo en torno a cosas banales. ¿Qué hubiesen dicho si hubieran sospechado las locas esperanzas que me embargaban?...

Lo que me inquietaba un poco era la predicción de Tía Wennervik: nada en las cartas había indica-

Digitized by Google

do que yo sería grande y notable. Pero un poeta que hace versos es un genio. Es casi más que ser rey. Poco a poco me invade el temor de haberme engañado y de carecer de la vocación divina.

Pero, en voz baja, me repito mis dos versitos y esto basta para sentirme de nuevo inmensamente orgullosa y feliz.

Cuando por la noche me encuentro, por fin, sola, llena de esperanza me pongo a componer un poema. Hallo consonantes, alíneo versos y no pego un ojo en toda la noche. Por la mañana he terminado gran número de estrofas; pero mi poema no es para mí de gran importancia: lo esencial es que poseo el don; que formo parte de los escasos elegidos.

Desde este día laboro versos desde la mañana hasta la noche; y esto, durante años.

La mayor parte de mis obras se ha perdido; lo poco que de ellas queda es muy malo. De toda mi poesía no hay más que dos versitos rimados que me son queridos y que recito a veces en voz baja, cuando me hallo en la penumbra de los árboles y veo la clara llama del ocaso sobre la llanura y el valle.

* * *

Tengo veintitrés años y me encuentro en la misma casa buena y hospitalaria que me acogió y albergó cuando tenía nueve. Esta vez he venido para

Digitized by Google

intentar ingresar en la Escuela Normal Superior. Me he examinado y espero el resultado.

El día se desliza interminable. El examen ha durado cerca de una semana y no me ha parecido tan difícil como había temido. He vivido días de fuerte tensión nerviosa, de excitación, de lucha, y, a veces, hasta de placer. Los examinadores han sido muy amables. De un modo general creo que he contestado bastante bien. Desgraciadamente esto no basta, hay que contestar mejor que las demás candidatas.

La escuela no recibe más que veinticinco nuevas alumnas por año y somos cuarenta y nueve. Esto es lo que me asusta. Se nos ha examinado en grupitos de a tres; no puedo, pues, darme cuenta de la fuerza de las otras. Pero estoy persuadida de que ellas salen todas de buenos liceos y de buenas escuelas. No han vivido siempre en el campo ni empleado su tiempo en hacer pobres versos. Lo natural es que sean más fuertes que yo.

Durante este último año he seguido en Estocolmo un curso preparatorio; pero no es más que un año de estudios serios; poca cosa en comparación de sus ocho años de liceo.

No sabré el resultado hasta esta tarde. Si he fracasado, el conserje de la escuela me traerá un volante diciéndome que no puedo ser admitida este año. Si triunfo, no se me dirá nada. No tendré que hacer más que ir tranquilamente a la escuela mañana por la mañana a comenzar mis estudios. Pero

Digitized by Google

aún estamos en la mitad del día; sólo dentro de algunas horas será cuando pueda esperar la terrible llegada del conserje.

Mis parientes, seguramente, tienen piedad de mí, pero no pueden hacer nada para ayudarme. Se habla, pero me molesta seguir la conversación. Sólo pienso en el examen, en mi deseo y en mi esperanza ardientes de éxito; no porque me crea mejor que mis camaradas, sino por que creo ser la que más necesidad tiene de triunfar.

Cosa es esta de la que estoy segura. Nadie tiene más necesidad que yo de estos tres años de enseñanza gratuita en la escuela. Si fracaso, se acabó todo; tendré que buscar una plaza de institutriz en una familia o bien regresar a mi casa, al campo, para ayudar a las tareas domésticas. No soy ya lo suficientemente niña para creer que en la vida basta esperar y soñar; sé que hay que trabajar y adquirir conocimientos cuando se quiere ser escritora; sé, también, que hay que adquirir conocimientos hasta para vivir, sencillamente, pues somos pobres de algunos años acá y debo aprender a ganarme la vida.

Las otras candidatas no obran, quizá, contra la voluntad de sus padres. Quizá no han tenido que forzar la voluntad de sus padres para dejar su casa. Acaso entre ellas no se cree que una mujer tenga necesidad de aprender nada. Y si no son admitidas este año, volverán el próximo. Mientras que yo no

Digitized by Google

obtendré jamás permiso de mi padre para volver a Estocolmo, si fracaso ahora.

Las otras, acaso no sean pobres como yo, y podrán continuar sus estudios en otras escuelas. ¡Yo no! Mi padre no tiene dinero que darme, y, sin duda, por esto se resiste tanto a dejarme salir de casa. Pero si logro ser admitida, mi carrera está ya trazada; buscaré dinero prestado para vivir en Estocolmo durante los cursos. Si fracaso, ¿quién querrá ayudarme?

El tiempo se arrastra penosamente; no puedo hacer nada, no puedo salir; ¡si viniese el mensajero durante mi ausencia! Estudiar no sirve de nada una vez verificado el examen. Sólo me resta esperar.

Yo he conocido la espera durante toda mi vida; he esperado ser descubierta; he esperado que cualquiera leyese mis novelas, mis dramas, mis versos, y esperaba que los hallasen soberbios y geniales. Siempre que se los he enseñado a alguien he esperado el milagro.

Una vez, creí firmemente que había llegado ya. Fué en una boda, en casa de uno de nuestros vecinos y yo era damisela de honor. Durante la comida de boda uno de los mozos de honor hizo un discurso en verso para las señoritas y yo recibí el encargo de contestarle en verso. Entrambos obtuvimos un gran éxito.

Después de la comida, me llamó mi madre. Eva Fryxell quería hablarme,

Digitized by Google

Eva Fryxell era la hija del gran historiador Anders Fryxell, pastor de una parroquia vecina. También ella escribía y era mujer de alta cultura—; pasaba los inviernos en Estocolmo, donde frecuentaba todos los medios literarios. Nadie más indicada que ella para hacerme salir de la sombra. Asistía al casamiento, me había oído recitar mis versos y deseaba hablarme...

Preguntóme si escribía versos con frecuencia y me rogó que le enviase mis mejores composiciones para tratar de colocarlas en alguna revista.

Era muy amable y yo creí que la fortuna me sonreía. Le envié mis poemas y esperé verlos aparecer. Pero pasó el otoño y el invierno y no se publicó nada.

En primavera recibí unas palabras de Eva Fryxell; me devolvía mis pobres versos, que no había podido colocar en parte alguna y me aconsejaba que tratase de ver un poco más de mundo y adquirir algunos conocimientos, sin lo cual, nunca llegaría a ser nada.

A estas exhortaciones atribuyo el haberme decidido a separame de mi hogar durante un año; un año durante el cual no he escrito, sino estudiado, trabajando rabiosamente para adquirir lo que me faltaba.

Durante este tiempo el amor al estudio se ha despertado en mí. Por esto deseo de todo corazón estos

Digitized by Google

tres años de cursos que sólo el examen puede darme; tres años de trabajo intenso y progresivo.

«Trabajará y se fatigará durante toda su vida»—había predicho Tía Wennervik; y yo esperaba ardientemente que así fuese.

De vez en vez, llaman a la puerta de entrada, y me sobresalto, por más que se me ha advertido que el mensajero no puede llegar antes de las cinco.

La esperanza va disminuyendo. Las otras cuarenta y ocho camaradas han sido, sin duda, más fuertes que yo. Acaso he contestado mal alguna vez, sin darme cuenta de ello.

Las tres y llaman de nuevo.

Es una joven parienta y camarada, que, como yo, intenta ingresar en la Escuela. Pertenecemos al mismo grupo de examen.

Viene a anunciarme que hemos sido admitidas las dos. No quiere decirme por quién lo sabe; pero sí que los informes son de buenas fuentes. En cuanto ha sabido la buena noticia ha venido a comunicármela.

Yo no sé lo que digo ni lo que hago. Ni siquiera sé si le he dado las gracias. Corro a refugiarme en el fondo de la casa para estar sola. Y mis lágrimas brotan y corren a raudales.

Siento que lo más duro de mi vida está resuelto ya. No carezco ya de medios ni dependeré de nadie. Tengo una carrera ante mí; ganaré mi vida y seré dueña de mis acciones.

Digitized by Google

Ahora será cuestión mía llegar donde quiero llegar.

* * *

Tarde de marzo de 1900, en el Gran Hotel, en Jerusalén. He sido llamada al vestíbulo por Djemil, nuestro intérprete sirio, pasa recibir una visita. Se trata de una persona que no podría ser introducida en mi cuarto ni en el salón de recibo del hotel. El intérprete no cree conveniente hacerla pasar del vestíbulo.

No me sorprende, al verla; pues el visitante no tiene muy buen aspecto. Es un viejo negro de un tipo espantosamente feo; un hombre que, con sus labios gruesos, sus desmesurados brazos de mono, sus músculos hinchados, su cuerpo recio y su piel ruda y curtida, semejante a la corteza de un árbol, parece pertenecer a una raza de hombres antediluvianos. Este sér no va vestido con lo que se ha convenido en llamar vestiduras: está envuelto, liado en largas piezas de tela blanca sucia; lleva los pies descalzos y su cabeza va cubierta por un trozo de la misma tela en que se ha enfardado el cuerpo.

Algunos días ha, Djimil, nos condujo a mi compañera de viaje Sofía Elkan y a mí, a la antigua mezquita de El-Aksa; y en una nave lateral, vimos un viejo tapiz desgarrado extendido en un agujero. Djemil nos explicó que, de ordinario, en aquel rin-

Digitized by Google

rón, se halla un hombre que está a la disposición del público para predecir lo porvenir. Yo manifesté mi disgusto por no verlo allí en aquel momento, pues me habría divertido hacerme decir la buenaventura por un verdadero adivino en la vieja mezquita de El-Aksa, construída sobre los cimientos del propio templo de Salomón. Y nuestro intérprete fué a buscar al hombre y lo había traído.

No es cosa muy solemne escuchar predicciones en el vestíbulo de un hotel por el que van y vienen criados y viajeros; pero no me es dado escoger. Nos retiramos los tres a un rincón en que hay una mesita. El negro saca un saquito que guardaba entre sus trapos, lo desata y vierte sobre la mesa una capa de arena, arena de la orilla del mar, sin duda, pues está mezclada con finos restos de conchas.

Durante estos preparativos me acuerdo de Tía Wennervik. ¿Será este hombre tan buen profeta como ella?

Extendida uniformemente la arena, el negro dice al intérprete algunas palabras en árabe y éste me las traduce al inglés.

«Ruego a la lady que piense en lo que quiere saber. La lady no tiene necesidad de decirlo: basta con que reconcentre su pensamiento un instante y tendrá la respuesta.»

Permanezco perpleja un momento. Al parecer, existe un abismo entre un negro árabe y una viajera de Occidente. ¿Qué puntos de contacto puede ha-

Digitized by Google

ber entre nosotros, que hemos vivido en dos Mundos diferentes?.

¿Qué podré preguntar a su ciencia que esté en la esfera en que se mueven sus pensamientos?

Durante toda mi estancia en Jerusalén apenas si he pensado más que en una sola cosa. He venido únicamente para visitar a un pequeño grupo de campesinos suecos de Naas, Dalecarlia, que, con algunos americanos, han fundado aquí una colonia. Quería verlos para escribir un libro sobre ellos.

Ya los he visto varias veces; he comido a su mesa; he visitado sus escuelas y sus talleres; me he paseado en coches construídos por ellos; he hollado con mis pies tapices por ellos fabricados. Los he oído exponer su doctrina, franca y libremente. Nada he visto en ellos que no fuese sincero y honrado.

Me he emocionado hasta el llanto, cuando en este país extranjero he visto sus nobles figuras suecas y escuchado su parla familiar. He asistido a sus servicios religiosos y los he oído cantar por nosotros, sus huéspedes de Suecia, su cántico de adiós al país natal. «Un día volveremos a vernos». Los he encontrado sencillos y valientes, sufridos y aplicados al trabajo; y ardo en deseos de escribir un libro sobre ellos.

Pero me han asaltado una y cien dudas: ¿llegaré a hacerlo? Existe la aprensión de mi impotencia para abarcar el asunto; pero existen, además, otras

Digitized by Google

razones. Estoy agitada por una penosa incertidumbre y una indecisión que llega a ser dolorosa.

Es esta una cosa importantísima para mí. Mi largo viaje resultaría en vano; mi tiempo, mi fatiga, mi dinero, malgastados. Por esto me pregunto todos los días: ¿haré un libro sobre ellos?... Y si lo hago, ¿será leído?

He aquí una pregunta que puede dirigirse a esta especie de hombre prehistórico, que, quizá, ni siquiera sabe lo que es una novela.

De todos modos, como de lo por venir apenas si deseo saber más que esto, fijo mi pensamiento en la pregunta: «¿Llegaré a escribir un buen libro sobre los campesinos suecos de Jerusalén?».

El adivino levanta la mano sobre la arena, tiende su grueso índice, terminado por una uña que parece una garra, y hace dos o tres agujeros en la lisa superficie. Murmura unas palabras y calcula. Pasa un momento, después, se vuelve hacia Djemil y le habla en árabe.

—Dice que la lady piensa en algo que trata de escribir en papel—traduce Djemil—y ruega a la lady que no se inquiete. Triunfará en lo que ella piensa.

La respuesta me aturde un momento. Este viejo negro parece no leer mal los pensamientos.

Me mira con mirada interrogadora y digo al intérprete que le dé las gracias, pues estoy contenta con su respuesta.

El, inmediatamente, borra los agujeritos forma-

Digitized by Google

dos en la arena, iguala la superficie y me dice si quiero hacer una nueva pregunta.

Esta vez no tardo en pensarlo. Al día siguiente pensamos salir de Jerusalén para visitar otros lugares, y sencillamente, pregunto: «¿Tendremos buen viaje?».

El adivino parece no hacer ningún caso de mi pregunta. Pide ver mis manos, mis dos manos.

Yo le muestro las palmas; él las mira, da un paso hacia atrás y las palabras fluyen de sus labios. Está visiblemente emocionado.

—¿Qué le pasa? ¿Qué dice?—pregunto al intérprete.

—Dice que la lady piensa en un camino que se abre ante ella y afirma que la lady hará un buen viaje. Dice que la lady tiene el signo del Sultán Ibrahim el Kalil y el del Sultán Salomón, en sus manos. Dice que todo le saldrá bien a la lady. La lady tiene bonísima estrella.

Encargo al intérprete que diga al adivino que estoy muy contenta con sus palabras y que le pague. Comprendo que, desde el momento en que he sabido que el signo de Salomón está en mis manos, debo contentarme con ello.

¿Qué pensará de esto Tía Wennervik?—me pregunto mientras regreso a mi cuarto.

Y apenas he formulado esta idea, una voz áspera y ruda se deja oír junto a mi oído, con el más agradable acento del Vermland: —Sabes muy bien, hija

Digitized by Google

mía, que estos levantinos, aunque sean feos como micos y se vistan de andrajos, saben, no obstante, adular a las gentes y dirigirles cumplidos mejor que nosotras, sobre todo, si hay algunos céntimos que ganar. Pero en mi predicción puedes fiarte. Esta, no fué pagada. Tú viajarás, tú trabajarás, tú escribirás libros. Helo aquí. No disfrutarás nunca de completa salud y tu vida se deslizará así.

—Mi buena tía Wennervik—digo, suspirando,—no te preocupes. Tú no sabes, acaso, como yo, el sentido de las palabras de este hombre. Esto significa que aquel a quien le sea otorgado en su edad madura, realizar lo que de niño había soñado, ése posee la felicidad de los antiguos sabios y vive bajo una buena estrella.

Digitized by Google

EL AGUA DE LA BAHÍA DE LA IGLESIA

Antiguamente, doscientos años ha, vivía en la comarca de Jesse, en Vermland, un pastor muy severo y muy enérgico, que ponía todas sus fuerzas en hacer de sus descreídos de Jeseherings un pueblo piadoso y dulce. No le bastaba luchar contra la embriaguez y el espíritu batallador de sus feligreses, contra su comercio de contrabando con Noruega y contra otros delitos—muchos pastores se habían dedicado a esto mismo antes que él,—sino que les prohibía también temer y adorar a los séres misteriosos que reinan en los bosques, en los prados y en las corrientes de agua. Esta era una cuestión a la que los pastores, en general, no habían osado tocar.

Sus predecesores habían pensado, acaso, que, desde el momento en que hay gnomos en el bosque, un silfo en los arroyos y un duende en las granjas, era difícil prohibir a las gentes protegerse contra sus maleficios por medio de ofrendas o concertar con ellos pactos. Pero nuestro pastor no quería oír hablar de esto. Dios y su santa palabra, no se debía creer en otra cosa y con esto no había nada que te-

Digitized by Google

mer; nada sería capaz de dañarnos ni de perdernos.

Desde un principio fué cosa evidente que a pesar de toda su elocuencia, todos los sermones del pastor contra los «invisibles» resultarían inútiles. La mayor parte de sus feligreses temían que esto no excitase contra ellos a los espíritus de la Naturaleza; y, por su parte, resultó de ello una tal animosidad, que no fueron escuchadas ya sus posteriores advertencias. Finalmente, todo cuanto trataba él de combatir, era honrado y venerado, mientras la causa de Dios perdía terreno de día en día.

Desolado por este fracaso, el pastor salió un día a pasearse para distraerse. Su casa estaba situada a la orilla de un lago. Comenzó a dar su vuelta ordinaria siguiendo el camino que conducía a la iglesia, para regresar por el pueblo, y contemplaba el lago que se extendía helado y cubierto de nieve, pensando en el trabajo que le costaría al sol de primavera fundir la capa de hielo, trabajo que no parecía muy avanzado aún.

El pastor veía dos trineos sobre la pista, que se había tornado brillante y lisa por el desgaste de los patines, y que unía la comarca vecina con la suya, partiendo de la orilla de la casa parroquial y atravesando el golfo.

Pero, ¿qué le importaba al sol que el hielo tardase en derretirse? Sabía perfectamente que lo llevaría a término. Si el pastor hubiese estado tan seguro de ver un día coronados por el éxito sus esfuer-

Digitized by Google

zos, habría juzgado despreciable la tozuda resistencia de sus ovejas y su propio dolor.

Detúvose en medio del camino, juntó sus manos y elevó los ojos al cielo.

—¡Dios mío!—imploró—. Si veis que mi trabajo no ha de dar frutos jamás, concededme una señal y dejaré de ser pastor. Os juro que estoy dispuesto a convertirme en un jornalero y a ganar mi pan con el sudor de mi frente, en cuanto me indiquéis que no lleno mis funciones como conviene a vuestro santo nombre.

Apenas hubo pronunciado esta plegaria, se produjo un curioso fenómeno; un profundo silencio se extendió a su alrededor, o, mejor aún: sus oídos parecieron cerrados repentinamente a los acostumbrados ruidos. No oía ni sus propios pasos, ni el chirrido de los patines de los trineos sobre la endurecida nieve, ni la cadencia regular de los mayales golpeando el trigo en las eras. Parecía haber recibido un oído nuevo; percibía y comprendía sones y voces que, habitualmente, no impresionaran oídos humanos, y, segurísimamente, distinguió un grito repetido tres veces seguidas, que provenía del lago:

—«¡La hora ha sonado, pero el hombre no ha venido!».

—«¡La hora ha sonado, pero el hombre no ha venido!».

—«¡La hora ha sonado, pero el hombre no ha venido!».

Digitized by Google

Esto, ascendía ensordinado, ahogado, de las profundidades del lago, por debajo de la capa de nieve. Hubiéraselo creído alarido horrible de lobos hambrientos. Las ondas de sonidos salvajes y siniestros rodaban y repercutían bajo el hielo como si una fiera sedienta de sangre estuviese allí agazapada esperando su presa.

Cuando resonó el grito por tercera vez, el pastor experimentó la impresión de que una ventana se cerraba bruscamente sobre su cabeza y, de nuevo, volvió a percibir sólo los ruidos familiares: el viento murmuraba suavemente entre los mimbres de la orilla, la nieve crujía bajo sus pies, una carreta acababa de pasar y un cascabelito lanzaba una nota clara.

Pero el recuerdo de las voces del fondo del lago no dejaba al pastor. Aun sentía resonar en sus oídos el grito ferino y rapaz, y todo el terror que en su infancia había sentido por los «invisibles» resucitó en él y le hizo temblar de pies a cabeza. Este terror irreflexivo fué tan fuerte, que se puso casi a correr para llegar a su casa. Pero tras algunos pasos, se dominó y se detuvo: «¿Cómo yo, un cristiano y un servidor de Dios, he de dar a los espíritus inmundos de la tierra y de las aguas la satisfacción de comprobar que los temo?».

Esforzóse a continuación por andar lentamente, pero, a su pesar, agachaba la cabeza y alzaba los hombros como se hace cuando se teme un golpe por

Digitized by Google

la espalda. No obstante, poco a poco, se irguió. Su corazón volvió a latir acompasado y un sentimiento de nueva esperanza se despertó en él.

«Tú pedías a Dios una señal—se dijo—, sí; tú pedías a Dios una señal.»

Antes de encerrarse en su despacho, entreabrió la puerta de la cocina y dió orden de que si se veía a un transeúnte dejar el camino para cruzar el lago, lo llamasen y le dijesen que el pastor deseaba hablarle.

Un momento después resonaron en el vestíbulo pasos extraños. Abrióse la puerta del despacho y dió paso a un joven, vestido con chaquetilla corta de paño y calzones de cuero amarillo, como todos los campesinos de la comarca; pero, por ciertos indicios, debía de ser un hombre bien acomodado.

Antes de tomar la palabra, el pastor examinó detenidamente al desconocido. Sentíase inclinado hacia él. Era un hombre bastante pequeño, pero desarrollado y harmoniosamente formado, con bello rostro y ojos grises que brillaban como el agua temblladora al sol, y una sonrisa que toda su persona iluminaba.

«Si puedo salvar de la muerte que le amenaza a este hombre, al atravesar esta noche el lago—pensó el pastor—, será para mí señal de que Dios me permite continuar sirviéndolo.»

* * *

Digitized by Google

Largamente había hablado el pastor con el forastero. La conversación acababa de terminar y reinaba el silencio. Afuera era ya de noche, pero en la estancia, una vela encendida en un rincón del despacho iluminaba a los dos hombres. El campesino, sentado en el borde de su silla, sonreía, brillándole los ojos, mientras que el pastor, instalado ante su mesa de escritorio, era visiblemente presa de fuerte angustia. Con los codos apoyados sobre la mesa, permanecía inclinado hacia delante, con la cabeza entre las manos. De vez en vez, un profundo suspiro lo conmovía.

Toda su elocuencia no había podido arrancar al joven la promesa de regresar por tierra. Buscaba siempre evasivas diciendo que estaba muy cansado para recorrer el largo camino que rodeaba la bahía de la iglesia. El pastor le ofreció llevarlo en trineo, pero no quiso aceptar; tenía miedo—decía—a aquel medio de locomoción, los caminos estaban hundidos, y la noche era muy negra. En suma: tenía miedo a todo, menos a cruzar el lago.

El pastor recapituló mentalmente toda su conversación, tratando de hallar el modo de dominar al hombre, a fin de salvarlo. Pero el campesino era astuto y se le escapaba; tanto hubiese valido meter la mano en agua corriente para apresarla.

Primeramente el pastor le había dicho que lo había llamado para aconsejarle que no fuese por el lago. El hielo no estaba firme ante la casa parro-

Digitized by Google

quial. El joven replicó que el hielo tenía una vara de espesor por la mañana, cuando él salió de su casa; no era admisible que se hubiese fundido en un día, aunque hubiese habido hermoso sol—el pastor admitía que no podía haber peligro en el lago más que en las proximidades de la desembocadura del río—. ¿Allí?—El forastero tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse—. El era pescador. Había vivido toda su vida en las orillas de aquel lago. ¿Creía el pastor que no sabría apartarse de la desembocadura del río?

El pastor tuvo que confesar que tenía una razón particular para temer al lago aquella noche; y refirió lo que había oído por el camino durante su paseo. Pero, cosa extraña, el hombre no concedió a esto importancia mayor que a una canción que se oye canturrear todos los días—. «Si nos preocupasen tales cosas—había dicho—nadie se arriesgaría jamás sobre el agua.»

Preguntóle el pastor si no creía su relato—. Creía en él perfectamente. El «los» había oído con frecuencia aullar y ulular en las profundidades; pero esto no era más que para meter miedo a la gente. Eran los duendecitos del lago, que se divertían: también ellos eran jeserianos y les gustaban las bromas.

La sonrisa no desaparecía nunca de los labios del joven; era imposible hacerle tomar en serio las advertencias del pastor. Este, con el corazón oprimido de angustia ante su impotencia para convencerlo,

Digitized by Google

comprendía cada vez más que había algo que él no se explicaba, bajo la impasibilidad aquella. Para llegar a pesar sobre la voluntad del joven era preciso hallar algo, ¿pero qué?

Por otra parte, el pescador era comunicativo y refería una porción de cosas sobre sí mismo. Llamábase Gil Folkesson y habitaba en la opuesta orilla del lago. Casado pocos años atrás, tenía una mujer joven y bonita de la que estaba muy orgulloso. No era hija de pobres jornaleros como él; sino de una familia de granjeros. El ganaba ampliamente su vida aun no siendo más que pescador. No habría sido ella más feliz dueña de una granja.

—No lo será mucho si te ahogas—le había objetado el pastor; pero Gil no vió en esto más que una gracia; salvo el respeto debido, se hubiese reído a mandíbula batiente.

Era el hombre más contento que podría verse, y satisfechísimo de sí mismo. El, se había construído su barca y le había resultado tan ligera, que volaba sobre el agua al menor impulso de los remos. Nadie tenía en la pesca tanta suerte como él; por eso vivían con toda comodidad aunque no poseyesen tierras. A veces, de una sola redada, llenaba su barca de pescado hasta los bordes.

Esto de la suerte en la pesca, repetido varias veces durante la conversación, llamó la atención del pastor—. ¿Eres tú de los que se fían en su suerte?—le dijo bruscamente.

Digitized by Google

—Sí— lentamente respondió el hombre, y, de pronto, un más vivo relampagueo hizo brillar sus ojos—. Pues bien, sí; y tengo mis razones.

Hízose rogar un poco para explicar el sentido de sus palabras; pero el pastor logró hacerle hablar; dábase, además, cuenta de que le dolía el silencio respecto a aquel punto; ciertamente nada en el Mundo le interesaba tanto.

Entonces el hombre refirió al pastor que dos meses antes de su nacimiento, había salido su madre a pasear, una noche de estío. Había seguido un camino a través de un espeso bosque; la bóveda de las ramas y de las hojas era tan espesa sobre ella, que fingía la noche, aun siendo por San Juan, y ser aquélla clara. Súbitamente, se aclaró la selva, el camino descendía en rápida pendiente hacia una gran bahía redondeada, casi tan bella como la bahía de la Iglesia, ante la casa parroquial. Estaba rodeada de praderas verdeantes y herbosas en las que crecían profusión de grandes flores en las que brillaba el rocío. Un caballo blanco pacía en ellas. Jamás había visto la mujer animal tan hermoso, con las crines tan largas que llegaban hasta los cascos; su capa era rodada, su pecho ancho, sus piernas finas y ligeras como flechas, su cola rica y abundosa como una gavilla de centeno y tan larga, que arrastraba por tierra. Este espectáculo duró apenas un breve minuto. Viendo que la mujer se aproximaba al amparo de las flores de largos tallos del prado húmedo,

Digitized by Google

el caballo huyó al punto. Y no huyó por tierra ; sino hacia el lago. Cuando llegó a lo hondo, se sumergió rectamente, sin intentar nadar. La madre de Gil comprendió que aquello no podía ser otra cosa que el *neck*, el duendecillo que cuando sale a tierra adopta la apariencia de un caballo. No sintió miedo por ella ; pero sí por el hijo que llevaba en sus entrañas, y temía las consecuencias de aquel encuentro. Deseando poner las cosas claras, fué a consultar a un «sabio», quien le aseguró que el hijo no corría peligro alguno. Si era niño debía hacer de él un pescador, pues el *neck* se cuidaría ciertamente de favorecerlo. Pero, en este caso, debería librarse bien de una cosa : de no beber jamás agua del lago en que pescase.

Gil confesaba haber observado rigurosamente este precepto, aunque no siempre había sido cosa fácil. Era muy penoso no poder refrescarse con algunos sorbos de agua, cuando, en los abrasadores días de verano, permanecía al sol, horas enteras. Y cuando iba invitado a alguna parte, apenas si se atrevía a acercar un vaso a sus labios. Había quien se burlaba de él, y quien, sin mala intención, trataba de hacerle beber por inadvertencia. No creían seriamente que hubiese en ello un peligro para él. Hasta los mismos geniecillos del lago le tentaron para hacerle infringir esta regla. Pero hasta aquí, jamás había olvidado estar sobre aviso ; y la suerte, que, en recompensa, se le había prometido, había

Digitized by Google

llegado. Numerosas, innumerables veces había visto a las ondinas del lago, tan pequeñitas que no son mayores que una carpa y deliciosamente lindas hasta la cintura—pues una cola de pez reemplaza a las piernas,—las había visto nadar en bandadas alrededor de su barca, cuando, en las hermosas noches de estío, dejaba sus remos y pescaba con cuerda. Ellas se apresuraban a clavar los peces en su anzuelo; ellas, igualmente, le habían ayudado multitud de veces, en otoño, cuando el mal tiempo y el viento enredaban sus redes.

Escuchando este relato de labios de Gil, el pastor no se indignó al pronto. Había tenido la visión clarísima de los deliciosos lagos del Vermland, con sus pequeñas ensenadas para el baño, sus bajos fondos para la pesca, en los que, de niño, había pasado sus horas mejores. El agua centelleaba y reflejaba y penetraba hasta él en su despacho. Le parecía que Gil y sus genios y la pesca y la vida fácil, en el lago, formaban un conjunto en el que nada le parecía chocante. Había estado como arrullado y adormecido por el salpicar de las olas. No se preocupó con saber si Gil hablaba o no; seriamente o bromeando. Contentóso, sólo, con objetar muy dulcemente, que podría ser muy peligroso aceptar el auxilio de séres que no pertenecen a nuestro Mundo.

Gil respondió que no temía nada tanto como ofender al pueblo lacustre bebiendo el agua del lago; el día en que diese al olvido esta precaución, sabía

Digitized by Google

seguramente que quedaría en poder de estos seres que, hasta entonces, habían sido sus aliados. Y, para demostrarlo, contó una historia que databa del día de sus nupcias.

Aquel día faltó poco para que no llegase tarde a la ceremonia. Uno de sus vecinos debía prestarle un caballo; pero a última hora, el caballo cayó enfermo, y Gil no sabía qué hacer. Entonces, divisó de pronto un caballo que pastaba en un prado, a la orilla del lago. Era un noble animal de un gris rodado, casi blanco, con las crines tan largas que tocaban en tierra cuando el animal bajaba la cabeza, y con una cola rica y poblada como un haz de centeno. Gil no lo había visto jamás ni sabía de quién fuese, pero pensó que, en circunstancias tales, no podía entretenerse en escoger los medios. Creyó que podía tomar el animal, que se dejó alcanzar dócilmente.

Ningún trabajo le costó, tampoco, ensillarlo ni guiarlo. Parecióle que tenía un paso raro y que ignoraba el sentido de las voces; pero sumido en sus quimeras de joven esposo, no prestó mucha atención al caballo; con tal de llegar a casa de su futura mujer no pedía otra cosa. Pero cuando se detuvo en el patio de la granja, las gentes de la boda lo rodearon curiosas y maravilladas, olvidándose del marido y de todo lo demás para admirar el hermoso animal y saber dónde lo había comprado Gil. No era de ningún granjero de la comarca; por lo menos debía de salir de las cuadras de un rey. Gil se apresuró a

Digitized by Google

desensillar y a colocar el caballo con los de los invitados; le sirvió un buen pienso, murmuró unas palabras de gratitud y tuvo buen cuidado de atarlo con un nudo flojo. Después de la ceremonia los invitados quisieron volver a admirarlo de nuevo; pero el caballo había desaparecido. Gil se acusaba de no haberlo atado bien; sin duda, el caballo se había vuelto a casa de su propietario. Delante de tanta gente Gil no había querido confesar que aquella aventura era un tanto misteriosa; pero estaba muy seguro de ello; no podía ser más que el *nech* en persona que había querido servirle de caballo el día de su boda.

Contó otras muchas historias; pero ésta, sobre todo, le había convencido de que podía contar con amigos entre los pobladores de las aguas y, ciertamente, nada tenía que temer por su parte.

El pastor sentía una viva simpatía por el joven cuyos relatos le recordaban su juventud libre por los bosques y por el lago. Mecido por aquel lenguaje, no había pensado en impedirle hablar de aquellas cosas impías en presencia de un servidor de Dios.

Muchas gentes niegan la existencia de estos séres que los campesinos afirman encontrar en la Naturaleza. El pastor no era de éstos; pero una cosa era creer en su existencia y otra aceptar su ayuda y su auxilio como hacía el pescador. Estos séres son malignos por naturaleza, y siempre acaba mal quien se alía con ellos. La Iglesia lo sabe bien y por ello

Digitized by Google

prohibe toda relación. Gil Folkesson, como tantos otros, sería arrastrado a su perdición si el pastor no lograba librarlo de las cadenas de su superstición.

Miles de historias semejantes habían llegado a oídos del pastor; infaliblemente, habían tenido el mismo término; todo aquel que había gozado de los favores de los «invisibles» y saboreado sus beneficios, en el momento en que mejor se sentían entre ellos, se habían lanzado sobre él para perderlo. Todo en ellos era astucia, disimulo, maldad. Pertenecen al Mundo subterráneo y su gran deseo era arrastrar a los hombres a sus tinieblas.

El pastor comprendía que esta era su intención respecto al joven. Este se mecía en una dulce seguridad; creía firmemente en sus amistosas disposiciones. No habría advertencia alguna capaz de hacerle abrir los ojos; pronto caería en el lazo tendido ante él desde su nacimiento. Esto era inevitable si el pastor no lograba salvarlo. Esta empresa daba vueltas en su espíritu. En resumidas cuentas, toda la confianza de Gil reposaba sobre un solo hecho: no haber bebido jamás agua del lago en que tendía sus redes y hundía su esparavel. ¡Sobre qué débil base se asentaba su fe! Era aquel un falso apoyo que lo traicionaría aquella misma noche, pues el pastor había oído clamar que esperaban a Gil en las profundidades; era una tabla podrida que se derrumbaría bajo sus pies; era su perdición.

Tratábase, pues, de arrancarle esta creencia fu-

Digitized by Google

nesta antes de que fuese demasiado tarde. Si la repudiaba, no se fiaría ya más del *neck* de los duendes ni de las ondinas; sino de Dios vivo. Si renunciaba a ella, sería salvado en cuerpo y alma y regresaría feliz al lado de su mujercita.

Ninguno de sus feligreses había interesado tanto al pastor como Gil Folkesson. No podía reprender tan severamente como debía haberlo hecho, sus relaciones con los espíritus impuros del lago; pero sentía un ardiente deseo de salvarlo. Su corazón se oprimía dolorosamente mirando a aquel hombre sentado frente a él, joven, hermoso, sin cuidado y condenado a morir aquella misma noche.

El pastor entreveía un medio de salvarlo; lo había entrevisto desde el principio; pero no acababa de decidirse, por temor a cometer un pecado, acaso un sacrilegio empleándolo. ¿No era otro pecado abandonar a un sér humano, cuerpo y alma, en poder de las potencias tenebrosas? Quizá le estuviese permitido servirse de tal medio en un caso como aquel. Tentado estaba de hacerlo; pero le repugnaba resolverse. Le repugnaba fuertemente. Reinaba en él un desorden penoso. ¿No le daría Dios una señal?

Si el hombre, privado de su fe en la tabla podrida, hallase un nuevo apoyo, una nueva esperanza; si pudiese librarse de sus temores, afianzándose en una seguridad nueva, ¿no sería este el mayor beneficio que podría otorgarle?

De pronto, el pastor se estremeció violentamen-

Digitized by Google

te, arrancado a sus meditaciones. El pescador, cansado de esperar, se había levantado para marcharse. En el mismo instante, el pastor adoptó su resolución; no podía dejar a aquel hombre caminar hacia su perdición; era preciso detenerlo a toda costa; al menos, era preciso hacer todo lo posible por detenerlo.

—Veo que estás decidido a partir, Gil—le dijo, levantándose—. No creas que te detendré por fuerza, por grande que sea mi deseo de hacerlo. Eres libre para ir donde quieras y supongo que pasarás por el camino del lago.

—Así lo creo, señor pastor—respondió Gil—. De todos modos, llegaré a mi casa.

—Pues bien, Gil. Sabe que dejarte pasar por el lago es para mí como si te enviase a una muerte cierta; tan seguro estoy, Gil, de que no verás el día de mañana, si te aventuras esta noche sobre el hielo, como si los asesinos te acechasen a mi puerta. Así, pues, Gil, creo mi deber prepararte como lo haría si estuvieses en tu lecho de muerte. Te administraré los sacramentos.

Gil puso involuntariamente la mano en el pomo de la puerta como para escapar, pero el pastor lo detuvo.

—¡No quiero que te vayas, Gil!—gritó con voz potente, pero quebrada por la emoción—. Soy tu guía espiritual y es preciso que cumpla mis deberes

Digitized by Google

hacia ti, si no, tendré que responder ante Aquél, que es Señor de entrambos.

El pescador ofreció el aspecto de un hombre contrariado y forzado, a quien el respeto hacia el pastor inmovilizaba. En cuanto éste vió que Gil se sometía, comenzó sus preparativos. Sacó los vasos sagrados que empleaba cuando era llamado al lado de un enfermo, encendió otra vela más y se revistió con los hábitos sacerdotales.

No había vino en el cáliz y no envió a buscarlo a la bodega. «¡ Que la gracia de Dios sea con nosotros !—dijo—. Lo llenaré del líquido que es bastante sagrado para servir al segundo sacramento.» (1).

Hizo arrodillarse a Gil, le dió la absolución, recitó las palabras rituales de la comunión, le ofreció el pan y acercó el cáliz a sus labios.

Al instante siguiente, el pescador saltó a sus pies, blanco de terror.

—¿Qué me has dado en el cáliz, cura?—aulló cogiendo el brazo del pastor.

—Te he dado lo que con tu negro paganismo no has osado probar jamás—respondió el pastor solemnemente—. Te he dado el agua de la Bahía de la Iglesia; pero la he bendecido y consagrado, y ha pasado por tus labios no ya como agua, sino como la sangre del Salvador. ¡ Que pueda ella vencer el poder del agua natural ! ¡ Que logre ella librar tu alma de !...

(1) Téngase presente que es un pastor protestante quien habla.

Digitized by Google

No pudo continuar, pues Gil Folkesson, que no lo escuchaba, gritaba gimiendo como un herido:

—¡El agua de la Bahía de la Iglesia!... ¡El agua de la Bahía de la Iglesia!...

Y se precipitó fuera de la estancia, atravesó el vestíbulo como un loco y desapareció en dirección al lago.

El pastor lo siguió; pero no pudo alcanzarlo, pues Gil corría como un poseído, y al correr, gritaba con voz tan siniestra como las que surgían del agua.

—«¡La hora ha sonado y el hombre viene!».

* * *

El pastor, acompañado de sus criados y de algunos vecinos, pasó la mitad de la noche en el lago en busca de Gil Folkesson, que había salido de la casa parroquial en estado de demencia. Acabaron por descubrir un agujero en el hielo más delgado de la desembocadura del río; un hombre se había arriesgado a llegar hasta muy cerca reptando sobre el vientre: halló el sombrero de Gil flotando en el agua. Era, pues, inútil buscarlo por más tiempo: podían volverse a casa.

Por el camino los hombres hablaban entre sí de Gil, a quien conocían mucho. Contábanse también la especie de alianza que él pretendía haber concertado con el pueblo del agua. Uno de ellos pronunció:

Digitized by Google

—Lo que es cierto es que los de abajo—y golpeó el hielo con el pie—, los de abajo, estaban a su servicio. Y ahora, se ha terminado, como acaba esto siempre: al fin, ha caído en su poder.

—Acaso no haya tomado bastantes precauciones con el agua—dijo otro.

Una voz se alzó entonces entre ellos para responder. Una voz débil y temblorosa; la voz de un hombre viejo y destrozado. Sus compañeros se preguntaban en la obscuridad quién era el que había hablado. Entre ellos no había ningún viejo cuando se pusieron en camino.

Al fin se dieron cuenta de que era el pastor y se agruparon en torno a él para escuchar lo que decía. Lo distinguían mal, pero les parecía encorvado, casi incapaz de tenerse en pie.

Jamás habían visto un sér humano tan aplastado. Los que lo rodeaban eran hombres jóvenes, despreocupados y alegres; pero oyéndolo hablar, lloraban como niños.

Después de haber terminado el relato de la velada, el pastor los despidió y se dirigió solo hacia la orilla. Los otros lo siguieron en silencio, sin tratar de alcanzarlo; pero lo bastante de cerca para asegurarse de que le quedaban fuerzas para regresar, tambaleándose, a la casa parroquial.

—Es hombre acabado—murmuraban—; nunca más volverá a subir al púlpito.

Digitized by Google

EL NIÑO GNOMO

La mujer de un viejo gnomo se paseaba por el bosque llevando a su pequeño, en una especie de cuévano de corteza, a la espalda. Era gordo y feo, con cabellos espesos y rígidos como cerdas de jabalí, dientes agudos y, en el dedo meñique, una garra en lugar de la uña, pero a su madre le parecía muy hermoso.

Llegó ésta a un lugar en que la selva se aclaraba, un camino pasaba por allí, hundido y giboso por las raíces de los árboles, y por él avanzaban a caballo un campesino y su mujer.

Al verlos, la mujer del gnomo inició un movimiento para ponerse a salvo en las profundidades del bosque; pero observando que la campesina llevaba un niño en brazos, cambió de parecer. «Quisiera ver—murmuró—si un hijo de hombres puede ser tan hermoso como el mío.»

Acurrucóse tras un montón de raíces y esperó.

Cuando el campesino y su mujer pasaban ante ella, alargó el cuello para ver al niño, pero los caballos, divisando de pronto la horrible cabezota ne-

Digitized by Google

gra de la gnomesa, se encabritaron y se dieron a correr. La campesina, que tenía los brazos ocupados con el niño, estuvo a punto de ser derribada. Lanzó un grito de terror y luego, instintivamente, se inclinó hacia delante para coger las riendas. Un instante después, el padre y la madre habían desaparecido arrastrados por la loca carrera de los animales desbocados.

La mujer del gnomo, gruñó de despecho por no haber podido satisfacer su curiosidad viendo al niño, pero, bruscamente, se calmó; el niño estaba allí; en tierra, ante ella. Su madre lo había dejado caer cuando los caballos se encabritaron. Felizmente el pequeño había caído sobre un montón de hojas secas y de ramitas y no se había hecho daño alguno. Lloraba asustado; pero cuando la gnomesa se inclinó hacia él, se sorprendió tanto y le pareció aquello tan divertido, que se calló inmediatamente y alargó la mano para tirarle de la negra barba que la gnomesa tenía.

Estupefacta ésta, contempló al hijo de los hombres, examinó sus dedos débiles y delgados con uñas rosadas, los ojos azules y límpidos y la boquita bermeja. Palpó los cabellos sedosos y pasóle la mano por las mejillas, cada vez más asombrada. No volvía en sí al verlo tan blanco, tan rubio y tan delicado.

Bruscamente se desprendió de su cuévano de corteza, sacó de él a su propio hijo y lo colocó al lado

Digitized by Google

del otro. Al verlos tan diferentes no pudo contenerse y comenzó a aullar.

Mientras tanto, el campesino y su mujer habían logrado al fin dominar los caballos y volvían grupas para buscar al niño. La gnomesa los oyó acercarse, pero no podía dejar de mirar al hermoso hijo humano. Cuando al poco estuvieron ya casi a la vista, adoptó una brusca resolución: dejó a su propio hijo en tierra, al borde de un hoyo, tomó al hombrecito, lo ocultó en su cuévano, se lo echó a la espalda y se fué.

Apenas había tenido tiempo de desaparecer cuando el campesino y su mujer desembocaron por el camino. Eran gentes opulentas muy apreciadas, propietarios de una hermosa granja en el fértil valle, al pie de la montaña. Estaban casados desde hacía algunos años y no tenían más hijo que aquel, cuya pérdida los desesperaba.

La mujer, que se había adelantado un poco, fué la primera que vió al niño en tierra. Este, gritaba con todas sus fuerzas, y por aquel grito inhumano y feroz debería haber comprendido que aquel no era su hijo, pero la angustia que la embargaba le impedía comprender nada; únicamente se felicitaba porque el pequeño no se hubiese matado al caer.

—¡Aquí está el niño!—gritó a su marido, y se lanzó a tierra. Cuando éste llegó junto a ella la halló sentada a la orilla del camino, con aire extraño, no pudiendo creer lo que veían sus ojos.

Digitized by Google

«¡Mi hijo no tenía dientes como ganchos!—murmuraba—. ¡Mi hijo no tenía el pelo como cerdas de jabalí!—gemía con acento más y más desesperado—. ¡Mi hijo no tenía una garra en el dedo meñique!...»

El campesino creyó que su mujer se había vuelto loca y se apeó rápidamente de su cabalgadura.

—¡Mira el niño y dime qué le han hecho!—dijo mostrándole el pequeño.

El lo recibió en sus brazos; pero apenas lo vió, escupió tres veces y lo lanzó lejos de sí.

—¡Es un gnomito!—gritó—. ¡No es nuestro hijo!

La mujer continuaba sentada en el suelo, como paralizada. Era premiosa para comprender y no se explicaba lo que había pasado.

—¿Qué haces con el niño?—dijo.

—¿Pero no vés que es un hijo substituído? Los gnomos nos han robado nuestro pequeño mientras nuestros caballos se desbocaban y nos han dejado uno de los suyos.

—Pero, entonces, ¿dónde está el mío?—gimió la mujer.

—¡Con ellos!—respondió el marido sin titubear.

La mujer comprendió al fin toda la extensión de su desgracia, palideció horriblemente, y el marido creyó que iba a morir.

—Nuestro hijo no puede estar muy lejos—dijo para calmarla—. Vamos a explorar la selva.

Ató los caballos a un árbol y penetró en lo intrin-

Digitized by Google

cado del bosque. La mujer se levantó para seguirlo; pero se dió cuenta de que el gnomito estaba tendido cerca de los cascos de los animales, que piafaban inquietos por su presencia. Se estremeció de disgusto ante la idea de tocar al pequeño monstruo; pero, a pesar de todo, lo cambió de sitio.

—Aquí está el sonajero que nuestro pequeño tenía en la mano cuando lo dejaste caer—dijo el marido—. Seguramente estoy sobre la pista.

Acudió la mujer y juntos se internaron en el bosque; pero no hallaron rastro alguno de niño ni de gnomo, y, como se hacía de noche, tuvieron que renunciar a sus búsquedas. La pobre madre lloraba y se retorcía las manos; el marido, torvo, caminaba apretando los dientes, sin decirle una palabra para consolarla. Pertenecía a una buena familia que se extinguiría en él si no tenía hijos. Culpaba a su esposa de haber dejado caer al niño; pero ante su desesperación, no le dirigió ningún reproche directo.

Ayudóla a montar a caballo y ella no volvió a acordarse del niño gnomo hasta que se vió instalada en su silla.

—¿Qué vamos a hacer de él?—dijo.

—¿Dónde está?

—Ahí, debajo del zarzal.

—¡Bien está donde está, que se quede ahí!—respondió el campesino con amarga sonrisa.

Digitized by Google

—Pero no podemos dejarlo ahí a merced de las fieras—objetó ella.

—Pues sí que lo dejaremos—replicó bruscamente, poniendo el pie en el estribo.

En su fuero interno, la mujer no podía menos que dar la razón a su marido; no era cuestión suya preocuparse con los hijos de los gnomos; y, por lo tanto, dejó que su caballo diese algunos pasos para seguir a su marido; pero no pudo más.

—No obstante—dijo—es un niño. Yo no puedo dejarlo para que se lo coman los lobos. ¿Quieres dármelo?

—¡Nunca jamás! Bien está allá.

—Si no me lo das ahora, siento que esta noche me veré obligada a volver a buscarlo—dijo desesperada la mujer.

—Creo yo—suspiró el marido—, que los gnomos no se han conformado con robarme mi hijo, sino que le han vuelto el seso a mi mujer.

Y fué a buscar al pequeño y se lo entregó; pues estaba muy enamorado de ella y acostumbraba a obedecerla en todo.

A la mañana siguiente el rumor de la desgracia se esparció por todo el país, y las gentes experimentadas y discretas, acudieron a ofrecer consejos y advertencias. «Aquel que ha tenido la desventura de ver trocado su hijo por el de un gnomo, debe golpearlo con un garrote»—decía una vieja.

—¿Por qué ser tan duros con él?—preguntó la

Digitized by Google

campesina. Aunque sea feo, no ha hecho mal alguno.

—Es porque si se le pega, la madre llega en una ráfaga de viento, se lanza sobre su pequeñuelo, deja a usted el suyo y se va con el de ella. Yo conozco muchos que han recobrado así a su hijo.

—Es verdad—asintió una vecina;—pero esos niños nunca han vivido mucho.

La campesina las escuchaba; pero comprendía que le faltaría corazón para emplear tal procedimiento.

Por la tarde, durante un momento que permaneció sola con el pequeño gnomo, apoderóse de ella un sentimiento doloroso y un violento deseo de volver a ver a su hijo. «Quizá debiera, a pesar de todo, probar con el palo, como me han aconsejado»—pensaba, pero le fué imposible decidirse a ello.

En aquel momento entró el marido con un grueso garrote en la mano. La mujer comprendió que él iba a hacer lo que ella no había osado. «Tanto mejor—pensó—. Yo soy demasiado boba; no podré jamás hacer sufrir a un niño inocente, ni aun para salvar al mío».

Pero apenas el campesino le hubo propinado el primer golpe, la mujer se precipitó sobre él, deteniéndole el brazo.

—¡No, no!—exclamó— ¡No le pegues; te ruego que no le golpees!

Digitized by Google

—¿Tú no quieres, pues, volver a ver a tu hijo? —dijo el marido, tratando de desasirse.

—Sí, sí; pero no de este modo—protestó la mujer.

El campesino alzó el brazo para golpear de nuevo; pero la mujer se había arrojado sobre el pequeño, de suerte que fué ella quien recibió el golpe.

—¡Dios mío, Señor!—exclamó el marido—. Ahora veo que harás de modo que nuestro pobre hijo se quede para siempre entre los gnomos.

Esperó un momento; pero la mujer seguía cubriendo al niño con su cuerpo. Entonces él, arrojó el palo y salió despechado, desolado, sin darse cuenta de por qué no había ejecutado su voluntad a pesar de su mujer; pero había en ella algo que lo dominaba.

Pasaron algunos días más entre lágrimas y penas. Siempre es duro para una madre perder un hijo; pero lo es más aún verlo reemplazado por otro. La vista del intruso reanima el dolor que no puede entonces amortiguarse.

—No sé qué dar de comer al pequeño—dijo una mañana la campesina a su marido—. No come nada de lo que le doy.

—No es raro—contestó el campesino—. ¿No sabes que los gnomos no se alimentan más que de ranas y de ratones?

—No obstante, yo no puedo ir al pantano a buscar ranas.

Digitized by Google

—Claro que no. Por lo demás, me parece que sería una suerte que se muriese de hambre.

Pasó la semana casi entera sin que la campesina pudiese hacer comer nada al pequeño. Ponía a su alcance buenas cosas, pero él hacía gestos y escupía, cuando se trataba de hacérselas probar.

Una noche que el pequeño parecía a punto de morirse de hambre, entró el gato con un ratón en la boca. La campesina se precipitó sobre él, se lo arrancó y se lo dió al pequeño, saliendo, rápida, para no vérselo comer.

Cuando el campesino se dió cuenta de que su mujer recogía sapos y arañas para el gnomo, tomó tal asco que no pudo ocultarlo. Se le hizo imposible dirigirle una palabra de afecto. Pero ella conservaba aún tal favor sobre él que permaneció en casa.

Desgraciadamente, los criados perdieron todo el respeto a su ama y comenzaron a no obedecerla como antes. El amo aparentó no enterarse, y la mujer comprendió que si seguía conservando al gnomo, la vida se trocaría para ella en un largo calvario. Pero ella era así; ante un sér a quien todo el mundo odiaba, creíase en el imperioso deber de acudir en su auxilio, y cuanto más tuvo que sufrir por el pequeño, tanto más vigilaba fielmente para que nadie le hiciese daño alguno.

Dos años pasaron así. Un día, la campesina, sola en casa, estaba remendando un capote de ni-

Digitized by Google

ño; y mientras cosía, decía suspirando: «No se es dichoso cuando se vé forzado a criar un hijo extraño».

Dábase prisa, pues los agujeros eran grandes y numerosos y las lágrimas le nublaban la vista. «Cierto es—continuaba—que si se tratase del capote de mi hijo no me pesaría mi trabajo».

«Mucho mal me ha causado este pequeño y seguramente sería mejor llevarlo al corazón del bosque y dejarlo allí.»

«Verdad es que podría desembarazarme de él a menos costa—añadió un momento después—. Bastaría con dejarlo sin vigilar, e infaliblemente se ahogaría en los pozos, o bien, jugando ante la chimenea, prendería fuego a sus ropas, o se haría morder por el perro o matar de una coz por los caballos. ¡Es tan atrevido y tan malo! Gentes y animales de la granja lo odian y si yo lo perdiese de vista, no tardarían en hacerlo desaparecer.»

Levantóse y fué a echar una mirada al pequeño, que dormía acurrucado en un rincón de la estancia. Había crecido mucho y era más feo aún que cuando fué encontrado. Su boca avanzaba como un hocico, las cejas le apuntaban como dos manojos de crines y la piel del rostro era negruzca.

«Remendar tus ropas y velar sobre ti, no sería nada—decía en voz baja—. Estos son los menores males que sufro por tu causa; pero mi marido me ha tomado horror, los criados me desprecian, las

Digitized by Google

mozas de la granja se mofan de mí, el gato bufa al verme, el perro gruñe y me enseña los dientes, y todo esto por tí.

»Acaso soportaría verme detestada por las gentes y por las bestias—suspiró—; pero lo peor de todo es que no puedo verle sin sentir el recuerdo abrasador de mi hijo. ¡Ay, tesoro mío!... ¿Dónde estás?... ¿Duermes sobre el musgo y las hojas, lejos, entre los gnomos, en la selva obscura?...

Abrióse la puerta y la joven volvió rápida a su costura. Entró el marido. Traía buena cara y habló más afablemente de lo que acostumbraba mucho tiempo había.

—Es la feria de la aldea—dijo—. ¿Quieres que vayamos allá a dar una vuelta?

Contenta con tal proposición, la mujer respondió que nada mejor deseaba.

—Pues, entonces, prepárate tan pronto como puedas—dijo el marido—. Nos veremos obligados a ir a pie, pues los caballos están en el campo; pero cortando por el monte tendremos tiempo.

Algunos minutos después, la campesina estaba ya en el umbral vestida y peinada. Era aquello la cosa más feliz que le había ocurrido desde hacía largo tiempo, y, absorta por su alegría, se había olvidado completamente del gnomo. Pero, de pronto, le asaltó una idea: «¿No tratará mi marido de alejarme de él para que los criados lo maten en mi

Digitized by Google

ausencia?». Rápidamente volvió a entrar en la casa y tornó con el gran niño en los brazos.

—¿No podías dejarlo en casa?—dijo el marido, sin cólera, antes bien, con suavidad.

—No; no me atrevo a abandonarlo.

—Eso es cosa tuya—respondió conciliador—, pero será muy pesado llevarlo a través de la montaña.

La marcha era, en efecto, penosa, pues la subida era muy pendiente. Había que salvar la cresta del monte antes de alcanzar la carretera del pueblo.

Pusiéronse en camino. La mujer se fatigó pronto y apenas podía dar un paso, tanto que tuvo que suplicar al muchachote que anduviese solo un poco. Pero fué en vano.

El marido estaba muy amable y parecía más alegre que nunca lo había visto desde la pérdida de su hijo.

—Dame al pequeño un rato—dijo—. Tú no puedes ya más.

—No—dijo la mujer—; no quiero que tengas nada que hacer relacionado con él.

—¿Y por qué he de dejarte a ti toda la carga? —dijo, tomando en brazos al pequeño.

En aquel paraje el camino era muy malo, resbaladizo y desigual; corría escarpado al borde de una profunda sima y era tan estrecho que ofrecía paso nada más que para una persona. La mujer iba detrás y, de pronto, sintió miedo de que su marido tropezase con el niño en brazos.

Digitized by Google

—Vé despacio—le dijo, pues parecía andar demasiado de prisa y sin precaución. Apenas había hablado, dió un paso en falso y estuvo a punto de dejar caer al pequeño.

«Si se hubiese caído—dijo una voz en lo interior de ella—nos habríamos librado de él para siempre.» Pero al mismo tiempo comprendió que la intención de su marido era arrojar al niño al precipicio, aparentando haberlo dejado caer involuntariamente.

—«Sí, sí—decíase ella—; él ha preparado este paseo para desembarazarnos del pequeño, sin que yo me diese cuenta de que lo hacía expresamente. Después de todo, lo mejor será que le deje hacer lo que quiere.»

De nuevo el marido tropezó con una raíz y de nuevo estuvo el pequeño a punto de escapársele de las manos.

—¡Dame el niño!—le dijo ella—. Vas a caerte con él.

—No—respondió el marido—; ya prestaré atención.

Pero en seguida, resbaló por tercera vez. Extendió los brazos para asirse a una rama y dejó escapar al niño. La mujer le fué a los alcances, y aunque pensó que sería una dicha verse libre de él, se precipitó hacia delante y logró asir un pliegue del vestido del niño, subiéndolo hasta el camino.

El marido dió media vuelta. Su rostro se había transformado y tornado agresivo.

Digitized by Google

—No fuiste tan lista el día en que dejaste caer a nuestro hijo—exclamó encolerizado.

La mujer, herida en el corazón, no respondió. La amabilidad de su marido había sido, pues, fingida. Se quedó tan afligida, que rompió a llorar.

—¿Por qué lloras?—le dijo duramente—. ¿Habría sido una gran desgracia que el monstruo se hubiese caído?... Vamos ya; de otro modo llegaremos demasiado tarde.

—No tengo deseo alguno de ir a la fiesta—dijo ella.

—Como quieras. Tampoco yo lo tengo—respondió el marido.

Se volvieron, y por el camino, el marido preguntábase cuánto tiempo podría resistir aún vivir con su mujer. Si hiciese un postrer esfuerzo y le arrancase el niño por fuerza, acaso podrían volver a ser felices juntos. Preparábase a luchar con ella, cuando, de pronto, se encontró con su mirada que se posaba sobre él atormentada y dolorida. Aquella mirada lo venció una vez más, y las cosas quedaron así.

Pasaron otros dos años, y entonces sucedió que, una noche de estío, se pegó fuego a la casa. Cuando los habitantes se despertaron, las habitaciones estaban llenas de humo y el granero era una inmensa hoguera. No podía pensarse en combatir el azote ni siquiera en salvar nada; sólo había el tiempo preciso para lanzarse afuera.

Digitized by Google

El campesino contó su gente. Estaban todos, y, en el primer instante, nadie se acordó del gnomo. Rodeado de sus hombres el campesino miraba arder su casa.

—Quisiera saber—dijo—quién ha sido la causa de esta desgracia.

—No hay que preguntarlo—respondieron los criados—. Seguramente, el gnomo. ¿No se entretenía todos estos días en recoger trocitos de madera y ramitas para echarlos al fuego?

—Ayer mismo había reunido un montón de ramas secas en el granero—dijo una de las criadas—y se disponía a pegarles fuego cuando yo intervine.

—Y las habrá encendido esta noche en lugar de ayer—dijo el mozo—. Puede usted estar seguro de que es a él a quien se debe el desastre.

—¡Si al menos se quedase dentro!—dijo el campesino—. No me lamentaría de ver arder mi vieja granja.

En este momento se vió a la mujer que salía de la casa en llamas, arrastrando al gnomo por la mano. Fuera de sí el campesino, se precipitó, le arrancó el chiquillo y lo arrojó al fuego.

Largas llamaradas salían por todas las ventanas; el calor y el humo eran intensos. Un segundo, como aturdida, lívida de terror, la campesina miró a su marido; luego, sin dar tiempo para poder impedirlo, se precipitó de nuevo en la casa, en pos del niño.

Digitized by Google

—¡Quédate tú también!—gritó el marido exasperado.

No obstante, volvió a salir con el pequeño. Sus manos y su pelo estaban quemados. Nadie le dirigió la palabra cuando cruzó el patio. Se fué a los pozos y apagó algunas chispas que se habían pegado a su falda; luego se sentó en la hierba, con la espalda apoyada en el brocal. El pequeño, tendido sobre sus rodillas, no tardó en dormirse; pero ella permaneció rígida, con la mirada tristemente vagando por el vacío. Pasaba la gente y no hacía caso de ella, o evitaban su encuentro. Parecíales enormemente siniestra.

Al amanecer, cuando la casa no era ya más que un montón de cenizas y de piedras calcinadas, el marido fué a buscarla.

—Yo no puedo soportar más esta vida—le dijo.—Bien sabes que te dejo con sentimiento; pero no puedo vivir con el gnomo. Me voy y no volveré jamás.

Al oír estas palabras y al ver marcharse a su marido, parecióle que le arrancaban el corazón del pecho. Hubiera querido correr tras él y detenerlo; pero el pequeño que tenía sobre sus rodillas era demasiado pesado. Y no se sentía con fuerzas para abandonarlo.

El campesino se internó en el bosque, pensando, sin duda, que era aquella la última vez que recorría aquella senda familiar. En el momento en que

Digitized by Google

llegaba a medio camino, un muchachito corrió a su encuentro. Era delgado y alto como un árbol joven; sus cabellos eran suaves como la seda y sus ojos tenían el brillo del acero. «Así debía de ser mi hijo si no lo hubiese perdido»—suspiró el campesino—.» «Este sería el heredero que yo habría de tener, en lugar del monstruo siniestro que mi mujer se obstina en guardar en casa...».

—¡Buenos días, mocito!—saludó el campesino—. ¿Adónde vas?

—¡Buenos días!—dijo el muchacho—. Si pudiese usted adivinar quién soy, le diría adónde me encamino.

Al oír la voz del pequeño, el campesino palideció.

—Tú hablas como los de mi familia—dijo—. Si mi hijo no estuviese prisionero de los gnomos, te habría tomado por él.

—Pues lo ha adivinado usted exactamente, padre—dijo el niño—. Y puesto que lo ha adivinado, le diré que voy en busca de mi madre.

—¡No vayas!—dijo el campesino—. Tu madre no tiene corazón más que para un horrible gnomo negro.

—¿Lo cree usted así, padre?—dijo el pequeño, mirándolo de hito en hito.

El campesino se consideraba tan feliz habiendo hallado a su hijo, que las lágrimas se agolparon a sus ojos.

Digitized by Google

—¡Sí; quédate conmigo!—dijo, tomando en brazos al pequeño y levantándolo en el aire. Tenía tanto miedo de perderlo de nuevo, que continuó su camino llevándose al muchacho.

Este comenzó a charlar.

—¡Gracias a que me lleva usted con más cuidado que llevaba un día al hijo del gnomo!—dijo.

—¿Qué quieres decir?—exclamó el campesino, asombrado.

—¿No se acuerda usted ya de aquella vez? La madre del gnomo marchaba al otro lado del precipicio conmigo en brazos; y cada vez que usted tropezaba y estaba a punto de dejar caer a su hijo, ella hacía lo propio. Jamás he tenido tanto miedo. Cuando quiso usted arrojar al pequeño al barranco, ella se disponía a hacer lo mismo conmigo. Si mi madre no lo hubiese agarrado...

El campesino había acortado su paso. Interrumpió al niño y le dijo:

—Es preciso que cuentes cómo vivías allá abajo, entre los gnomos.

—A veces, era muy duro—respondió el niño—, pero mientras mi madre era buena con el pequeño, ellos no eran malos para mí.

—¿Te pegaban a veces?—preguntó el campesino.

—Unicamente cuando usted pegaba a su hijo.

—¿Y te daban bien de comer?

—Siempre que mi madre daba sapos y ratones

Digitized by Google

al pequeño, me daban a mí pan blanco y manteca; pero cuando usted le daba carne cocida y pan, me daban a mí serpientes y cardos. La primera semana estuve a punto de morirme de hambre, según parece. ¡Gracias a que mi madre tuvo piedad del pequeño!

Ante estas palabras, el campesino, que había acortado aún más su paso, dió media vuelta y comenzó a deshacer el camino andado.

—No sé si es ilusión—dijo tras un momento de silencio—; pero me parece que hueles a humo.

—No es extraño—respondió el niño—. La noche pasada me han echado al fuego, cuando usted arrojaba al gnomo a la casa incendiada. Si mi madre no hubiese estado allí...

El campesino alargó el paso; pero, de pronto, se detuvo en seco.

—Vas a decirme cómo ha sido dejarte escapar los gnomos.

—Cuando mi madre sacrificó lo que le era más caro en la vida, no tuvieron ya poder sobre mí—dijo el niño.

—¿Ella ha sacrificado lo que le era más caro en la vida?

—Ciertamente, padre, al dejarlo a usted marchar, por salvar al pequeño gnomo...

* * *

Digitized by Google

La campesina estaba aún sentada, en el mismo sitio, al lado del pozo. No dormía, pero estaba como amodorrada, no podía moverse y no veía nada de lo que pasaba a su alrededor, como si estuviese muerta. Oyóse llamar, de pronto, por la voz de su marido, desde muy lejos, y su corazón comenzó a latir. La vida volvía a ella. Abrió los ojos y miró en torno como saliendo de un profundo sueño. Era día claro ya; el sol brillaba; cantaban las alondras y parecía imposible que se tuviese que soportar una desgracia tan grande en un día como aquel. Pero sus ojos se fijaron en las vigas ennegrecidas y en las piedras calcinadas por el incendio de lo que había sido su casa y en gentes de manos negras y de rostros tiznados. Pensaba que renacía a una vida más triste aún que la antigua. Y, no obstante, subsistía, tenaz, el sentimiento de que su larga miseria estaba terminada. Buscó con la vista al gnomo, Ya no dormía en su regazo y no lo veía por parte alguna. En tiempo normal se habría puesto a buscarlo inmediatamente, pero el mismo extraño presentimiento le decía que era inútil.

De nuevo oyó la voz de su marido que la llamaba. Aquella voz venía del lado de la selva. En el mismo momento apareció él en la estrecha senda que conducía a la granja; pero todas las gentes que habían ayudado a extinguir el incendio corrieron ante él y lo ocultaron a sus ojos. Ella oía solamente que la llamaba con insistencia.

Digitized by Google

Su voz era mensajera de una gran alegría, y ella permaneció como clavada en su sitio. No se atrevía a moverse. Al fin, el marido se destacó del grupo y fué a poner ante sus rodillas un hermoso niño.

—¡He aquí nuestro hijo! ¡Nos ha sido devuelto —dijo—; y eres tú, tú sola, quien lo ha salvado de los gnomos!...

Digitized by Google

EL ESPÍRITU SERVIDOR

Krus Erik Erson, el zapatero, y su aprendiz Constantino Karlsson, habían estado ocupados toda la semana en la rectoría haciendo calzado para toda la casa, y el sábado por la noche, a eso de las nueve, regresaban a sus lares, que estaban lejos, en el extremo opuesto de la parroquia.

Era otoño; el sol se había puesto largo tiempo hacía, pero, sin embargo, no caminaban en la obscuridad, pues el cielo estaba claro y brillaba la luna. Era una hermosa noche. El lago se extendía ante la casa parroquial bruñido como un espejo, cruzado por un argentado camino; y a lo largo de los campos todas las briznas de hierba ostentaban en su punta una gota de rocío que la luna transformaba en una fina perla. Ellos no se daban cuenta de las sombras más que al atravesar algún bosquecillo. El otoño no estaba aún muy adelantado; las hojas perduraban aún en los árboles y las cúpulas de verdor formaban sobre sus cabezas bóvedas profundas y negras.

Sentíanse como entumecidos, desacostumbrados

Digitized by Google

a andar después de seis días de asiduo trabajo; jadeaban bajo el peso de los sacos de herramientas y no hablaban ni uno ni otro.

El camino de la rectoría pasaba por delante del cementerio. Cuando Krus Erik vió, por encima de las tapias, las antiguas cruces de las tumbas, contuvo su paso absorto por sus pensamientos.

—¡Ay, Constantino!—suspiró en fin, y su voz tembló de deseo como la de quien pasase ante un hermoso huerto, cuyos frutos no habían de ser para él—. ¡Si pudiese tener únicamente un poco de tierra de las sepulturas!...

—¿Tierra de las sepulturas?—replicó el aprendiz, tan sorprendido, que se detuvo en firme—. ¡Pues creo yo que podrá usted tener tanta como quiera! ¿Para qué la quiere usted?

Krus Erik se detuvo igualmente. Estaba tan dominado por la gravedad de lo que iba a decir, que no brotaban sus palabras. Por fin, bisbiseó:

—Así es cómo uno se proporciona un «espíritu». Y el que posee un espíritu obtiene todo lo que desea. Jamás tendrá necesidad de hacer un par de zapatos; podrá edificarse una casa tan alta como una atalaya, si así se le antoja; y podrá comprarse caballos y un coche, no necesitará jamás dar un paso a pie.

El aprendiz, que era de una familia piadosa, de la que la superstición estaba desterrada, permane-

Digitized by Google

ció embobado, no pudiendo dar crédito a lo que Krus Erik decía:

—No es posible que crea usted semejante pajarotada, maestro Erik—dijo.

—Ciertamente que creo—respondió el zapatero. Y en lugar de reanudar su marcha, se puso a enumerar gentes que se habían procurado un espíritu y a quienes todo les salía bien.

No obstante, no llegó a convencer al aprendiz. Este era un mozo joven, de diecisiete años, de cara un tanto bonachona y soñolienta. Tras un momento de reflexión preguntó:

—Pero si usted cree tan firmemente en ello, ¿por qué no se proporciona usted uno de esos espíritus servidores?

Krus Erik respondió con sorda voz:

—No lo tendré jamás. Es cosa superior a mis fuerzas procurarme uno.

Suspiró, acomodó en su hombro el saco y reanudó su marcha.

Constantino permaneció inmóvil. Parecía haber surgido en él un débil interés.

Tras algunos pasos, Krus Erik se detuvo de nuevo y se volvió hacia su aprendiz.

—No creerás, Constantino—comenzó, y su voz temblaba ante la idea de una cosa tan inaudita—, no querrás decir que debería yo entrar en el cementerio a recoger un poco de tierra.

—Puede que no—dijo el aprendiz lentamente—.

Digitized by Google

Puesto que usted cree en ello, me figuro que le será imposible.

—No he pasado nunca, de noche, por delante de un cementerio sin pensar en el espíritu y sin desear uno—repuso Erik—; pero no lo tendré jamás. No merece la pena de que nos detengamos aquí, Constantino.

Volvió a andar, pero despacio, como esperando ser retenido.

Tampoco esta vez lo siguió el aprendiz, y era porque si en el Mundo había alguien por quien sintiese afecto, éste era Krus Erik. Sus padres eran tan severos, que no toleraban que se riese ni que jugase. El zapatero era de carácter alegre, siempre con dichos y con bromas en los labios, y tan contento con la vida como si también tuviese él diecisiete años. Viendo que echaba a andar, tan viejo, tan gastado, tan destrozado, Constantino sintió un gran deseo de complacerlo.

Dió un puntapié a una mata de hierba que esparció por el aire perlas de rocío.

—Pues bien, Krus Erik—dijo—, a mí no me da más miedo una tierra que otra; y si quiere usted esperarme un momento iré a buscar lo que usted desea.

Mientras hablaba se había despojado de su saco y lo había colocado a la orilla del camino. Después, de un bote, saltó el foso, escaló la tapia y se halló

Digitized by Google

en el recinto sagrado, antes de que Krus Erik tuviese tiempo de detenerlo.

Era preciso, además, que todo se hiciese de prisa y sorprendiendo al maestro, pues Krus era un buen padre para sus aprendices, y jamás hubiese consentido que Constantino se arriesgase de noche en un cementerio, si hubiese tenido tiempo de evitarlo.

Constantino hubiera podido recoger unos puñados de tierra de cualquier sepultura cercana a la tapia, pero no era este su propósito. No se le ofrecían frecuentes ocasiones de distinguirse; era valiente y no le desagradaba que Krus Erik lo comprobase.

Se detuvo, al fin, ante una tumba en medio del cementerio, apartó la hierba con el pie, y luego separó con las manos las primeras capas de tierra. Cuando creyó que había llegado a suficiente profundidad, recogió un poco y se llenó los bolsillos de su chaqueta. Como ignoraba la cantidad que era necesaria para un buen espíritu, hizo abundante provisión.

Mientras operaba, disfrutaba sin el menor miedo. Su pensamiento estaba fijo en Krus Erik. ¿Qué haría cuanto tuviese un espíritu servidor a quien mandar?

Un gran silencio y una gran paz reinaban a su alrededor. Casi resultaba bochornoso no ver nada, no oír nada de lo que las gentes pretenden ver y oír de noche en el cementerio. Cuando volviese a

Digitized by Google

reunirse con el maestro, no tendría aventura alguna que contarle.

Reunió la tierra dispersa y llenó el agujero; después colocó cuidadosamente la mata de hierba en su sitio, todo muy lentamente, para dejar pasar algunos momentos más, no fuera a creer Krus Erik que se había apresurado.

En medio de su trabajo se detuvo y quedó inmóvil. No era un aparecido lo que se le había presentado; sino una idea, una ligera idea. Parecióle de pronto que era demasiado tonto tomándose tanto trabajo para proporcionar un espíritu a Krus Erik. ¿Por qué no guardarlo para él? ¿Quién más que él estaba necesitado de auxilio?

En una visión rápida, percibió una casita gris, de una sola pieza, que era la suya, un hombretón delgado y triste, enfermo de enfermedad mortal, que era su padre, y una mujer macilenta, gastada, que era su madre. Sí, él tenía necesidad de un espíritu, más que nadie.

Desprendióse una hoja de un árbol, cayóle sobre la cabeza, giró con un frotamiento seco y lo rozó. Dió él un salto y lanzó en torno miradas extraviadas. ¿Había ocurrido algo mientras estaba de rodillas ante la tumba? ¿Se despertaban los muertos?... Había como cuchicheos de sepultura a sepultura, y una cosa blanca que se movía en la sombra opaca y negra de los árboles. Los muertos se apretaban allí los unos contra los otros; allí habían

Digitized by Google

estado siempre; le pareció que los vería de un momento a otro.

Tuvo un momento de terror; pero no se fué. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el mismo punto, evitando que sus miradas vagasen perdidas avizorando a los aparecidos. No quería enloquecer; no quería llegar sin aliento y temblando al lado de Krus Erik.

Ante su firme mirada, los espectros se desvanecieron. El aire quedó como purificado de maleficios y pudo disponerse a regresar, habiendo recobrado su calma. En cuanto a guardar la tierra para sí propio, no pensaba en ello.

¿Para qué? Después de todo, no era más que tierra.

¿Podía un hombre sensato como Krus Erik creer y desear una cosa tan pueril? ¡Vaya un objeto apetecible!

Contantino hundió sus manos en sus bolsillos; un poco de tierra; nada más que esto.

Pero en el mismo instante lanzó un grito agudo, prolongado, un grito tan angustioso y salvaje como si un espectro se le hubiese aparecido.

Sus manos, sepultadas en sus bolsillos, no habían encontrado tierra; sino pobres restos de hombres muertos; eran dedos de manos y de pies, globos resbaladizos, ojos, piel, cabellos revueltos, carne, trozos de huesos, tendones...

Y todo ello, frío, viscoso, blando, en plena pu-

Digitized by Google

trefacción. Constantino retiró las manos de los bolsillos y echó a correr como un loco hacia la salida, mientras trataba de dar la vuelta a sus bolsillos para vaciarlos y desembarazarse de su innoble contenido. Y continuaba gritando no tanto de terror como de repugnancia.

Cuando por fin se halló de nuevo en el camino, vió a Krus Erik que corría a todo correr.

Constantino recogió rápidamente el saco que había dejado a la orilla del camino y se lo echó al hombro. Habría querido correr también, pero no quiso aparecer ridículo. Apretó los dientes y se esforzó para andar con su paso ordinario, ni más ni menos de prisa que de costumbre hasta que logró alcanzar al zapatero, que lo esperaba en la esquina de la alcaldía.

—¿Cómo estás?—preguntó Krus Erik; y como Constantino respondiese que bien, el amo no le hizo más preguntas. Krus Erik no ignoraba que si se supone que una persona ha visto alguna cosa rara, vale más dejar pasar algún tiempo antes de hablarle de ello. Que el joven había logrado recoger tierra de las sepulturas, lo indicaban claramente sus bolsillos vueltos del revés.

* * *

En verano y en otoño, mientras no hacía frío, Constantino se acostaba en el granero; con unas

Digitized by Google

cuantas tablas se había arreglado un rinconcito que él llamaba su cuarto. Aquel refugio no era muy espacioso: un estrecho catre lo ocupaba casi por completo; pero su encanto estribaba en que allí podía dormir la mañana de todos los domingos. Abajo se había visto obligado a levantarse temprano para que su madre pudiese hacer la limpieza antes de irse a la iglesia.

Desde que trabajaba con Krus Erik, no era raro quedarse en la cama hasta que abajo el viejo reloj diese las doce; pero al día siguiente de su aventura del cementerio, se despertó a las diez. Todo acudió a su memoria inmediatamente. Le quedaba como una repugnancia en la punta de los dedos y sentía hormigueo en ellos con sólo pensar en el horror en que habían estado hundidos. Claro es que, en resúmen, todo aquello no había sido más que cosa de la imaginación, del miedo. Sabía perfectamente que él no había guardado más que tierra; pero Krus Erik tenía razón: no era fácil entrar de noche en el cementerio para tratar de procurarse un espíritu. Su madre se pondría furiosa. Era preciso a toda costa intentar ver al zapatero y hacerle prometer que guardaría silencio. Por prisa que tuviese, no se atrevió a ponerse el calzado sin limpiarlo primero, pues estaba cubierto de polvo. Tomó de su saco una caja de betún y un cepillo y se cubrió la mano con uno de sus zapatos: de él se desprendió una porción de tierra.

Digitized by Google

Constantino aspiró bruscamente una bocanada de aire y luego la expelió bufando. Comprendió por qué estaban llenos de tierra sus zapatos; había caído en ellos cuando él vació sus bolsillos. Su calzado era demasiado ancho; boqueaba en los tobillos. No había otra explicación.

Con cierta curiosidad Constantino examinó aquellos granos: eran tierra como otra cualquiera. Ya lo sabía. Lo que él había sentido al hundir sus dedos en los bolsillos, no era más que producto de su imaginación.

Vació los dos zapatos y, con la punta del pie, reunió en un montoncillo la tierra dispersa.

No había mucha. Apenas si podría haber bastante para un espíritu.

De nuevo abrió su saco de aprendiz, sacó de él una cajita de metal, chata y redonda, en la que guardaba puntas y tachuelas, la vació y metió en ella la tierra de las tumbas. Krus Erik iba a tener su espíritu; vería que Constantino era hombre capaz de procurárselo...

Por más que Constantino tuvo apenas tiempo para tomar el pan y la leche que su madre, antes de marcharse, le había preparado, llegó demasiado tarde a su casa de Krus Erik. El zapatero se había ido ya a la iglesia. Constantino apresuró el paso con la esperanza de alcanzarlo en el camino, lo que, por otra parte, habría hecho, si sus zapatos no hubieran dado en molestarle.

Digitized by Google

No comprendía él lo que les pasaba; salíansele de los pies a cada paso, cosa que antes jamás le había ocurrido, y le desollaban el talón. El escozor era tan doloroso, que tuvo que detenerse.

Se descalzó y se sentó en la orilla del camino. Ir a la iglesia con los pies desnudos le parecía imposible; por otra parte, calzado, no podía andar. Tenía ya una ampolla en cada pie. Cuando estaba allí, perplejo e irresoluto, pasó un coche, y, en él, Ost Samuel Anderson y un extranjero con aspecto de señor. Iban muy despacio, cosa que sorprendió mucho a Constantino, pues Ost Samuel era tratante en caballos y, ordinariamente llevaba el suyo al galope.

Ost Samuel era un antiguo amigo de los padres de Constantino. La casita de éstos estaba edificada en terrenos de aquél, y, frecuentemente, Ost Samuel los había ayudado con sus consejos, especialmente desde que el padre de Constantino había contraído la grave enfermedad que lo retenía casi siempre en la cama.

Al llegar frente a Constantino, Ost Samuel tiró de las riendas y preguntó al joven adónde iba.

Constantino respondió que iba a la iglesia; pero que tenía desollados los pies y se veía obligado a regresar a casa.

Ost Samuel le brindó un asiento en el cochecillo; no iba a la iglesia; sino a Aspnes, a casa del

Digitized by Google

mayordomo, y siempre sería más de la mitad del camino que se evitaría andar a pie.

Constantino subió al coche. Esto era un pequeño principio de suerte.

Ante él los dos hombres cambiaron al principio algunas palabras a su costa. El extranjero dijo algo, tan en voz baja, que Constantino no pudo distinguir las palabras; pero Ost Samuel tenía la voz fuerte y no sabía moderarla. Constantino oyó que, desde luego, el joven era un buen muchacho y no tenía nada de malo; pero, desgraciadamente—añadió—, le falta energía, y tenía mucha necesidad de ella. Su padre estaba siempre enfermo, su madre se mataba trabajando, y a él le gustaba más no hacer nada. Recientemente lo habían colocado de aprendiz en casa del zapatero. Este, lo veía lleno de buena voluntad, pero no creía que llegase jamás a ser un maestro hábil. Tenía la mano pesada y era muy lento en el trabajo.

El extranjero volvió a decir algo en voz baja: sin duda hacía observar a su huésped que Constantino se enteraba de su conversación, pues Ost Samuel respondió que no había cuidado: aquel chico no se enteraba nunca de nada: se dormía de pie.

Esto, acaso fuese verdad la mayor parte del tiempo; pero como extraordinario, el día aquel no dormía, y oyó no sólo todo cuanto dijeron de él, sino todas sus palabras.

Ost Samuel hizo parar el coche en el cruce de

Digitized by Google

los caminos para que Constantino se apease y, después, los dos hombres tomaron el que conducía a Aspnes.

—Tendrás que apresurarte si quieres llegar a la iglesia antes de que el pastor baje del estrado—le dijo Ost Samuel.

¡Ay! No era fácil apresurarse; la ampolla de su talón le hacía sufrir a cada paso y no adelantaba más que un caracol. ¿Sería que el espíritu no quería ser cedido a otra persona?

Fuese como fuese, el servicio divino había terminado y los feligreses salían de la iglesia antes de que Constantino hubiese llegado al pueblo.

Uno de los primeros que encontró fué al mayordomo de Aspnes en persona. Avanzaba orondo e imponente por mitad de la calle, como si quisiera ocuparla toda. El joven aprendiz, que había trabajado en todas las granjas, lo conoció. Se colocó ante él y le alargó la mano.

El mayordomo, a su vez, le tendió la diestra suya, que sostenía un bastón con grueso puño de plata. No se tomó el trabajo de cambiarlo de mano, y Constantino tuvo que apretar como pudo el puño cerrado en torno al del bastón. Aparentó no notarlo y dijo de pronto:

—Quisiera advertir a usted que tiene visita en su casa: Ost Samuel y un señor de la ciudad. Lo sé porque me han dejado subir a su coche.

Digitized by Google

—¡Bien, bien; grandes noticias! ¿Y ha mucho tiempo que han llegado?

—Una hora aproximadamente, y lo esperarán, pues quieren comprarle su jumento gris.

Cosa extraña; Constantino no experimentaba aquel día la menor timidez ante el mayordomo; ningún respeto. Hasta se atrevió a bromear con él.

—También sé que lo han engañado a usted el año pasado, comprándole un caballo, y sé cuánto vale el jumento y lo que darán por él si no aprieta de firme.

Al momento de pronunciar las últimas palabras, Constantino echó a andar. Lo hacía rápidamente, sin pensar en su sufrimiento. El mayordomo lo llamó; pero el joven se hizo el sordo y siguió su camino. Entonces el hombre gordo se puso a correr tras él para alcanzarlo. Constantino apresuró el paso. El mayordomo aprendió, quizá, a no saludar otra vez con el bastón en la mano.

Al cabo de un instante acortó el paso y el mayordomo, jadeante y encendido, lo alcanzó. «¿Se vanagloriaba de saber más de lo que realmente sabía? ¿Lo hacía por darse el gusto de ver correr tras él, sin aliento, a un hombre anciano?».

Constantino adoptó un aire adusto. ¿Para qué contarle lo que sabía, puesto que el mayordomo dudaba de que le dijese la verdad?

El mayordomo pareció medirlo con la vista; luego echó mano a su bolsillo de pecho, sacó de él

Digitized by Google

una cartera y enseñó al joven un billete de cinco coronas.

—No creo que mientas—le dijo—. Cuéntame lo que has oído y te daré el billete.

El aprendiz de zapatero que trabajaba aún sin salario, quedó deslumbrado a la vista de tan hermoso billete. ¡Qué habría dicho Ost Samuel si hubiese visto aquello, él que creía que Constantino no veía, ni oía nada y estaba dormido siempre?

Contó, pues, lo que sabía y recibió su recompensa.

Cuando seguía su camino con el billete de cinco coronas en el bolsillo, se encontró con Krus Erik.

Inmediatamente se acordó del espíritu. La ocasión era buena para dárselo ya que estaban solos en el camino; pero pasó ante su maestro sin detenerse. Escasamente si lo saludó y le dijo que pensaba ir al lago para pescar percas; había preparado la excursión el día antes, con otros jóvenes de la parroquia.

El espíritu parecía pegado en el fondo de su bolsillo. Para disculparse ante sí mismo, Constantino se dijo que quería, al menos, probar si valía algo, antes de regalárselo a Krus Erik.

* * *

El lunes por la mañana, cuando Constantino se halló ante el banco estrecho y bajo, cara a cara con

Digitized by Google

Krus Erik, sentíase más desgraciado que nunca. Sabía, al menos, una cosa: que daría el espíritu a su maestro. No quería tener nada que ver con tal sortilegio.

La víspera, en la pesca, había tenido una suerte inaudita. Toda la tarde estuvo sacando del agua grandes percas, una tras otra, mientras los otros muchachos no pescaban nada. Era difícil explicarse a qué obedecía aquello. Evidentemente él había vigilado su caña, no apartando la vista del flotador, mientras los otros charlaban y reían, pero, en fin... Entonces sus camaradas, exasperados, abandonaron la pesca y tomaron los remos, precisamente cuando mejor le iba a Constantino; y como los útiles para pescar y el bote eran de ellos, se quedaron también con las percas. Si no hubiesen estado tan furiosos contra la burla insolente de Constantino, habrían repartido los peces con él. Pero regresó con las manos vacías.

Esto era bochornoso; pero otro serio disgusto le esperaba en su casa. Ost Samuel había ido a ver a sus padres para quejarse de Constantino. Había querido ayudar a un amigo para comprar un caballo, pareja de otro que ya tenía. Y por culpa de Constantino, habían tenido que pagar mucho más caro el jumento gris del mayordomo.

Este mismo, una vez terminada la venta, fué quien lo descubrió todo. Y por esto, los padres de

Digitized by Google

Constantino conocieron la historia de las cinco coronas.

Estaban asustados y fuera de sí. ¿Qué sería de ellos si Ost Samuel los abandonaba? La madre no se explicaba qué mal espíritu se había apoderado de su hijo. Nunca había hecho cosa semejante. Cómo pudo ocurrírsele la idea de traicionar un secreto que no le pertenecía y de hacerse pagar su indiscreción? ¿Era, pues, un Judas?

En cuanto al billete de cinco coronas, la madre lo había reclamado para devolvérselo al mayordomo. Era el dinero del pecado.

Constantino trató aún de persuadirse de que no creía que aquella tierra del cementerio interviniese en ello, pero, en el fondo, estaba convencido de que la culpa era del espíritu.

Así, aquella mañana, al salir de casa, iba completamente resuelto a deshacerse de ella. Pero, cosa extraña; le había sido imposible realizarlo. Varias veces había puesto su mano en el bolsillo y había tomado la caja para dársela a Krus Erik, pero no lo había hecho. ¡Después de todo, era maravilloso poseer cosa semejante; y preguntarse y probar si realmente tenía tal fuerza!... Hasta aquí no le había ocasionado más que desgracias; pero no por eso le parecía menos imposible separarse de ella.

Estaba tan preocupado, que trabajaba peor que nunca. Krus Erik lo observó. ¡Pero el amo era tan bueno con sus aprendices! No los reñía jamás,

Digitized by Google

únicamente, gastaba con ellos burlas sin importancia, para que trabajasen.

—Mira, Constantino—dijo de pronto;—acabo de dibujar el patrón de dos pares de zapatos que necesitamos terminar hoy. ¿Qué dirías, si hiciésemos cada uno de nosotros un par, divirtiéndonos en ver quién acaba primero el suyo?

El espíritu, que estaba a medio salir del bolsillo, se volvió a él rápidamente. Constantino aceptó con alegría la proposición de Krus Erik. ¿Qué mejor modo de darse cuenta exacta de si valía algo o no aquella especie de sortilegio?

Los dos zapateros sacaron cuchillas, martillos, tenazas, hormas, cueros, clavos, en suma: todos los útiles de su trabajo y los alinearon ante ellos. Luego, el maestro contó: una, dos, tres y comenzó la lucha.

Cortaron primero los empeines y pegaron la doblez con engrudo de harina de centeno. Mientras se secaban junto al fuego, torcieron el lino para hacer un hilo sólido; luego colocaron las cerdas en los cabos.

Estos primeros preparativos los acabaron al mismo tiempo, pero Krus Erik veía con asombro la destreza con que Constantino torcía su hilo y aplicaba las cerdas. No demostraba su lentitud ordinaria.

Tratábase en seguida de cortar la suela y de ponerla en remojo para ablandarla. De nuevo Krus

Digitized by Google

Erik se alegró al ver con qué prontitud el tranchete de Constantino cortaba el cuero espeso y duro.

Krus Erik, al principio había trabajado un poco más lentamente que de ordinario para no descorazonar al aprendiz, pero pronto se dió cuenta de que era menester apretar si no quería verse adelantado.

Llegó el turno a la lezna y al hilo para coser el calzado.

Las manos de Constantino se agitaban como las alas de las alondras.

Krus Erik no pudo substraerse al deseo de examinar de cerca su trabajo. ¿No saldría la obra atropellada?

Constantino le enseñó un pespunte recto e igual, un verdadero bordado de perlas.

Hasta aquí ni siquiera se le había ocurrido a Krus Erik la idea de no salir vencedor de su reto; pero ante lo que veía, su certidumbre vaciló un poco. Constantino lo había adelantado ya, y sus dedos iban tan rápidos como los de un prestidigitador en una feria.

Cuando la campana tocó el descanso de mediodía, el primer calzado de Constantino sobresalía ya de la horma, y golpeaba la suela para hacerla igual y dura. Krus Erik no estaba tan adelantado. Ninguno de ellos levantó la cabeza por más que fuese hora de reposo.

Constantino dedicó un rápido pensamiento a la alegría con que generalmente recibía esta señal; pe-

Digitized by Google

ro este día era diferente; el trabajo se hacía solo; no se sentía en modo alguno fatigado y nada le parecía difícil. Jamás había pensado que el trabajo pudiera ser un placer.

Los llamaron para comer. En cuanto engulleron unos bocados volvieron corriendo al cuarto de los mozos donde habían instalado su taller.

Las gentes de la granja habían venteado lo que pasaba y, en lugar de dormir la siesta, se fueron a observar a los dos zapateros.

Al principio todos creían como cosa cierta que Krus Erik iba a ganar con holgura; pero después de haber visto el trabajo durante un momento, comenzaron a cambiar de opinión. Uno tras otro los mozos felicitaban a Krus Erik por tener un aprendiz tan hábil.

Krus Erik clavaba su suela; martilleaba desigual y demasiado violentamente, y todos los espectadores, sin decir nada, estaban convencidos de que su trabajo no era tan bueno como de ordinario.

Para Constantino todo iba como por ensalmo; todo se adaptaba, todo se organizaba. Los martillazos eran justos.

—Este hará hermoso calzado—decían los espectadores—. Pronto podrás establecerte por tu cuenta.

Cuando los mozos se fueron, los zapateros continuaron su encarnizado trabajo sin decir una palabra. De pronto Erik lanzó un gemido: se había dado un martillazo en el dedo pulgar.

Digitized by Google

Constantino le dirigió una rápida mirada. Nadie había sido nunca tan bueno para él como Krus Erik, nadie había tenido con él tanta paciencia. El joven pensó al punto que el maestro se entristecería, quizá, si el aprendiz llegaba a hacer el calzado mejor y más pronto que él. El viejo zapatero tenía un aspecto casi lamentable, encorvado y afanado en su trabajo. No era aquel, acaso, un juego franco, pues Constantino se confesaba que, sin el espíritu, no habría podido trabajar así.

Observaba también que Krus Erik ni siquiera se daba tiempo para meter su dedo en el agua; sin duda temía que Constantino tomase demasiada delantera.

El aprendiz se dió cuenta de que debía atender a su viejo maestro y trabajar un poco menos deprisa; pero no pudo resolverse a hacerlo. Aquella vez sentía un placer grandísimo al trabajar.

Cuando dieron las cinco, los dos zapatos, colocados ante él, estaban listos, y se los mostró a Krus Erik.

El maestro apartó el que tenía en la mano, sin suela aún, e inspeccionó el trabajo del aprendiz.

—No necesitas hacer hoy nada más—dijo lentamente—. Puedes marcharte.

—¿Trabajaremos mañana aquí también?—preguntó Constantino.

—Yo trabajo aquí—respondió Krus Erik, levantando la cabeza, y una aguda mirada de rabia cayó

Digitized by Google

sobre el joven;—pero tú no. ¿Cómo quieres que conserve un aprendriz que conoce su oficio mejor que yo?

Constantino no replicó; se puso la gorra y se acercó a la puerta. Ya en el umbral se volvió. Su mano se hundió resueltamente en su bolsillo, pero se quedó allí y no salió.

—¡Entonces, hasta la vista, y gracias!—dijo cerrando suavemente la puerta tras él.

* * *

Entreteníase Constantino una noche, a la luz de la luna, tirando al blanco con una ballesta.

El mismo se la había construído años atrás, cuando era un niño de doce o trece años; pero pronto se había cansado de su juguete, viendo que carecía de habilidad para tirar; quizá no llegó nunca a dar en el blanco.

Y aquella noche, golpe tras golpe clavaba su flecha en uno pequeño que había dibujado en la pared del establo.

Estaba soberbio y orgulloso de sí mismo. Salió, para verlo, una de sus hermanas, y, a favor del viento, apuntaba y se vanagloriaba de su habilidad.

Sentía un deseo infinito de distinguirse y de hacerse admirar. Esperaba que también su madre se asomase a la ventana para verlo.

Pero en el fondo de su corazón estaba intranqui-

Digitized by Google

lo y burlado. El tiro al blanco era un derivativo que había imaginado para no pensar en Krus Erik, en el espíritu ni en sus maleficios.

Por miserable que se sintiese, confesaba que amaba al espíritu más que a cosa otra alguna. Así debía ocurrir a las gentes entregadas al aguardiente: no pueden prescindir de él, aunque sepan que es su ruina. El espíritu no le había proporcionado hasta entonces más que disgustos y, sin embargo, él se sentía orgulloso, fuerte, y capaz de todo, mientras lo tuviese en su bolsillo. Cuando la gente ha bebido, también se siente feliz e intrépida como él en aquel momento. No obstante, inspiran horror a los demás.

Habría querido poder preguntar a alguien si era malo conservar el espíritu; pero a su madre no se atrevía a hablarle de ello y no era cosa de consultárselo a Krus Erik.

Súbitamente cesó en su juego y se volvió hacia su hermana que lo miraba. Y, cediendo de pronto a la necesidad de su conciencia, comenzó a referirle las cosas extrañas que le habían sucedido.

Ella le escuchaba en silencio. Parecíase sorprendentemente a su madre, dejándole hablar sin interrumpirlo, con el rostro impregnado de muda desaprobación.

Cuando calló él, al fin, ella exigió que le contase todo aquello a su madre.

—¿Así tú vas a hacer de soplona?—le dijo él.

Digitized by Google

—No; pero voy a decir a madre que venga para que tú la hables.

Y aunque él se opuso con vehemencia, ella, firme en su resolución, se levantó para avanzar.

—¡No lo hagas, o disparo sobre ti!—dijo él alzando la ballesta y poniéndole una flecha.

Ella se volvió riendo; el arma era pequeña y frágil; la flecha una astilla de madera sin punta. Aquel juguete no habría matado un gorrión.

—Tira si quieres; a pesar de todo iré a buscar a madre—replicó ella con obstinación.

En el mismo instante partió la flecha silbando, y fué recta, a clavársele en un ojo.

Tuvo que estar largo tiempo en el hospital, y cuando, después de varios meses, salió de él, no tenía más que un ojo.

Constantino había reaccionado durante su ausencia, volviendo a ser quien era. Nuevamente había entrado de aprendiz en casa de Krus Erik. Era bueno y amable; un poco desmañado e indolente, como antes.

—No creerás que yo te apuntaba—dijo a su hermana;—tiraba hacia el tejado de la casa; pero en el momento en que la flecha partió, diríase que alguien bajaba la ballesta.

—Ya ví que no me apuntabas—respondió ella.

—La misma noche fuí a «llevarlo» al cementerio —bisbiseó él;—tuve demasiado miedo.

Ella reflexionaba. Desde que le ocurrió aquella

Digitized by Google

desgracia parecía una vieja muy discreta, aun no siendo más que una niña.

—Lo que pregunto yo—dijo al fin—, es qué era ello.

—No era nada, sin duda; pero lo añoro; no pasa día sin que me acuerde de él.

—Pienso—comenzó ella titubeando—que sólo con que tú creyeses, con que te imaginases que lo tenías... acaso supieses hacer calzado tan bien hecho como si lo llevases contigo en tu bolsillo.

—No—dijo él—. Ya lo he probado; pero es inútil. Es como si te dijesen que, imaginándote que tienes aún tus dos ojos, verías tan bien como antes. Son cosas sobre las cuales no tiene uno mismo poder alguno.

Digitized by Google

VIEJA HISTORIA DE LAS MONTAÑAS

Una joven vaquera trabajaba en la casita de los pastos en lo alto de la montaña. Hacía queso con entrambas manos hundidas en el molde y apretaba la cuajada con todas sus fuerzas, para hacerle escurrir el suero.

A su lado, en el hogar, una gruesa marmita ventruda llena de cuajada y de suero hervía suavemente cantando, y a la joven se le figuraba que aquello era una compañía en su profunda soledad.

El zagal se había ido al bosque, con las vacas, y la ayudante que ella había tenido durante el verano, había regresado al país con una parte del ganado. Realmente ella debía de haber hecho lo mismo. Había llegado el otoño y todas las demás casitas estaban abandonadas y cerradas por todo el año; pero ella se había visto obligada a quedarse, porque la mejor vaca lechera no había parido aún.

Escuchando la olla, le pareció, de pronto, que cambiaba de tono. Después de haber cantado y gorgoreteado amigable y suavemente, parecía inquieta y quejumbrosa. Parecía como descontenta de algo.

Digitized by Google

—¿Qué te pasa?—dijo la vaquera—. ¿No estás bien asentada sobre las trébedes?... ¿No tienes bastante leña bajo tu panza?

Inclinóse para examinar la situación; pero no vió nada anormal; la olla estaba bien colocada en la chimenea, o, al menos, en lo que servía de chimenea, es decir, una ancha losa reposando sobre cuatro piedras.

Es un trabajo largo el de amasar un queso; y como no ocupa el pensamiento, la vaquera continuaba escuchando la voz de la marmita. Esta, parecía continuar quejándose, y hasta se hubiera dicho que gemía.

—¿Pero qué es eso?—preguntó riéndose la joven—. Jamás te he oído esta voz durante el verano. ¿Estás descontenta porque te han dejado aquí, cuando la mayor parte de la gente, del ganado y de los utensilios han regresado al pueblo?

La olla no quería atenerse a razones; continuaba borboteando, hasta rebosando con furor. A la vaquera le recordó la abuela de la granja, que pasaba el tiempo murmurando, gruñendo y enfadándose porque nadie la escuchaba.

La vaquera rió a carcajadas.

—No obstante, debes confesar que no se podía hacer otra cosa; había que tener paciencia, pues la vaca de los cascabeles no había tenido su cría aún y se la esperaba por momentos. Pero ahora

Digitized by Google

que ya está, nos iremos en cuanto el ternerito se mantenga en pie.

Pero, a pesar de esto, a la marmita le dió por cuestionar. Quejábase de las largas veladas obscuras, de la lluvia constante, rezongaba sobre los caminos hundidos y encharcados y sobre las vacas que se extravían entre la niebla o se meten en los pantanos.

—Me parece que no tiene usted motivo para estar tan descontenta—añadió la lechera tras un momento. Se había llegado a figurar que era a su vieja ama a quien contestaba, de tal modo, que no tuteaba ya a la marmita—. Bien sabe usted que no tenía yo interés alguno en quedarme en la casita con el zagal; pero usted sabe también por el afecto que trato de demostrarle, que puede usted contar conmigo más que con los otros criados.

La marmita no respondió más que con un ronroneo furioso.

—Por lo visto ha terminado sus jeremiadas respecto al tiempo—dijo la lechera—. Ahora va a comenzar sus historias sobre los duendes. Ya la estoy oyendo.

La joven, como todo el mundo, sabía perfectamente que los duendes acechan impacientes el momento en que las gentes de las casitas se van, para instalarse en su lugar. Nada más natural. Mejor estaban allí que bajo los montones de piedras y de fajinas en que viven de ordinario. Pero a ella no le

Digitized by Google

inspiraban gran respeto los duendes. Debían de ser bastante inteligentes para tener el buen gusto de mantenerse a distancia mientras hubiese gente en los pastos.

Pero la marmita seguía en sus trece. Realmente era el tono de la abuela, cuando quería infundir a los jóvenes el temor a los trasgos peligrosos que frecuentan aquella parte de la montaña. Pues la anciana señora, en tiempos en que era una muchacha, habíase retrasado en la casita por causa de una vaca, como ahora la vaquera. Y una tarde que estaba en el cercado atareada recogiendo las vacas, había oído una especie de aullido que surgía de una montaña situada un poco al norte de sus pastos. Esto se repitió varias veces, y, a fuerza de escuchar, acabó por distinguir las palabras siguientes—: «Trillibacken, Trillibacken, ¿cuándo podrás dejar tu hormiguero?».

La abuela comprendió en seguida que aquel era el gnomo que vivía en Norrfiel, que preguntaba a otro refugiado en un hormiguero cuándo podría pasar a una de las casitas. Aguzó el oído para saber de qué casa se trataba, y, en efecto, oyó la respuesta de Trillibacken, que parecía brotar de la tierra. No era fácil, no, comprenderlo, pues los gnomos tienen una voz tan ronca y tan áspera que las palabras se distinguen mal. No obstante, se daba cuenta de que Trillibacken respondía: «La vaca no está lista aún, Sigrid no se ha ido».

Digitized by Google

«¡Sigrid!»... Sigrid era ella misma. Esperaba con impaciencia la continuauión de la conversación, y, por fin, oyó que el primer gnomo aconsejaba al otro:

—Mátala con tus garras. Asala al fuego. Una joven de diecisiete años, sana y gorda, tiene mejor gusto que un cabrito de un año.

La vieja abuela comprendió que los gnomos se proponían asarla y comérsela. Y fué ella la que no se quedó en la casa. La misma noche regresó al pueblo con el ganado.

Abajo, en la granja, a los criados les costaba trabajo contener la risa cuando la anciana contaba que los gnomos habían querido asarla. Pero allí, en la casilla, cuando en su aislamiento pensaba en aquella aventura, sentía un estremecimiento.

—¡Dios del cielo!—exclamó volviéndose hacia la marmita—. Creo que va usted a acabar por asustarme.

Y, en el mismo instante, tembló como un pez en el agua, pues oyó pasos delante de la casa.

En el bosque no había nadie más que ella y el zagal, que estaba lejos. ¡Era, pues, un duende que llegaba!

Pero no fué un duende el que abrió bruscamente la puerta y franqueó el umbral. Era un hombre; un hombre grande, delgado, con hirsutos cabellos y barba revuelta. No llevaba ni un trozo de vestido tejido por manos humanas; sólo el bosque lo había

Digitized by Google

equipado. El oso le había provisto de vestido; el corzo de pantalones, la ardilla de gorra y el abedul de zuecos de corteza.

Llevaba en la mano una especie de dardo con el que entró en la cabaña. En su cinturón se veían tres cuchillos.

La joven comprendió inmediatamente que se hallaba frente a uno de esos malhechores que huyen de la justicia humana, viviendo en las entrañas del bosque. Era bastante más peligroso que aquel Trillibacken que había querido comerse a la abuela.

En la estrecha pieza en que la vaquera se encontraba no había más que un pequeño tragaluz en la parte posterior y, en frente, la única puerta en que estaba el asesino. Pasaban fugaces los pensamientos por su cabeza; acaso el hombre había ido únicamente a ver si la cabaña estaba deshabitada, lo mismo que los gnomos, para instalarse en ella. Pero quizá también abrigaba intenciones más dañinas. Lo que parecía cierto era que no se trataba de gritar ni de implorar piedad; esto no serviría de nada.

Inclinóse sobre el queso, y volvió a prensarlo con redoblado ardor. Pero sintió que el hombre se acercaba a ella con tácitos pasos, y, de pronto, le puso ante los ojos una gruesa mano velluda, que empuñaba un cuchillo.

—¿Has visto nunca un cuchillo más afilado?—

Digitized by Google

preguntóle, con aspecto de un gato que juega con un ratón.

Hasta entonces, la joven lechera había tenido miedo, solamente, pero ante el apóstrofe burlón del ladrón, se tornó roja. Su cólera le inspiró repentinamente el modo de defenderse. Cogió la escudilla que le había servido para recoger la cuajada de la marmita, y lanzándola, llena de líquido hirviente a la cara del malhechor, le dijo:

—¿Has sentido nunca suero más caliente?

El hombre dejó caer el dardo y el cuchillo, rugió de dolor y de un salto retrocedió hasta la pared. Allí se quedó con las manos apretadas contra los ojos, lanzando alaridos salvajes.

La joven recogió rápidamente el cuchillo y se lo prendió en el talle; luego, volvió a ocupar su puesto junto a la olla, su mejor salvaguardia.

Escuchó durante un momento los gritos del hombre y, como parecían prolongarse indefinidamente, lo amenazó en voz baja:

—Si no te callas y te vas al punto, te arrojaré otra escudilla de suero.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!—aulló el hombre, presa de un terror espantoso.—¡Socorro, Toste! ¡A mí, Enrique,! ¡A mí! ¡Socorro, Luder y Broms!...

La joven creyó oír ruido de pasos recios y blandos, y, como a su pesar, se acercó a lanzar una ojeada por el tragaluz. Divisó a cinco o seis hom-

Digitized by Google

bres de la misma especie de su agresor, que escapaban alocadamente a lo largo de la verde pendiente, hacia el bosque. Comprendió que era una cuadrilla de bandidos; uno de ellos se había adelantado a los demás para asegurarse de que la cabaña estaba vacía. A los desesperados gritos de éste, los camaradas creyeron sin duda que había caído en manos de un enemigo temible, y, en vez de acudir en su auxilio, regresaron rápidamente al bosque.

—Esos a quienes llamas, escapan a todo correr; y cuando más los llamas, más corren—le dijo ella.

El bandido se calló y dió un salto hacia delante, con los brazos extendidos como para alcanzarla y aplastarla estrechándola.

El ataque fué tan brusco que no le dió tiempo a pararlo con una nueva escudilla de suero; sólo pudo agacharse y pasar bajo su brazo como jugando a la gallina ciega.

El bandido corrió hasta la pared opuesta y permaneció un segundo palpándola con las manos. La lechera no se paró, asombrada ante aquella rareza; sólo vió una cosa: que el paso hacia la puerta estaba libre y aprovechó el instante para lanzarse afuera. No obstante, tuvo la suficiente serenidad para cerrar la puerta tras ella, echando el cerrojo y ajustando rápidamente la barra. Después, corrió en dirección a la aldea.

Estaba persuadida de que el bandido la seguiría

Digitized by Google

de cerca, pues la mala cerradura y la vieja barra podrida, no tendrían mucho tiempo encerrado a un hombre tan grande y fuerte como aquel. No la dejaría él escaparse y extender por el país el rumor de que toda una banda de bandidos estaba en el bosque. Ni siquiera se atrevía a mirar hacia atrás. Corría sin descanso, y siempre creía oír tras ella el ruido recio y blando de los ligeros zuecos de corteza. Ya esperaba verse asida por el pelo, echada hacia atrás y sentir el cuchillo del bandido en su garganta.

Cuando se bajaba al pueblo con el ganado, invertíase más de medio día en recorrer el camino; pero la joven se deslizaba por entre las raíces como una culebra y corría a lo largo de los senderos como una liebre. Llegaría a la granja a la hora de comer, si él no la alcanzaba, y ya debía de haber perdido su rastro.

Ante esta idea se detuvo. Comprendió que lo primero que le preguntarían sería qué había sido del zagal y del ganado.

Apretó los dientes y frunció las cejas; reflexionó un momento, y luego, resueltamente, retrocedió, desandando el camino.

La vieja ama no había vuelto a la granja sin las vacas cuando escapó por miedo a los gnomos. Nunca más se le confiarían cargos de mayor importancia que al resto de los criados, si antes que todo no pensaba en los animales.

Subió, pues, la cuesta que tan rápidamente ha-

Digitized by Google

bía bajado; no se atrevía a recorrer los senderos trazados, sino a avanzar por los atajos y por la maleza, aunque esto hiciese la subida muy penosa. Imposible, también, era saber en qué parte del bosque estaban el rebaño y el guardián.

Al fin acabó por hallarlos. Las vacas pacían apaciblemente y no se le presentó ningún bandido. Tratábase, pues, de volver a iniciar el descenso. ¡Pero cuán pesado resultaba hacer pasar al ganado a través de la selva espesa, cuando se quería ir de prisa y apenas si se atrevía a llamarlo! Las vacas se descarriaban una tras otra; había que buscarlas y volverlas al buen camino. El ternerito no tenía fuerzas para tan largo camino y el pastor y ella tuvieron que cargar con él alternando.

Pálida y vacilante de fatiga estaba ella cuando por fin entró en la cocina de la granja. Era ya de noche y las gentes de la casa estaban sentadas a la mesa en torno a la cena. La vaquera hubiera querido abrazarse a cualquiera y llorar, viéndose ya entre quienes podían defenderla. Pero no se trataba de eso; era preciso contar lo que había ocurrido y hacerse ayudar para llevar el ganado a los establos y atarlo.

Todos se levantaban al verla aparecer. No había más que verla con el pelo en desorden y un cuchillo en la mano para comprender que se había desarrollado un drama en el bosque.

Digitized by Google

En el primer instante nadie le preguntó nada; esperaron a que ella pudiera tomar aliento.

—¿Se ha hundido alguna vaca en el Pantano Negro?—preguntó, al fin, la vieja ama.

La vaquera no podía responder aún; movió la cabeza y agitó las manos dando a entender que no era eso.

—Tienes el mismo aspecto que mi hija el día en que vió pasar a nuestro mejor caballo como un rayo por delante de la cabaña, con un oso sobre los lomos.

No; la lechera hizo señas de que tampoco era aquello.

Entonces, la vieja arriesgó la más espantosa de todas las suposiciones.

—¿Te han atacado los duendes?...

Su aire terrorífico estuvo a punto de hacer soltar la risa a la muchacha; y esto le dió el suficiente aplomo para poder responder al fin.

—¡Peor que los duendes!—dijo—. ¡Toda una cuadrilla de bandidos ha aparecido en los pastizales!

Y refirió la presencia del bandido y su propia fuga, que milagrosamente le había salido bien.

Escuchábasela con estupor y estaban todos tan angustiados por ella, que hasta se olvidaron de preguntarle por el ganado.

Pero, pasado el primer momento de sorpresa, el hijo de la anciana dueña, que era, a su vez, amo

Digitized by Google

de la granja, fué a descolgar su hacha, pendiente de la pared.

—Vamos a subir a la cabaña nosotros, para buscar al pastor y las vacas.

—¿Las vacas?—dijo la joven riendo con gusto—. Las vacas están en el corral y sólo quiero pediros que nos ayudéis al pastor y a mí a llevarlas a la cuadra, pues yo no me siento ya con fuerzas.

A estas palabras todos abrieron los ojos, y acudieron a estrecharle la mano para darle gracias; la vieja propietaria la primera, luego su hijo, el amo actual, y, al fin, su nieto, que sería el dueño algún día. Tratáronla todos con respeto y cariño, como si les hubiera revelado que era la hija del hombre de mayor suposición del país.

* * *

Era por primera vez. Ragnhild subía las cuestas camino de los pastizales de las montañas. No era ya moza de una granja; sino granjera. El día de Navidad se había casado con Egil, el nieto de la vieja dueña, y, esta vez, subían hacia la cabaña, a caballo, al frente de un largo cortejo. Ella iba a retaguardia, sentada en su silla, en medio de ollas y de cántaros de leche y guiando el rebaño a grandes gritos. Egil llevaba el caballo. El zagal, la zagala lechera y dos mozos de la granja iban en pos, encorvada la espalda bajo grandes fardos,

Digitized by Google

Se había dejado ya atrás los prados y los bosquecillos de la llanura y alcanzado la selva de pinos; los animales avanzaban sin que hubiese necesidad de llamarlos. Egil aprovechó el momento para charlar con su mujer.

—Me parece que he hecho mal, Ragnhild, dejándote subir a la cabaña este año—comenzó—. Creo que olvidas que eres mi mujer y que no tienes necesidad de trabajar como una criada.

Ragnhild extendió sus brazos redondos y firmes y se rió.

—¿Entonces, de qué me servirían estos brazos? —dijo—. Por lo contrario; ten la seguridad de que es muy necesario que me quede en la cabaña este año. La gente no pensaría más que en los bandidos y no estoy muy cierta de que no se les hiciese subir a los pastos de la parte alta del bosque si yo no me hubiese ofrecido a quedarme con ellos.

—Hay algo de cierto en lo que dices—respondió—; pero cuanto más pienso en los peligros que puedes correr allá arriba, más me pregunto si no habré hecho mal en acceder a tus instancias. Comprende que el bandido ha quedado en el bosque y podría tener deseos de vengarse de ti.

La joven se sonrió de sus aprensiones.

—Hay gentes—dijo, tratando de bromear—que pierden todo su valor al hallarse en el bosque, y comienzo a creer que tú eres uno de ellos. Pero en cuanto a mí, te aseguro que quisiera encontrar

Digitized by Google

a ese bandido para darle gracias, pues a él es a quien debo mi felicidad. No habrías pensado jamás en casarte conmigo si él no hubiese venido en mi ayuda.

—Si hubiésemos subido en seguida a buscarlos —continuó el marido, firme en sus aprensiones— habríamos podido apoderarnos de ellos, quizá. Pero el padre y la abuela se opusieron a esta idea, y dijeron que, para nosotros, campesinos, valía más no entablar lucha con los bandidos del bosque. Desde entonces, no he dejado de pensar en ese hombre.

—¡No, no!—dijo la mujer—. Ya sabes que yo he nacido con suerte.

—¡Ah, la suerte! ¡La dicha!—repitió el joven, entregándose más y más a su desaliento—. A veces me las figuro como ese trozo de carne que pongo por cebo a los lobos para atraerlos al alcance de mi fusil. En el momento en que todo sale bien es cuando hay que desconfiar: la desgracia nos ha tendido un lazo y nos derriba.

—Yo creo que tú te forjas tantos temores como la abuela—replicó la esposa—. Es la primera vez que me doy cuenta de que tengo un marido tan quejumbroso.

Llegaron a una fuerte pendiente; Ragnhild saltó a tierra y los jóvenes esposos siguieron en silencio su camino hasta que la cuesta se hizo más suave. La mujer comenzó a comprender que su marido

Digitized by Google

estaba seriamente enojado y buscó un medio para tranquilizarlo.

—Dime si te parece que he abusado de mi suerte—le dijo.

—No; no es eso lo que quiero decir. Pero con frecuencia he pensado en lo que te contaba de los lobos y el cebo. Sordos y ciegos parecen volverse en cuanto divisan el trozo de carne. No obstante, deberían suponer que en todo lo que se ofrece tan espontáneamente, se oculta un peligro, pero, se dicen, sin duda: «Hoy la suerte nos sonríe», y se precipitan sobre el cepo.

—¡No querrás decir que lo mismo le ocurre a la gente!—preguntó ella mirándolo casi con espanto—. ¿Osarías decir que hay quien nos da la suerte y la ventura, simplemente para hacernos olvidar la prudencia y caer en una trampa?

—Algunas veces, hay que creerlo, en efecto—respondió Egil.

La subida se hacía de nuevo ruda y penosa. Ragnhild sentía un fuerte peso en su corazón. Retrasó su marcha y confió el caballo a un mozo. Hasta dejó que pasase el rebaño de vacas, para darse tiempo para reflexionar con calma. Dábase cuenta de que era preciso renunciar a su estancia en la cabaña de las montañas aquel verano, para que su marido no se atormentase noche y día.

—Si decididamente no quieres que me quede, regresaré contigo—dijo al fin.

Digitized by Google

El marido pareció muy consolado con tal promesa. Habría querido desandar el camino al punto, aun antes de llegar a la casita; pero, evidentemente, esto era imposible. Había que contentarse con la idea de que ella lo seguiría a la mañana siguiente, cuando bajase al pueblo.

Ragnhild estaba un poco despechada por haber cedido al deseo de su marido y, para demostrarle el poco miedo que tenía al bandido, le dijo que con frecuencia había pensado en él y en sus camaradas, durante el invierno; hasta hubiera querido poder enviarle comida. ¿No era él, en resumen, quien la había ayudado a obtener lo que más deseaba?

—Hubiera sido, quizá, una aventura peligrosa para ti—respondió el marido—. Se dice que los osos saben lo que es la gratitud, pero jamás he oído decir que la practiquen los malhechores refugiados en el monte.

—No se trataba únicamente de gratitud—confesó Ragnhild—; lo habría hecho también para no soñar con él. Durante mi sueño venía con frecuencia a clavarme el cuchillo en la garganta, ordenándome que le diese de comer. Una noche soñé que un perro aullaba ante nuestra puerta; la abrí; pero el perro había tomado la figura del bandido; y cuando le eché la puerta a la cara, se puso a ulular de hambre, de un modo tan lúgubre que sus ecos permaneceron en mis oídos aun después de despertar.

Digitized by Google

—Naturalmente—respondió el marido,—debías soñar con el que tanto te había asustado.

Y aceleró el paso y recobró su aire intranquilo y atormentado.

—Nos hemos quedado muy atrás—prosiguió—y deberíamos llegar a la cabaña al mismo tiempo que los otros, para vigilar la descarga y la instalación de las cosas.

Ragnhild lo siguió sin dejar de hablar.

—Muchas veces he querido suplicarte que subieses a los pastorales con los criados para inspeccionar la casa.

—Pues debiste haberlo hecho—contestó prontamente el marido.

—Pero ya comprenderás que no quise enviarte contra una pandilla de asesinos por librarme de sueños desagradables.

El marido apretó aún más el paso. La cuesta era tan pendiente que Ragnhild se ahogaba hablando; pero, a pesar de todo, continuó:

—Una noche me levanté durmiendo y llené de provisiones un talego que me eché a la espalda; después me marché hacia el bosque. En cuanto llegué a lo alto de la colina que hay detrás de casa, me desperté. Al pronto no comprendía dónde estaba; pero sabía que iba al monte a llevar alimentos a los bandidos. Pronto volví atrás y me metí en la cama.

El marido no respondió; andaba cada vez más de prisa y la mujer tuvo que correr para alcanzarlo.

Digitized by Google

—¿Te parece que debí haberte contado antes todo esto?—dijo, demostrando inquietud.

—Sí—respondió él, duramente—, debiste habérmelo dicho más pronto.

—No ha bajado ningún carbonero ni ningún leñador a quien no haya preguntado si habían pasado por delante de nuestra cabaña y si habían visto a los bandidos. Siempre me han contestado que no se veía huellas de pasos humanos por aquella parte.

—¿Te acuerdas de lo que te decía yo ha un momento?—preguntó Egil—. Tengo miedo de que no te suceda lo que a los lobos: no has hecho caso de lo que debía haberte servido de advertencia. Has estado demasiado confiada en tu suerte. Has caído en el cepo.

Había apretado el paso de tal suerte, que su mujer apenas podía seguirlo. No se explicaba, ésta, el sentido de aquellas palabras; no comprendía cuáles eran los temores de su marido; pero la invadía el contagio de su angustia, en tanto que se esforzaba por continuar a su paso.

Al fin dieron vista a la cabaña. Las bajas casitas se amontonaban unas contra otras, tal como estaban cuando Ragnhild las había dejado en otoño. Ellas, por lo menos, no habían sufrido daño alguno. El rebaño y la gente emprendían justamente en buen orden el camino que conducía al cercado.

En aquel momento y a un tiempo mismo, el marido y la mujer observaron algo raro: en cuanto las

Digitized by Google

vacas se hallaron en la verde pendiente entre las casas, se desmandaron y comenzaron a cornearse furiosamente, como si quisieran matarse. Pronto fué aquello una mezcla espantosa de animales enloquecidos.

—¿Qué les pasa?—dijo Ragnhild.

Egil no le contestó. Corrió a todo correr hacia el cercado y se precipitó en medio del rebaño.

A palos, ayudado por los mozos, logró dispersar a las reses y hacerlas salir. En cuanto éstas se vieron fuera del cercado se calmaron súbitamente y se dejaron conducir al bosque con docilidad.

Partió el ganado y Egil subió resueltamente hacia la cabaña; abrió la puerta; pero no pudo franquear el umbral. Rápidamente se volvió al lado de Ragnhild. Estaba muy pálido.

Ragnhild, a su vez, había llegado al cercado y se había sentado sobre una piedra, como no pudiendo más.

—¡Egil, Egil!... ¿Qué hedor es este que se respira aquí?—preguntó, pues, generalmente, olía bien el bosque.

El marido no se atrevió a contestarle. Ella insistió:

—Dime, Egil: ¿por qué hay una fila de cuervos sobre el tejado de la casa?

—¡Ragnhild!—articuló, al fin, el marido; y su voz temblaba de ansiedad ante la dolorosa respuesta que iba a dar—. Ragnhild, vamos a regresar todos a

Digitized by Google

la granja. No podemos utilizar la cabaña este año. El hombre que te amenazó y a quien arrojaste a la cara el suero hirviendo, debió perder la vista; no pudo salir de la casa y sus camaradas no vinieron a ver lo que le había ocurrido... Pero, amada mía, no tomes la cosa muy a pechos... Era un malhechor, un asesino... Vino a matarte... Lo que ha ocurrido no es culpa tuya... Tú te defendiste... ¡No, no; no vayas allá!... Allí ha estado él encerrado todo el invierno... y allí está aún...

La joven se levantó de un salto. El marido trato de detenerla; pero ella era más ágil y corrió hacia la cabaña, abrió la puerta y miró.

Luego su risa resonó fuerte y discordante y atravesó el corral riendo a carcajadas, con los brazos levantados al aire.

—¿Has visto suerte más grande?—decía—. ¿Has visto suerte más decidida?

Antes de que el marido pudiese detenerla, se precipitó hacia el bosque y desapareció.

Cuando la hallaron, se había vuelto loca.

Digitized by Google

EL DUENDE DE TOREBY

Recuerdo que, siendo niña, pasaba una vez ante una vieja posesión en la que se sabía que había un duende. Las casas se alzaban solitarias y feas en la plana y desierta orilla de un lago. Ningún jardín alegraba la alta morada blanca; sólo se advertía tres o cuatro árboles crecidos y delgados. El lugar inspiraba hastío, a pesar de su rico aspecto. En los campos el trigo ondulaba tan erguido y soberbio, que aún lo recuerdo como si fuese hoy.

Lo que más sorprendía era una apariencia de orden extraodinaria. Recuerdo que vadeamos lentamente la posesión para admirar a gusto las zanjas bien cuidadas; los caminos rectos y bien empedrados; los puentes, sólidamente lanzados sobre los arroyos... Admiramos, también, las barcas recientemente pintadas que se balanceaban a la orilla del agua y un embarcadero desmesuradamente largo que avanzaba lejos, sobre el agua profunda. «Sin duda es que el duende quiere que se lave la colada en agua clara, y no en la turbia del río»—nos dijeron.

Nadie dudaba de que no fuese al duende a quien

Digitized by Google

hubiese que atribuir aquel estado de cosas; las gentes de la casa lo temían y lo respetaban. Por él no había una brizna de paja ni una astilla de madera tirados por el patio; por él el establo estaba limpio como un salón y los campos parecían los macizos de un jardín.

El duende vivía en la granja desde tiempos inmemoriales; de él se contaban historias de cualquier época. Yo voy a contar una que data de unos doscientos años.

Era una obscura noche de otoño; la lluvia chorreaba a lo largo de las grises vigas de los muros, pues, en aquel tiempo, la casa habitación no estaba aún ni revocada ni pintada; el viento agitaba las ramas y las hojas del viejo manzano silvestre crecido junto al hastial de la casa y las hacía golpear y fustigar la techumbre.

En lo más fuerte de la tempestad, una lechuza hendió el aire acercándose a la casa. Tenía su nido bajo el tejado y entraba y salía por un pequeño tragaluz del alero. Pero antes de atinar con la pequeña abertura se vió sorprendida por el viento que hinchó y alborotó su espeso plumaje, transformándola en una pelota que lanzó contra la pared una o dos veces. La lechuza perdió entonces toda esperanza de entrar en su casa y se posó en el manzano silvestre, donde ululó toda la noche.

Creeríase que todo el mundo estaba acostado en la granja, y, no obstante, una leve claridad se fil-

Digitized by Google

traba a través de las contraventanas y, a veces, ruidosas risas y voces rasgaban el silencio.

A eso de las once la vieja ama de gobierno salió al vestíbulo, vestida aún, con las llaves en la cintura. La pesada puerta de entrada estaba cerrada con cuatro cerraduras. La vieja trabajó un rato para abrirla, y, cuando la hubo entreabierto el viento aprovechó la ocasión para abrirla de par en par violentamente, lanzando un diluvio de agua al rostro de la mujer y entrando por fin triunfalmente por el corredor, donde levantó los tapices y las alfombras, retorciéndolos como serpientes.

No obstante, la vieja logró cerrar la puerta tras de sí, y luego se hundió en la noche negra. Andaba de prisa, como espoleaba por el miedo, y no cesaba de murmurar: «¡Que el Señor tenga piedad de nosotros!».

Alumbrábase con un farol de cuerno; pero tan acongojada iba, que apenas si se aprovechaba de la luz y chapoteaba en los charcos que hubiera podido evitar. Varias veces se apartó del caminito abierto y se encontró sobre la hierba o entre las raíces que se enganchaban en sus ropas. Parecía no cuidarse apenas de nada, bisbiseando siempre la misma letanía: «¡Que el Señor tenga piedad de nosotros!».

Llegó por fin a las cuadras, subió por una escalera exterior estrecha y pendiente, adosaba a la casa, y se detuvo ante la boca del pajar.

Digitized by Google

Una débil luz salía de él, y, echándose hacia delante, la vieja derramó sus miradas por un cuchitril en cuyas paredes estaban colgados aparejos, riendas, sillas y correas. En realidad, aquello no era una habitación; sino un simple departamento del granero. El heno sobresalía por entre las tablas en claraboya; en medio del piso se abría una trampa por la que se bajaba a la cuadra. El viejo mozo estaba recostado en un camastro, en un rincón.

Alumbrándose con una tea clavada en un gancho de hierro, leía la Biblia. No había tenido valor para acostarse a causa de la espantosa tempestad, y a cada instante interrumpía su lectura para escuchar el viento, la lluvia y el grito de la lechuza.

El ama de gobierno llamó a la puerta y el cochero acudió inmediatamente a abrir. Comenzó por disculparse por tener encendida una luz en el granero; creyó que ella había ido atraída por la claridad, para recriminarlo por su imprudencia. «Ya sé que es peligroso, confesó él; pero tenía necesidad de leer la buena palabra esta noche tan espantosa.»

La vieja no respondió. Dejóse caer sobre una caja llena de herrajes y de cabos de cuero. Era presa de tal agitación, que sus labios continuaban murmurando palabras indistintas, mientras sus manos estiraban nerviosamente su delantal.

El cochero se había serenado; pero al mirarla fijamente se sintió invadido por el terror. Sus viejas

Digitized by Google

y débiles manos comenzaron a temblar, lo mismo que sus desdentadas mandíbulas.

—¿Se ha encontrado usted por casualidad con «el viejo padre?»—aventuróse al fin a preguntar prudentemente y en voz baja.

«El viejo padre» era el duende. No se le designaba jamás en la casa con otro nombre.

—¡Oh, no!—respondió por fin la vieja—, «el viejo padre» no me causaría tanto miedo, pues nos quiere bien.

—No esté usted muy segura de ello—dijo el caballerizo—; es un amo severo; y durante estos últimos tiempos han pasado aquí muchas cosas que él no ha debido aprobar.

—Si fuese tan severo como dices, creo yo que no hubiese dejado al comandante llevar la vida que lleva.

El cochero se esforzó por calmarla.

—No hay que olvidar que habla usted del amo.

—Aunque sea el amo, no me impide ver que se arruina y que arruina la casa.

—El comandante es el amo y aquí hace lo que quiere. Nosotros no somos más que unos pobres criados—replicó el cochero con tono sentenciado—. Pero, de pronto, su voz cambió como agitada por la ansiedad y añadió:

—¿Ha dado en otra nueva locura?

—Me he quedado junto a la puerta del salón toda la velada y he oído cómo jugaba y perdía toda

Digitized by Google

su fortuna—respondió la anciana, balanceándose a derecha e izquierda—. Y cuando ya no le ha quedado dinero, se ha jugado los caballos y el ganado, después la posesión, alquería tras alquería, bosque tras bosque, prado tras prado, campo tras campo, y ha perdido siempre.

Al oír estas palabras, el cochero se incorporó; pero volvió a sentarse inmediatamente, convencido de su impotencia.

—El comandante es el amo—repetía—, hace lo que quiere de lo que es suyo—. Pero no comprendo cómo no interviene «el viejo padre».

—El está siempre aquí, en la caballeriza, y acaso no sabe lo que pasa allá—atrevióse a decir la vieja.

Reinó el silencio, que fué roto por el cochero:

—¿Con quién ha jugado esta noche?

—Con el capitán Duwe; ése que gana en cuanto toca un dado.

—Ese hombre es tan pobre de corazón como de bienes—dijo el cochero reflexionando—. El comandante no puede esperar ninguna piedad de su parte.

—Pronto poseerá todo Toreby—añadió la vieja.

El cochero volvió a abrir su Biblia; dió media vuelta para ver mejor y se puso a leer.

—He creído perder la razón escuchándolos—continuó el ama de gobierno—, tan siniestro era. Al principio estaban los dos muy alegres y el amo reía al perder; pero poco a poco se ensombrecieron y

Digitized by Google

ahora no se dicen más palabras que sus apuestas; y a cada nuevo campo que el comandante pierde, lanza un juramento y el capitán se ríe.

El viejo cochero murmuraba algo mientras leía; pero no eran versículos de la Biblia; Trémulos sus labios, repetían maquinalmente: «Alquería tras alquería, bosque tras bosque, prado tras prado, campo tras campo...».

—¿Qué adelantamos con que se absorba usted en la lectura de la Biblia?—dijo la vieja—. Si fuese usted un hombre iría a hablar con él para persuadirle de un modo o de otro a que se detuviera antes de perderlo todo.

—Yo he servido bastante tiempo en esta casa, para saber que cuando a un Silfverbrandt se le mete una cosa en la cabeza, no retrocede. Tanto me valdría intentar resucitar muertos.

—Lo que ocurre debería bastar para hacer salir de su tumba a su padre y a su madre—dijo la anciana.

El cochero, no obstante, cerró su libro.

—Lo peor—dijo—, es que debería saber que no se puede impunemente llevar la vida que lleva en una posesión como ésta. Muchas veces he dicho a su difunto padre: «No ceda usted Toreby a don Enrique; no será jamás un amo según el espíritu del «viejo padre». Antes déselo usted a su hermano, que es formal y serio, y deje a don Enrique un dominio en que tenga menos responsabilidad».

Digitized by Google

—Y ahora Toreby no será de uno ni de otro; la casa está camino de pasar a poder de ese capitán Duwe, hasta el día en que la juegue y pase al de otro.

El cochero se levantó como animado por una brusca resolución.

Se abrochó la chaqueta y tomó la tea que los alumbraba. Su intención, evidentemente, era ir a ver al amo.

Pero en el momento en que tomaba la encendida tea para hacerla salir de su soporte, la llama iluminó vivamente la trampilla por la que se bajaba a la cuadra, y los dos viejos servidores vieron de pronto al duende en la escalera. Hallábase en el último peldaño, era pequeñito y gris, con calzones cortos y chaquetilla oscura con botones de plata. Escuchaba la conversación con un estupor y una ansiedad que lo clavaban en aquel sitio.

El cochero y el ama de gobierno volvieron inmediatamente los ojos mirando a otro lado, aparentando no haberle visto.

—Creo que es hora de ir a acostarnos; somos unos pobres viejos—dijo el cochero con acento que pugnaba por parecer natural—. Ya sabe usted que no es preciso velar por la noche, como si se temiera una desgracia. Ya hay quien se encarga de este cuidado.

—Tiene usted razón, ya hay quien se encarga de ello—asintió la vieja.

Digitized by Google

Y sin añadir una palabra, tomó su linterna, bajó la cabeza para salir por la boca del pajar y descendió por la escalera.

Al llegar a la casa, su intención firme era ir a acostarse, pues sabía que las velas inútiles era lo que más que nada reprochaba el duende, y, además, estaba persuadida de que él sabría arreglar las cosas, puesto que estaba ya enterado. Pero apenas se quitó su pesado manojo de llaves, le picó la curiosidad y la impulsó a descender de nuevo, y a aproximarse a la puerta del salón.

En cuanto acercó un ojo a la cerradura, comprobó que el comandante Silfverbrandt y el capitán Duwe estaban allí aún, frente a la mesa de juego. El comandante aparecía espantosamente cansado y abatido. La vieja lo halló cambiado en el corto momento transcurrido desde que se había separado de él. No quedaba nada del hombre arrogante e imponente, joven aún; había palidecido y parecía abrumado, con bolsas en los párpados, arrugada la frente y las manos temblorosas. El capitán Duwe estaba arrebatado, y sus ojos inyectados en sangre se le salían de la cara; pero ocultaba su excitación bajo bromas y risas forzadas.

Dos minutos apenas llevaba la vieja en observación, cuando Silfverbrandt rechazó su silla y exclamó:

—¡Se acabó, Duwe! Ya no me queda más que el islote de pinos en medio del lago. Es preciso de-

Digitized by Google

jármelo para que tenga, al menos, algo que pueda llamar mío.

Duwe rió a carcajadas, pero no parecía estar contento.

—Es lástima interrumpir la partida—dijo—. Ya que ha arriesgado usted todo lo demás, también puede arriesgar ese montón de piedras.

Silfverbrandt, paseaba por la habitación. Veíase que la pasión del juego lo dominaba aún. Menos dolido estaba por haberlo perdido todo que por carecer de medios para continuar la partida.

—¿Qué juega usted contra el islote?—preguntó.

Duwe reflexionó un momento. La vieja comprendió que buscaba un envite capaz de seducir a Silfverbrandt.

—¡Tu caballo de silla!—dijo, al fin.

Silfverbrandt apreciaba su caballo en más que todo lo del mundo; comenzó a jurar y a blasfemar. ¿Era Duwe el diablo en persona para tentarlo de tal modo?

La vieja había observado que cada una de las veces que el comandante, en su andar nervioso, llegaba a un obscuro rincón de la estancia en el que Duwe no lo veía, apretaba los puños con cólera.

—Lo más grave—dijo, al fin—, es que seguramente cometeré un crimen si lo veo a usted montado en mi caballo o mandando como amo aquí.

—¿No quiere usted, pues, que un pobre diablo tenga asegurada su vejez?—dijo, riendo, Duwe.—

Digitized by Google

Usted es joven y fuerte y pronto ganaría para comprar otro caballo y otra casa, fuera de aquí.

Ya hacía un rato que la vieja no comprendía por qué la puerta del salón que daba al vestíbulo se entreabría y se cerraba a cada instante. Mirando mejor creyó descubrir una manecita minúscula que se introducía por la abertura y que hacía señas al comandante cada vez que éste se acercaba.

Silfverbrandt pasó repetidamente ante la puerta sin darse cuenta de ello; pero, súbito, se detuvo y miró con atención.

—¿Viene usted por fin?—le dijo Duwe.

—Vuelvo al instante—respondió el comandante saliendo al vestíbulo.

El ama de gobierno, silenciosa como una sombra, dejó su puesto y se fué a la repostería que tenía una ventanita que se abría al vestíbulo.

Silfverbrandt estaba inclinado hacia el duende. El «viejo padre» tenía en la mano una linternita que iluminaba débilmente la obscura estancia.

—¿Qué me das si hago de modo que puedas volver a ganar todo tu dominio?—preguntó el duende.

—Lo que quieras—respondió Silfverbrandt.

El duende metió la mano en su bolsillo y sacó dos dados.

—Si te presto estos dados y los usas esta noche, creo que ganarás—dijo.

Silfverbrandt alargó la mano.

Digitized by Google

—¡Dámelos! ¡Dámelos!

—¡No tan pronto! Sólo te los daré con una condición: mañana jugarás conmigo y yo seré quien marque la prenda—dijo el duende.

En este momento la lechuza del manzano gritó lúgubremente. Silfverbrandt alzó la cabeza y escuchó.

El ama de gobierno observó que los ojos del duende brillaban de odio y de malicia. Quisiera golpear en el cristal para advertir a su amo poniéndolo en guardia contra una alianza semejante; pero el duende alzó los ojos hacia ella y le lanzó una mirada horrible. Ella permaneció silenciosa sin atreverse a mover un dedo.

También Silfverbrandt pareció advertir algo siniestro; había retirado la mano y estaba a punto de regresar al salón.

Pero se quedó.

—No sé por qué desconfío de ti, «viejo padre» —dijo—. Siempre te has tomado interés por esta casa; nos quieres bien. Dame, pues, los dados. Jugaré hasta mañana suceda lo que quiera, ya que esta noche tornaré a Duwe tan pobre como era al franquear anteayer los umbrales de esta casa.

Y regresó inmediatamente al salón.

—Ya estoy harto de permanecer aquí escuchando los buhos, la lluvia y el viento—dijo Duwe—. Voy a acostarme.

—Creía que querías ganar el islote que me queda

Digitized by Google

—dijo Silfverbrandt sentándose ante la mesa de juego.

Tomó el cubilete y agitó los dados. Duwe y él continuaron la partida y Silfverbrandt ganó mano tras mano. Durante este tiempo, la tempestad se calmó, la lechuza pudo llegar a su nido, y la vieja, cediendo al cansancio, fué a acostarse. Pero Silfverbrandt no se fué a la cama hasta que hubo vuelto a ganarlo todo, campo tras campo, prado tras prado, alquería tras alquería; hasta que Toreby volvió a su poder.

* * *

Una radiante mañana siguió a la noche de tempestad, cielo azul, aire fresco. El lago, vuelto a encalmarse, brillaba como un espejo.

Antes de levantarse, el amo, llamó a la vieja ama de gobierno.

Al abrir la puerta de la alcoba creyó notar que una cosa pequeñita y gris pasaba rápidamente ante ella. No tuvo tiempo para verla; sólo un segundo; el necesario para estremecerse.

El comandante, Silfverbrandt, muy pálido, yacía tendido en el lecho.

—¿Lo ha visto usted?—preguntó.

—¡No!—respondió ella, por costumbre; creíase que no le gustaba al duende que las gentes lo vieran.

Digitized by Google

—Era el «viejo padre»—dije el comandante—. Se ha ido en el momento en que usted entraba. Ha jugado a los dados conmigo.

La vieja miró con la boca abierta a su amo.

—El «viejo padre» no está satisfecho de mí—añadió el comandante—. Prefiere que mi hermano posea el patrimonio. Por otra parte, es muy posible que sea usted de la misma opinión.

El comandante ofrecía un aspecto tan extraño, que la vieja no halló palabras para responder.

—Sí; pero de todos modos no será Duwe quien lo posea; al menos, tengo esta satisfacción—prosiguió Silfverbrandt—. Había pensado dar las gracias al «viejo padre» por sus desvelos para que todo continúe en la casa como él desea; pero no tiene confianza en mí. El «viejo padre» impone condiciones extrañas... Es peor que Duwe.

El ama de gobierno se puso a temblar, y, como la noche anterior, sus labios murmuraron: «¡Qué el Señor tenga piedad de nosotros!».

—Bueno; no se quede usted ahí con esa cara de entierro—interrumpió Silfverbrandt—. Apresúrese usted a buscar mi uniforme y haga que lo cepillen; que limpien el cinturón y bruñan los botones... Que me ensillen mi caballo y que le pongan los arneses de gala. Quiero que le peinen bien las crines, que pulan los estribos y que encharolen las correas.

La vieja miró embobada a su amo. Obedeció,

Digitized by Google

no obstante, y volvió un instante después, con el uniforme. En Toreby no había nada que no estuviese limpio, bruñido, pulido, cuidado.

El comandante Silfverbrandt se levantó, se puso su uniforme azul, se cubrió con el tricornio, ciñóse su sable y se calzó los largos guantes mosqueteros. Así apareció en la escalinata y saltó a la silla del caballo, que esperaba ya.

Dos veces le hizo dar la vuelta al patio y luego lo dirigió hacia la orilla, al lugar en que el largo embarcadero en que se lavaba la colada, avanzaba agua adentro. Estaba tan hermoso, tan espléndido a caballo, que todos salieron para contemplarlo. Y el cochero, lo mismo que el ama de gobierno, vieron al duende que se asomaba al tragaluz para seguir con la mirada al amo de la casa.

Llegado al borde del agua, el comandante obligó a su caballo a entrar por el largo muelle. Manteníase sobre la silla, alto y delicado como un héroe. El caballo avanzaba caracoleando. Cuando llegaron al extremo del muelle, hubo una breve lucha entre el jinete y el caballo. El animal se negaba a avanzar; pero a latigazos y a fuerza de espuelas, el comandante le obligó a saltar. De un bote soberbio el caballo se lanzó al agua.

Toda la gente de la casa echó a correr hacia el lago. Pero el caballo y el caballero habían desaparecido; cayeron al fondo y no reaparecieron en la superficie.

Digitized by Google

Los mozos saltaron a las barcas y recorrieron el lago en todos sentidos. Todos discutían proponiendo medidas. Sólo la vieja ama de gobierno permaneció serena. «Todo cuanto se haga resultará inútil»—dijo, al fin—. «Esto es cosa del duende. El comandante habrá jugado su vida esta mañana para pagar la ayuda que el «viejo padre» le prestó esta noche.»

Cuando las gentes de la casa, espantadas y consternadas, regresaron a la casa, el duende de Toreby se apareció a todos, de pie en el tragaluz de la caballeriza, agitando en señal de victoria su gorro bermejo.

Pues sabía que en adelante, en Toreby, reinarían el orden, la tranquilidad y una existencia serena.

Digitized by Google

UNA HISTORIA DEL HALLAND

Hará proximamente cien años existía en el sur del Halland una vieja granja situada en un paraje solitario cerca de la costa. Los edificios eran pequeños y bajos, cubiertos de paja ennegrecida, y la casa habitación tan vieja, que no tenía techos interiores y se alumbraba por medio de tragaluces.

El nombre de esta granja era Bredané; poseía grandes tierras; pero sólo las más próximas a la casa estaban cultivadas. Las otras eran vastos campos de arena movediza, completamente estériles.

Decían los viejos que antaño había existido toda una aldea agrupada en torno a la granja. Sucedía esto en tiempos en que la provincia estaba aún cubierta de bosques por la que se extendían hermosas selvas de hayas y de encinas, desde la costa hasta la frontera del Smaland. El pueblo y sus tierras se encontraban entonces en una extensa planicie protegida por los árboles. Pero poco a poco se fué talando la selva del contorno; después la de toda la comarca y, por último, toda la del Halland.

Los campesinos de Bredané se felicitaban por

Digitized by Google

ver de este modo extenderse sus campos y poder disponer de grandes pastizales para sus ganados, en los que les era fácil atenderlos. Había, en cambio, algunas contras: quejábanse del viento que soplaba constantemente desde que los árboles no lo detenían ya y se lamentaban de tener que ir hasta Smaland para comprar leña. Pero nadie entreveía peligro alguno en la tala.

La aldea de Bredané estaba situada, como hemos dicho, cerca del mar, y los campos se extendían hasta la orilla del agua. Pues bien; se dice que algunos años después de la desaparición del bosque, sucedió que, un otoño, el viento arrancó dos matas de hierbas marchitas de la orilla. Bajo las matas de hierbas se halló la arena ligera y fina del mar. Componíase de residuos de conchitas de moluscos trituradas y molidas por el gran molino del Océano, y el viento las levantó y las agitó en torbellinos. Desde entonces, ya no dejó el viento tranquila a la costa. La hierba, seca como pólvora desde que la selva no sostenía la humedad del suelo, se dejaba desarraigar sin ninguna dificultad por el soplo del piélago. Las manchas rubias se multiplicaban a ojos vistas y la arena volaba, bailaba en el aire y caía después formando montones claros y firmes como los que producen los duros granitos de granizo.

Cuando los campesinos de Bredané vieron por vez primera la obra del viento, no la concedieron la menor importancia. Pero a la primavera siguiente

Digitized by Google

comprobaron que los campos más próximos al mar estaban llenos de arena.

No era más que una ligera capa que, por otra parte, al principio, no parecía perjudicar gran cosa a la fertilidad. Desgraciadamente, el verano fué seco en extremo y con grandes vientos. El trigo se secaba por su pie, dejando al descubierto la tierra, seca como la yesca, que diariamente se llevaba el viento en torbellinos. Bajo la débil capa de tierra, aparecía de nuevo la arena ligera, fina como harina, dispuesta a entrar en la ronda del viento. Y, terminado el estío, las tempestades de otoño hallaron vastos campos donde desarrollarse. En el pueblo de Bredané los campesinos les veían levantar grandes masas de arena, alzarlas a las nubes y lanzarlas, después, a tierra; barrerlas, amontonarlas formando olas y pequeñas dunas que al día siguiente se divertían en deformar y cambiar de sitio.

Año tras año el viento fué enarenando campos cada vez más numerosos, dejando a los campesinos menos tierras laborables. Estos se habían coligado contra la arena, formando cercados y cavando fosos; pero todo fué en vano. Al trabajar, al rastrillar, parecían hacer obra común con el viento. Si dejaban abandonadas las tierras, rápidamente se cubrían de una espesa capa de arena que ni una brizna de hierba podía atravesar.

Además de arruinar los campos las inquietas arenas, acarreaban consigo multitud de cosas desagra-

Digitized by Google

dables; formaban montoncitos ante los umbrales de las puertas; fustigaban la cara al salir, penetraban por las chimeneas, se filtraban en las cacerolas crujiendo entre los dientes, mezcladas con los alimentos y, por fin, cubrían los caminos y las sendas, haciendo muy penosa la circulación tanto a pie como en coche.

Los habitantes del pueblo, desesperados, comenzaron a demoler sus casas unas tras otras, para reedificarlas más lejos de la costa, en el interior del país. Todas las primaveras se veía emigrar a alguno de ellos y, al fin, no quedó una sola granja en todo el pueblo.

No se tenía gran confianza en que aquella granja aislada permaneciese mucho tiempo así, en medio de la extensión de arena. Pero perduró. El campesino propietario era uno de esos hombres que no se dejan expulsar. No es que amase apasionadamente al país y no pudiese arraigar fuera de él; sino que no quería ceder, constreñido, así, y por fuerza. Prefirió quedarse, obstinándose en luchar contra la invasión de la arena.

Su hijo y todos sus descendientes parecieron haber heredado su espíritu, pues todos se negaron a marcharse mientras pudiesen manejar un azadón para continuar la lucha. Y no era esta una lucha fácil y nadie les había enseñado el modo de dirigirla. En lugar de sujetar la arena por medio de plan-

Digitized by Google

taciones, elevaban cercados en torno a los campos más próximos a la casa, para protegerlos.

No retrocedían ni ante la pobreza que su testarudez les imponía. Habían puesto su negra honrilla en permanecer allí. En lugar de los grandes rebaños de ganado que poseían antes, no les quedaban más que algunas vacas y un solo caballo; pero mientras pudiesen sacar de la tierra con qué alimentarlos, podrían sostenerse en su vieja morada.

Por otra parte, veíanse confortados con el hecho de que aquella lucha tenaz y terca les aseguraba una gran estimación. Cuando el granjero de Bredané pasaba ante las gentes reunidas, se volvían para ver al que luchaba contra la arena y el viento.

Pero cien años hacía, en el momento en que la lucha entre el hombre y los elementos estaba en su apogeo, llegó a creerse cierto día que vencería la arena; el granjero de Bredané murió repentinamente en la flor de su edad; el hijo que dejaba bajo la tutela de su madre sólo contaba quince años. Era, pues, ella, quien debía proseguir el combate; y por más que tuviese fama de ser una mujer trabajadora y dispuesta, nadie la creyó lo bastante perseverante para llevar a cabo semejante empresa. El hijo se llamaba Sigurd. Exteriormente se parecía a su madre, que era hermosa y rubia, y parecía dotado de robusta naturaleza. Pero, en vida, su padre lo había tomado por confidente de todos sus cuidados, lo que le había deprimido mucho y hecho muy gra-

Digitized by Google

ve para su edad. La madre y él eran buenos amigos y vivían muy unidos. Estaban acordes en lo de intentar sostenerse en Bredané y de mostrarse a la altura de su fama.

Próximamente un año después de la muerte del granjero de Bredané, tuvieron un nuevo mozo. Sigurd no lo había visto antes de entrar a su servicio por San Miguel. La granjera lo había encontrado en una boda el verano anterior y lo había contratado sin pedir parecer a su hijo. El criado se llamaba Jan. Era recio y alto; tenía el pelo francamente rojo y los ojos negros. La dueña lo recibió casi como a un huésped; un verdadero festín lo esperaba; pan tierno, manteca fresca, salchichón, un queso, un pastel de sémola y aguardiente. La mesa estaba cubierta con un mantel de los días de fiesta. El mozo comió glotonamente y Sigurd se asombró de que no se avergonzase al demostrar que llegaba hambriento. Durante toda la cena y toda la velada Jan no cesó de hablar. Refería agudezas que divertían a la madre y a los demás criados hasta el punto de que, éstos, se retorcían de risa. Sigurd no apartaba los ojos de él y no se reía.

La madre aprovechó un momento en que Jan fué a la cuadra a cuidar el caballo para preguntar a Sigurd que le parecía el nuevo mozo. Sigurd comprendió que su madre esperaba oír que estaba contento; pero no pudo resolverse a dar tal respuesta.

—¿No será un bohemio?—preguntó.

Digitized by Google

—¡Un bohemio!—contestó la madre—. ¿Por qué pretendes que sea un bohemio? ¿No sabes que estos son morenos todos y no ves que éste tiene el pelo alhambrado?

—Pero lleva botones de plata en su chaleco.

—¿Es esta una razón para que sea un bohemio? —replicó la madre; y en su voz se advertía un tono de disgusto.

Los días siguientes Sigurd siguió por todas partes al nuevo mozo; y, pensase lo que pensase de su raza, forzoso le fué confesar que era un rudo trabajador. Era tan vivo, que en un día hacía más trabajo que el antiguo mozo en cuatro. Además, estaba animado de tan buena voluntad, que hacía más de lo que se le mandaba. No se limitaba a aserrar y a partir la leña en el cobertizo; sino que la llevaba también a la cocina. En el establo había un postigo que, desde había años, sólo se sostenía en un gozne. Sin que nadie se diese cuenta de ello, Jan lo arregló. Aceitaba todas las cerraduras que chirriaban; ponía aros a los cubos y toneles, tapaba los agujeros de los cercados... y el trabajo adelantaba entre bromas y risas. Era innegable que todo el mundo se encontraba mejor en la casa después de la llegada de Jan.

Había sobre una tabla en la gran sala de Bredané una tetera de cobre fuera de uso desde mucho tiempo atrás. Un día Sigurd se dirigió a Jan y le perguntó si podría componerla.

Digitized by Google

—Creo que sí, si quiere usted enseñármela—respondió éste.

El ama fué a buscarla y se la dió a Jan, haciéndole un ligero guiño. Jan quitó la tapadera, examinó el interior y luego la puso sobre la mesa.

—La haremos arreglar cuando vengan buhoneros por acá. Sólo hay que estañarla.

Sigurd sintió gran consuelo ante aquella respuesta. Si Jan no entendía el arte de estañar, es que no pertenecía a la raza de los bohemios. El joven no había podido resistirse al encanto de Jan y se había encariñado con él. Si Jan no era un bohemio podía quedarse con ellos.

Pero algunos días más tarde, nuevamente le asaltó la incertidumbre. La dueña había hablado de la bella música que había oído en su juventud; y Jan, entonces, fué a buscar un violín y se puso a tocar. Al principio manejaba el instrumento de un modo lento, como vacilando cual si no fuera muy hábil en aquel arte; pero súbito, echó la cabeza atrás, sus ojos brillaron y el arco corrió sobre las cuerdas con fuerza y maestría. Era tal el ardor de su ejecución, que las mujeres no pudieron estarse quietas y comenzaron a bailar. Sigurd permaneció inmóvil escuchando su música. No había oído nada bien tocado antes de aquel día, y encantado, hechizado, se bebía las notas. Pero mientras escuchaba le ocurría una cosa extraña; un penoso recuerdo brotó en su mente y agotó su alegría. Veía una de esas ban-

Digitized by Google

das de bohemios que recorrían el país. Entraban en el patio de la granja con dos grandes carricoches que parecían cargados de paquetes de trapos, y que eran arrastrados por dos pobres acémilas delgadas y nerviosas, escoltados por hombretones con el rostro lleno de cicatrices, por mujeres amarillas y feas y por un hervidero de chiquillos de ojos negros que se metían por todas partes pidiendo todo lo que veían. En granjero no estaba en casa, y los recién llegados obligaron al ama, asustada, a darles, todo lo que necesitaban; comida, aguardiente, heno, lana y vestidos. Cuando, al fin, se marcharon, la casa parecía haber sido saqueada. Sigurd se acordó, de pronto, de aquel suceso, al oír tocar a Jan. Trató de ahuyentar aquel recuerdo inoportuno; pero algo, en la música del mozo, evocaba la voz de chalán vocinglero de aquellas gentes.

Algunos días más tarde Sigurd penetró bruscamente en la gran sala en que hilaba su madre.

—Vengo a advertirte—dijo—que, a pesar de todo, Jan es bohemio.

La madre se inclinó un poco sobre su torno, pero no dejó de trabajar.

—¡Vaya una noticia!—dijo, solamente.

En el tono de su voz había algo de burla.

—Sí; en el momento en que Jan y yo estábamos en el patio ha pasado una carreta. Las gentes que iban en ella han dicho algo a Jan, y éste les ha contestado.

Digitized by Google

—No creo que esté prohibido hablar con los húngaros—replicó la madre, sin parecer interesarse en la revelación de su hijo.

—Pero ellos le hablaron en su lengua y él les ha contestado algo que no he podido entender.

—Y de esto deduces que Jan, puesto que conoce la lengua de los bohemios, es uno de ellos—respondió la madre con tono despectivo y sin cesar de hilar.

—¿Tú no piensas así?—dijo Sigurd, que se sorprendía al ver que su madre recibía tamaña noticia tan plácidamente.

—¿No será necesario que prescindamos de él?—agregó, pues siempre había oído decir que no se podía tener ningún bohemio entre el servicio. Acordábase de lo enfadado que se puso su padre el día que, al regresar, halló la casa desvalijada por los buhoneros. «¡No ha sufrido aún bastantes pruebas esta pobre casa;—había suspirado—no era bastante la arena, sino que además, habían venido a caer sobre ella los bohemios!...» Por la noche, el padre, había llamado a Sigurd, lo colocó entre sus rodillas y le habló de los bohemios. —«¡Acuérdate bien de lo que te digo—comenzó—y no lo olvides jamás! Te guardarás siempre muy mucho de tener trato alguno con ellos, pues no son como nosotros ni lo serán jamás. Hay algo de salvaje en ellos, que les priva de poder vivir largo tiempo bajo el techo de una misma casa y que los obliga a vagar por los

Digitized by Google

caminos. No se domestican nunca lo bastante para trabajar honrada y regularmente; sino que viven de chalanerías y del juego cuando no de la mendicidad y del robo. Y si, como caso extraordinario, un bohemio se civiliza lo suficiente para trabajar, nunca le verás hacer nada nuevo; no hará más que remendar y componer cosas viejas.»

Sigurd veía claramente a su padre y recordaba la solemnidad con que le había hecho esta advertencia, cuyas palabras tenían un acento grave y amenazador. —«Acuérdate bien de no fiarte jamás de ningún hombre de esa maldita raza que no es la nuestra y que nos traicionará siempre. Esos hombres están más emparentados con los duendes y con los «hombres de los torrentes», que con nosotros. Por eso saben descifrar lo por venir y ser mejores músicos que nosotros; pero por eso no serán jamás honrados cristianos. En esto se parecen también a los trasgos; en que les agrada deslizarse entre nosotros, mimarnos, adularnos, deslumbrarnos, para introducirse como criados en casa de los campesinos, casarse con sus hijas y apoderarse de sus tierras. ¡Pero ay de aquel que acoge en su casa a un bohemio! El duende no pierde nunca sus derechos y se presentará algún día. Quiera o no, el bohemio acabará por introducir el despilfarro y la ruina y por arrastrar a la miseria a los que han creído en él.»

Sigurd se acordaba de estas palabras mientras

Digitized by Google

esperaba que su madre rompiese el silencio; pero ésta permanecía muda, tardando en responder.

—¿No sería mejor que despidiese usted a Jan lo antes posible?—insistió él.

La madre suspendió bruscamente su trabajo, levantó la cabeza y miró fijamente a su hijo.

—Me es indiferente la raza a que pertenezca Jan—dijo—. Pienso casarme con él. El viernes iremos a ver al pastor para publicar nuestras amonestaciones.

Sigurd se quedó como una estatua de hielo. Lo que más le lastimaba era que se le hubiese tenido apartado de lo que se tramaba; que su madre hubiese adoptado una resolución tan grave sin contar con él.

—Si ustedes lo tienen ya todo acordado, evidentemente es inútil que yo diga nada—y se volvió para salir.

Pero al abrir la puerta se encontró cara a cara con el mozo. Jan entró en la estancia con una cara espantosamente sombría. Su rostro estaba impregnado de un dolor sin esperanza.

—He oído que Sigurd quiere que me vaya puesto que soy un bohemio—dijo acercándose al ama con la mano extendida para un adiós—. No me queda más remedio que volver a emprender mi vida por los caminos.

—No te cuides de Sigurd—respondió la granje-

Digitized by Google

ra—. Ya le he dicho que pensamos publicar las amonestaciones para nuestro matrimonio.

—No hay que pensar en eso—contestó el mozo, y se dejó caer en un banco, como abrumado por el dolor, con la mirada obstinadamente fija en el suelo, estrujando nerviosamente su gorro.

—Es inútil intentar salir de ello jamás—añadió al fin. Aunque se haga lo que se haga, aunque se trabaje hasta reventar, siempre será uno rechazado. El que pertenece a una familia de campesinos no sabrá jamás lo que quiere decir esto de no tener otra herencia que la infamia y la carreta. No hay salvación para mí, ya lo veo; estoy condenado a reanudar mi vida de chalán y de calderero.

El ama se acercó a él.

—Yo he visto tus esfuerzos y tu buena voluntad—le dijo—. Creo que Sigurd los habrá visto también y espero que los tendrá en cuenta.

—No, no; sería demasiado pedir.

—¡En todo caso—replicó vivamente la granjera—aún soy yo la que manda aquí!

—Yo no me quedaré un día más contra la voluntad de Sigurd—interrumpió el mozo—. La granja es su herencia y no quiero que por quedarme surjan desavenencias entre usted y él.

Un prolongado silencio sucedió a esta declaración.

Sigurd comprendió que su madre esperaba que él rogase a Jan que permaneciese entre ellos, y él mis-

Digitized by Google

mo estaba tan conmovido por las palabras del mozo, que hubiera deseado poder hacerlo. Pero las advertencias de su padre respecto a los bohemios estaban presentes en su memoria. Libróse en él tal lucha que no pudo proferir una palabra. Pensaba si no podría, por excepción, haber entre los bohemios un hombre de bien y honrado, y si no sería Jan esta excepción.

Jan, en tanto, callaba. Había dejado en paz a su gorro y miraba ante él con torvas miradas que parecían recorrer espacios desolados e infinitos.

Fué la granjera quien rompió el silencio.

—Yo sé qué clase de hombre te habrás hecho tú quedándote entre nosotros;—dijo— y no quiero que vuelvas a caer en la miseria. Así, pues, te seguiré si te marchas.

—¡No lo aceptaré jamás!—exclamó Jan—. Después de haber vivido como una campesina ¿querría usted recorrer el país como una bohemia? ¡Esto, jamás, jamás!

Sigurd seguía callado; pero sentía vergüenza de sí mismo. Los otros dos estaban dispuestos a todo noble arranque, a todo acto noble, en tanto que él permanecía desconfiado y duro.

El bohemio se levantó al fin, se acercó a Sigurd y le tendió la mano.

—¡Adiós, Sigurd!—le dijo—. Veo perfectamente que no me quieres. Has oído hablar tan mal de nosotros que no te atreves a tener confianza. ¡Adiós!

Digitized by Google

Sigurd no estrechó la mano que se le ofrecía y no respondió. Estaba tan abrumado por la nobleza de Jan y por su propia inferioridad que sentía que los sollozos se agolpaban en su garganta. Para ocultar su emoción salió apresuradamente. Antes de llegar al vestíbulo lloraba a todo llorar.

A la mañana siguiente Sigurd estaba silencioso y deprimido. Permanecía sentado ante la casa en la tabla de roble que servía de banco, sin cuidarse de nada. Jan atendía a sus tareas en el corral y el joven lo seguía con la vista. Jan acabó por llamarlo junto a él y le habló cariñosamente, bromeando, como de ordinario. Sigurd se consideró muy dichoso viendo que Jan lo acompañó después, todo el día. La madre también estuvo muy amable con Sigurd; pero éste no dió al caso gran importancia; era de los que no pueden amar más que a una persona a la vez, y todo el amor que antes sentía por ella, lo había trasladado a Jan.

Parecía convenido que Sigurd no se opondría ya al matrimonio; las proclamas, pues, fueron leídas y la boda se celebró poco después. Fué, por lo demás, una boda muy tranquila. No se invitó a ella más que a los vecinos más cercanos. Jan estaba serio y no se mezcló con la juventud, sino que se quedó hablando con los hombres sensatos. Producía muy buena impresión; y varios invitados, al regresar a sus casas, estuvieron de acuerdo en que muy

Digitized by Google

bien podría haber hombres graves y afincados entre los bohemios mismos.

* * *

Dos o tres semanas después del matrimonio Jan y Sigurd comenzaron a abrir un pozo nuevo. Ahondando, hallaron varias clases de tierra; primero una delgada capa de humus, después, arena fina y, por fin, grava y arcilla. A veces encontraban hojas de cuchillos y llaves sepultadas en el transcurso de los tiempos. A medida que el trabajo avanzaba, tomaban por él mayor interés. Cavaban con ardor, bromeando y riendo, curiosos por ver qué nuevos hallazgos les esperaban. Acaso oro o plata—decía Jan. Un poco más abajo volvieron a dar con otra capa de arena del mar y, bajo ella, otra especie de arcilla. Al verla, Jan lanzó un grito, se inclinó, cogió un puñado de ella que apretó entre sus dedos y, al fin, hasta la paladeó.

—¿No decías que encontraríamos oro?—dijo.

—¿Es que lo has encontrado?—preguntó, intrigado, Sigurd.

—No diré nada antes de estar seguro de lo que prometa—respondió el bohemio.

En este momento el ama llamó a Jan.

—¡Jan!... ¡Ven a ayudarme!

Jan y Sigurd levantaron la cabeza al mismo tiempo, y miraron por encima de los bordes del pozo.

Digitized by Google

Dos carretas de buhoneros habían entrado en el patio. Los hombres negros, con la cara cruzada de cicatrices y de cortaduras, las mujeres feas y apandargadas y los chiquillos alborotadores y desvergonzados, seguían a las carretas, como de costumbre. Sigurd se sintió inquieto, y parecióle, también, que el rostro de Jan se nublaba.

—¿No los echarás de aquí, Jan?—dijo la granjera, con voz temblorosa.

—¿Cómo quieres que los eche?—respondió Jan riendo—. ¡Son mi padre, mi madre y mis hermanos que vienen a saber de mí!

Saltó fuera del pozo y corrió a recibir a su familia. Había, no obstante, como una especie de vacilación en su aspecto; pero cuanto más se acercaba a los suyos, más desaparecía aquella preocupación. Cuando, por fin, se vió entre ellos, abrió violentamente los brazos y lanzó un grito estridente, como un hombre que sale de la prisión. Estaba como loco de alegría. De un bote saltó sobre uno de los caballos e hizo algunas piruetas; después saltó a tierra para abrazar a su hermano mayor y se revolcó por el suelo con el enjambre de niños salvajes que aullaban de placer.

Durante todo el día fué un festín ininterrumpido. Jan no hacía más que tocar el violín; se bebió copiosamente, excepto Jan, que seguía tocando; por la noche se bailó, y Jan, sin dejar de tocar, bailó también.

Digitized by Google

Sigurd estaba en medio de ellos. No es que quisiera más a los bohemios viéndolos de cerca; sino que no podía resistir al deseo de mirar a Jan y de escuchar su música. A medida que escuchaba sentía su corazón más libre y su espíritu más sin cuidados. Por primera vez en su vida comprendió que la vida era amable. En el fondo, él había vivido siempre bajo la presión de una idea, la tarea ruda que se había impuesto de luchar contra la arena, como sus abuelos; de no dejar que pereciese la granja. No obstante, no era preciso olvidarse de la granja para sentirse feliz alguna vez.

Una rara casualidad hizo que Jan el bohemio no volviese a emprender el trabajo de abrir nuevos pozos. Al día siguiente de la visita de sus padres, durmiendo él aún después de mediodía, fué un propio a buscarlo de parte del campesino más rico de la comarca. Suplicaba a Jan que le hiciese un gran favor. El campesino casaba a su hija, la casa estaba llena de gente que no deseaba más que bailar, y el violinista contratado para el caso había enviado a decir que estaba enfermo. ¿No sería Jan tan amable que fuese a tocar? Jan consintió y Sigurd fué con él. Las bodas duraron tres días. Cuando Jan y Sigurd regresaron a su casa estaban demasiado cansados para tener gana de trabajar. Sigurd había bailado y bebido; había jugado y bromeado; estaba como medio dormido, no volviendo de su asombro

Digitized by Google

ante la idea de que la vida pudiera ofrecer delicias semejantes.

Como hecho expresamente, siempre llegaba alguien cuando hablaban de volver a trabajar en el pozo; la mayor parte de las veces eran parientes de Jan. Parecía emparentado con todos los bohemios de la provincia y todos eran recibidos por él con los brazos abiertos. Aquellas visitas abrían rudas brechas en las provisiones de boca y en los graneros de la granja y cuando Jan se hallaba solo con su mujer y con Sigurd, lamentábase de que los arruinaba su familia. Pero en cuanto aparecía alguno de su raza, no vacilaba en tratarlo a cuerpo de rey.

A veces se jugaba a las cartas y una de ellas, un bohemio, logró hacerle perder una vaca. Juan aparentó que la había vendido; pero su mujer y Sigurd supieron pronto la verdad.

La vaca, como todo el patrimonio, era de Sigurd, y cuando éste supo que Jan la había perdido en el juego, se sintió dominado por violenta cólera. Este incidente pareció abrirle repentinamente los ojos y hacerle ver el estado de su casa.

La granja de Bredané era ya tan pobre, que era precisa la mas severa economía para sostenerse en ella. La pobreza había ido aumentando bajo el régimen de Jan el bohemio. Sigurd tuvo la impresión de haber vivido en un sueño todo el año último. No había visto cómo se habían enarenado los campos. En la primavera, Jan había sembrado hasta en la

Digitized by Google

arena y sólo habían brotado algunas pobres plantas. El patrimonio de Sigurd parecía muy comprometido.

Sigurd entró en casa para hablar seriamente con Jan; pero éste tocaba y no quiso interrumpirlo. Sentóse y escuchó.

Como siempre, bajo la influencia de aquella música, su espíritu se tranquilizó. Pensó en la vida tan dura, tan triste, tan severa, que había llevado hasta la llegada de Jan y llegó a preguntarse si realmente quería comenzarla de nuevo.

Bruscamente Jan cesó de tocar.

—Dime una cosa, Sigurd—comenzó, con dulce acento— ¿quieres que me marche y que os deje tranquilos a ti y a lo tuyo?

Sigurd se vió tan sorprendido, pues, precisamente, pensaba en el modo de desembarazarse de él, que no supo qué contestar.

—Si no quieres volver a verme—añadió Jan—no tienes que decir más que una palabra.

El corazón de Sigurd se oprimió dolorosamente ante la idea de separarse de Jan.

—No; quiero que te quedes—respondió por fin.

—Entonces, no me hago responsable de la suerte de tu patrimonio—dijo solemnemente Jan—pues la proposición que te he hecho es seria y reflexionada.

Rápidamente llegó el tiempo en que Sigurd se vió obligado a irse a correr el mundo tras el ca-

Digitized by Google

rricoche clásico de los bohemios. Ya no quedaba nada en la despensa; ningún criado en la casa; ninguna vaca en el establo. Apenas si le quedaba algo más que un carro y un caballo que Jan no había permitido vender. Un día Jan enganchó resueltamente el caballo al carro, cargó en él ollas y cacerolas, viejas mantas y almohadas, sus pobres trapos y, por fin, los útiles de estañar. Finalmente, llamó a su mujer. Esta salió de casa con un mamoncillo en brazos y tomó asiento en el carro.

Sigurd no había tomado parte alguna en los preparativos; miraba hacer a los otros sin hablar.

—«Suceda lo que suceda—se decía—yo no abandonaré la granja. Aunque tenga que morirme de hambre, aquí me quedo.»

Jan y la madre de Sigurd, por otra parte, consideraron como cuestión resuelta que éste se quedaría. Ni uno ni otro le dijeron una palabra para hacerle cambiar de opinión. Pero, a medida que se aproximaba la hora de la separación, oprimíase el corazón de Sigurd, latiendo más y más dolorosamente. Despidióse de ellos, no obstante, y los dejó partir sin moverse de su sitio delante de la casa.

Pero cuando el coche salió del patio, el horror de la soledad se apoderó del joven y tuvo que agarrarse con entrambas manos al banco, para no correr tras ellos. En aquel momento Jan se volvió por última vez y miró a Sigurd; éste se levantó, y, al verle, Jan le hizo señas para que los siguiera.

Digitized by Google

En dos o tres zancadas Sigurd los alcanzó y subió al coche.

Sigurd siguió a Jan durante dos años en sus peregrinaciones a través del país. En general, él y Jan iban al lado del carro, en el que se sentaba la mujer con el niño. Llegados a la proximidad de una granja, se paraban a un lado del camino; la mujer entraba sola, para mendigar y para preguntar si había algo que componer. Lo más duro era encontrar alojamiento para la noche; con frecuencia se veían obligados a dormir al raso; pero hasta a esto se acostumbraron. Doquiera que hubiese una feria, aunque fuese en el fondo del Smaland o en lo más apartado de Scania, allá iban. Encontrábanse con verdaderas tribus de nómadas y con ellas vivían días de francachela. Jan bebía de firme y Sigurd adquiría el hábito de beber, también. Hacia Navidad, cuando llegaban los grandes fríos, regresaban a Bredané para permanecer allí mientras duraban las provisiones recogidas mendigando. Agotados los víveres, volvían a marcharse.

Era, en suma, la existencia nómada de los bohemios desde que éstos llegaron a Suecia, y Jan no ambicionaba cosa mejor que poder continuarla siempre. ¿Qué ramo de locura le había llevado a querer hacerse sedentario? Tenía necesidad de sentirse libre, de vagabundear a merced de su capricho.

Viéndolos, hubiérase creído que Sigurd estaba

Digitized by Google

contento con su nueva existencia y que la amistad entre él y Jan se mantenía viva. No obstante, había indicios de una íntima inquietud que corroía a Sigurd. Este bebía mucho, no como aquél, a quien le gustaba el alcohol por sí mismo; sino como una persona que bebe para ahogar una pena. Se había vuelto muy suspicaz y la menor contrariedad lo arrebataba en cólera violenta.

En sus correrías a través del Halland, hallaban con frecuencia grandes extensiones de arena, y ante ellas tornábase infaliblemente Sigurd torvo y taciturno. Un día que cruzaban una de aquellas extensiones desnudas y estériles, Jan dijo:

—Antaño había aquí bosques; yo se lo he oído decir a mi padre. No se comprende cómo ha sido devastado así este país.

—Sin duda se marcharían todos los que debieron luchar contra la arena—respondió Sigurd amargamente.

—¿Lo crees tú así?—replicó Jan—. Pues, bien; ¿por qué no te vuelves tú a limpiar tus campos? Nadie te retiene aquí.

—No ignoras que yo no sé ya trabajar—dijo Sigurd—. Me gustan el aguardiente y las cartas y no quiero hacer nada. Estoy muy cerca de ser un vagabundo como tú y como los demás bohemios. Soy exactamente lo que tú has querido que sea.

Otro día el azar los había hecho seguir un camino que bordeaba una gran planicie desnuda. Ha-

Digitized by Google

bíase hecho en ella ensayos para sujetar la arena, plantando pinos. Una plantita crecía a la orilla mismo del camino; al pasar, Jan se entretuvo en arrancarla con el pie.

—¿Qué haces?—exclamó Sigurd, con voz áspera, frunciendo las cejas.

Parecía querer arrojarse sobre el bohemio.

—Envío a paseo a esta miserable planta y quisiera poder hacer lo mismo con todas—respondió Jan.

—¿Qué daño te ha hecho este pobre pino?—preguntó Sigurd.

—No podría explicarte á qué obedece esto—dijo Jan;—pero nosotros, los bohemios, gozamos en los países en que hay vastas landas y espacios abiertos, mientras que allá donde el campesino planta una semilla no podemos permanecer a la larga.

—Es posible—dijo Sigurd;—pero vas a hacerme el favor de volver a plantar inmediatamente ese pobre pino.

Jan pareció no comprender y lo miró con ojos muy abiertos.

—¡Vuelve a plantarlo, te digo; si no, ya verás el día que yo sea mayor!

Jan se inclinó sin replicar, y replantó el pino. Al levantarse dirigió a Sigurd una mirada solapada y maliciosa, sin decir nada.

Entre los vecinos se comentaba siempre cómo Sigurd, que era de tan buena familia, podía permanecer entre los bohemios, y esperábase que los aban-

Digitized by Google

donase en cuanto llegase a ser mayor de edad. Si él había tenido esta intención no pudo realizarla, pues el mismo día en que cumplía los veintiún años fué detenido por el robo de un caballo. Jan, la madre y él habían partido para una de sus correrías habituales y, aquella mañana, Jan había despertado a Sigurd para confiarle la guía del carro por estar él invitado para tocar en una fiesta.

—Si no vais muy de prisa, os alcanzaré mañana—había dicho al marcharse.

Aquel día, mientras guiaba el carro Sigurd reflexionaba sobre muchas cosas. Siempre había calmado sus escrúpulos prometiéndose que, una vez mayor, regresaría definitivamente a Bredané para continuar la obra de su padre; pero aquella mañana se dió cuenta de que no tenía para ello ni fuerza ni valor. Toda la propiedad estaba enarenada; no quedaba un palmo de tierra cultivable y en torno a la casa, hasta las mismas paredes, la arena formaba como montones de nieve. ¿Qué haría allá? ¿A qué malgastar sus esfuerzos en una tarea desesperada?

Apenas Sigurd había llegado a la conclusión de que más valía abandonar la idea de volver a establecerse en Bredané, se oyó llamar por dos hombres que corrían tras él. Detuvo el carro; los dos hombres se pusieron a examinar su caballo. Era un caballo nuevo. Jan lo había llevado la noche anterior diciendo que se lo había comprado a un campesino

Digitized by Google

de Frillesás. Pero parecía ser que el caballo había sido robado, y Sigurd, que lo conducía, fué arrestado como ladrón.

La acusación no inquietó mucho a Sigurd; tenía multitud de testigos que declarasen que él no había estado la víspera en Frillesás. Se dejó llevar a la cárcel tranquilamente, seguro de que sería absuelto cuando el asunto se viese ante el Tribunal.

La primera persona que vió Sigurd en la sala de audiencia fué Jan. Estaba en medio de un grupo de bohemios. «Jan los ha traído para sacarme del paso»—pensó; pues todos aquellos hombres sabían dónde había estado el día del robo. Pero cuando se llamó a los testigos, resultó que uno tras otro lo habían visto en el camino de Frillesás; visto hasta en el pueblo mismo. Hasta hubo quien lo vió en plena noche, con el caballo robado.

Jan no podía ser testigo, y Sigurd esperaba impacientemente que se levantase para poner fin de un modo o de otro a todas aquellas mentiras. Pero Jan no hizo nada para acudir en su auxilio; su rostro adquiría un aire de profundo dolor. Una vez se cruzaron sus miradas y Jan miró entonces a Sigurd como un buen padre mira a un hijo descarriado.

Ante aquella mirada, Sigurd se quedó al pronto como petrificado, luego, una sonrisa dilató sus labios. Comprendió que todo cuanto le unía a Jan era falso. Vió que Jan estaba contento; que había sido

Digitized by Google

él quien había organizado la trama y que lo había arreglado de modo para obtener su condena.

Y, cosa inexplicable; al darse cuenta de la traición de Jan, una rápida sensación de alegría invadió a Sigurd. El mismo se sintió sorprendido. Comprendía que sería condenado a trabajos forzados durante varios años y, no obstante, sentíase como si recobrase su libertad.

Cuando lo llevaron a su celda y se halló solo, reconoció que era ya otro hombre. En el instante en que su mirada penetró en el alma de Jan, el bohemio, y descubrió en ella un doble fondo de falsedad y de maldad, Sigurd se sintió como libre de su encantamiento de varios años. Había estado en poder del vagabundo y sintió en su alma una gran alegría al verse libre. Pero al despertarse así a la realidad, se vió tal cual era en aquel momento y sintió espanto.

Al día siguiente, conducido ante el tribunal, apenas trató de disculparse. Poco le importaba que, siendo inocente, lo creyesen culpable. El se sentía un gran criminal. Estaba en una situación de ánimo que le agradaba sufrir. Además, estaba contento al verse así, separado violentamente de lo pasado, de todo cuanto lo había tentado y seducido.

Cuando se pronunció la sentencia, Sigurd apenas pensó en lo que significaba, pues en el mismo instante, él se había juzgado y condenado a trabajos forzados a perpetuidad; era que había decidido em-

Digitized by Google

prender de nuevo la lucha de sus padres, por desesperada que pareciese.

* * *

Llegó, en efecto, un día, en que Sigurd regresó al hogar desierto, y bravamente puso manos a la obra. Se arregló para hacerse contratar durante el invierno en Scania, como trillador de troje; en primavera se fué a Bredané, habiendo ganado lo necesario para vivir justamente hasta el otoño próximo.

Trató de hacer plantaciones de pinos y de sembrar avena en las dunas para sujetar la arena. Trabajó sin gran éxito, pero tercamente, como estaba obligado a hacerlo.

Un día pensó que sería conveniente abrir un pozo cerca de la casa y se puso a cavar en el sitio en que Jan y él habían comenzado antaño a perforar uno. Llegando a cierta profundidad encontró una capa de marga. En Scania había aprendido lo que vale esta tierra grasa, y, aunque se había vuelto un hombre muy sensato y tranquilo, saltó de alegría.

He ahí el modo no solamente de hacerse dueño de la arena, sino de tornarla fértil. ¡Se acabaron los trabajos forzados sin esperanza! Un trabajo lleno de promesas y de goces se abría ante él. Veíase ya propietario de una hermosa granja rica y próspera.

Digitized by Google

Repentinamente se acordó de que al cavar para abrir el pozo, Jan se había apoderado de un grumo de arcilla que había examinado, diciendo que acababa de encontrar oro.

¡Había conocido que aquello era marga y sabía el valor que aquello tenía!... ¡Lo ha sabido durante todo este tiempo!—pensó Sigurd—. ¡Y ha preferido vagabundear y mendigar a quedarse en la granja, trabajar y hacernos a todos ricos!

Pero este pensamiento no despertó en él ni amargura ni rabia; nada más que piedad. Comprendió que el bohemio no había podido razonar ni obrar como él. El, era de otra especie y estaba forzado a vivir según las leyes de ésta. Que ello atrajese venturas o desventuras sobre él mismo y sobre los otros, era indiferente. El, no podía ser más que como la Naturaleza lo había hecho.

Digitized by Google

CÓMO EL JOVEN VICARIO ADJUNTO OBTUVO EN MATRIMONIO A LA HIJA DEL PASTOR

La primera vez que el vicario declaró su amor a la hija del pastor, fué rechazado por ésta.

La hija del pastor era joven en aquel momento. Por la noche se rizaba el pelo con papelitos y por el día los llevaba sueltos en grandes rizos macizos. Una larga perla le servía de colgante en sus pendientes, y era bonita.

La hija del pastor era muy festejada y estaba rodeada de pretendientes. En aquel instante, estaba ella deliberando si se casaría con el joven barón que acababa de entrar en posesión de su patrimonio, o si no sería mejor que se contentara con un primo suyo que, sin duda, iba a ser consejero municipal en Malmoe. Entrambos eran arrogantes hombres, mientras que el vicario era muy feo. Eran, sobre todo, las manos de éste las que disgustaban a la hija del pastor. Siendo niño había recorrido los caminos mendigando y sus manos se resentían siempre de

Digitized by Google

las grietas de aquellos tiempos. Las tenía rojas e hinchadas.

Más tarde, al envejecer y al encanecerse, el vicario cambió mejorando; pero, de joven, con una cabellera negra lujuriante, tenía un aspecto raro y salvaje. Nunca habría logrado ascenso alguno si su pelo y sus cejas no hubiesen blanqueado prematuramente. Hasta entonces tenía más bien el aspecto de un salteador de caminos que de un pastor.

La joven contaba más tarde que cuando el vicario enviado a la parroquia para ayudar a su padre a llevar los libros y a predicar se presentó a pie, con los zapatos al hombro, al extremo de un palo, su madre estuvo a punto de tomarlo por un bohemio y despedirlo. Durante los primeros tiempos la señora no podía reprimir un movimiento instintivo, temiendo por sus cubiertos cada vez que el vicario se presentaba en el umbral de la puerta del comedor; y el viejo pastor continuaba predicando él mismo, domingo tras domingo, sin resolverse a dejar subir al estrado a aquella especie de salvaje.

La primera cosa que hizo el vicario al llegar a la parroquia, fué enamorarse de la hija de su jefe, durante la primera comida. Nada de particular, por lo demás, tenía esto; la joven tenía el pelo rubio y precioso, ligero y brillante, dulces ojos grises y la tez clara y rosada. El óvalo de su rostro era exquisito, la línea del cuello delicadamente dibujada, y en entrambas mejillas sendos hoyuelos, que aun

Digitized by Google

ostenta hoy cuando sonríe. Verdadero horror se apoderó de ella cuando se dió cuenta del amor del vicario. Apenas se atrevía a pasearse sola por el jardín o por los caminos. Un hombre con los ojos como los de él, ¿no sería capaz de acechar detrás de un soto y de llevársela?

El viejo pastor escribió en secreto al obispo y al Consistorio para que se le concediese otro vicario, pues el que le habían enviado era un verdadero salvaje que no le servía para nada. En la mesa se comportaba como un campesino, poniendo los codos sobre el mantel; escupía en el suelo, y gastaba unos zapatos que dejaban huellas sobre las alfombras.

Durante cuatro semanas el vicario vivió en la parroquia sin tener nada que hacer. El viejo pastor no se decidía a confiarle los registros parroquiales ni a dejarlo subir al púlpito. El vicario esperaba en silencio, sin expresar descontento ni sorpresa. Tenía bastante con seguir a la hija del pastor por todas partes.

Tenía ésta la costumbre de subir a trabajar a una salita abuhardillada bajo las algofras en la que había instalado su telar: el vicario descubrió pronto que cruzando un pajar y luego las tablas separadas del techo de un cobertizo y finalmente un granero, llegaría a un tragaluz que daba a la buhardilla. Ante aquel tragaluz hacía el vicario interminables estaciones, acurrucado en el suelo, feliz con sólo poder mirar a la joven, sonrosada, con los bra-

Digitized by Google

zos desnudos, que hacía correr la canilla por la urdimbre.

No tardó, tampoco, en descubrir en el jardín su rincón favorito. Rodeado de altos setos vivos, el jardín estaba cerrado como una habitación; pero, en cierto paraje, un rastrillo de madera lo abría al campo. La hija del pastor permanecía allí a veces horas enteras mirando cómo ondulaban los campos de trigo. El vicario, oculto entre el centeno, la devoraba con los ojos.

Al cabo de algunas semanas, el viejo pastor recibió, al fin, una carta del obispo, autorizándolo para buscar un nuevo vicario.

Satisfecho, puso la carta en el bolsillo y se dirigió al punto a la habitación del salvaje.

El joven escribía; redactaba un sermón; pero si se le hubiese sorprendido componiendo una carta de amor, no se habría sentido más contrariado. Apenas pudo decidirse a confesar con qué se ocupaba, cuando el pastor le pidió lo que ocultaba bajo su carpeta.

El viejo sabía que pronto se vería libre de su vicario; esta certidumbre le hizo ser más benévolo con el joven, por el que demostró, por vez primera, cierto interés. Comenzó a preguntarle cómo había llegado a ser lo que era, y por qué se había hecho sacerdote.

El vicario refirió sencillamente toda su historia. Siempre había sentido deseos de predicar. Cuando

Digitized by Google

era niño, dirigía sermones a los árboles a lo largo de los grandes caminos que recorría mendigando con su madre. La idea de hacerse sacerdote había nacido así en él sin que pudiese decir cuándo.

El viejo pastor se asombró de que hubiese hallado medios de ir a la escuela, y el vicario prosiguió su relato. Durante todos sus años de estudios había sufrido fríos y hambres; pero lo había soportado todo pensando en el momento en que elevaría su voz para hablar en la casa del Señor.

Varias veces el pastor se había llevado la mano al pecho para sacar la carta del obispo; pero la confesión del joven lo había detenido. Por lo contrario, pidió permiso para leer el sermón comenzado. Después de haberlo hecho, movió la cabeza y se fué sin decir nada. Pero, el domingo siguiente, el vicario predicó por primera vez y se portó bastante bien.

El viejo pastor emprendió entonces la educación de su vicario, le enseñó a llevar los registros y le dió consejos para sus sermones; pero, muchas veces, andando el tiempo, afirmó no haber realizado jamás mayor sacrificio que el día en que había renunciado a despedirlo.

Unicamente por esto, un hombre viejo y discreto podía con gran trabajo soportar al joven vicario, y con más razón, cuando la hija del pastor, mimada y consentida, no tenía más que veinte años.

* * *

Digitized by Google

Era una hermosa tarde de domingo. La casa parroquial estaba llena de invitados; pero todos se habían ido a dar un paseo en coche por el bosque. La hija del pastor se quedó para guardar la casa, pues los criados habían salido también. Unicamente el vicario no se había ido, aunque no tardaría en hacerlo por tener que celebrar el oficio de la tarde en la iglesia aneja.

Pero antes de ponerse en camino, el vicario sintió necesidad de refrescar. Sobre la credencia del comedor había cerveza clara en una vasija de plata. Entró a buscarla y se halló a solas con la joven, declarósele en aquel momento y le pidió su mano.

Sin vacilar un segundo, ella lo despidió. El vicario no insistió y marchóse. Contenta la joven de que el mal rato hubiese ya pasado, se fué al salón y se contempló en un espejo. Al verse tan grácil, tan fina, tan rubia, llegó hasta ejecutar unos pasos de baile ante su imagen; y, al mismo tiempo, se reía pensando en la idea del feo vicario, torvo y negro, que había llegado a imaginarse por un solo instante que podría ser de él.

Pero repentinamente se paró en seco, asustada. Alguien estaba allí. Prestó atención y escuchó; no, no se engañaba; se oía llorar en la habitación próxima. Suponiendo que sería alguno de sus invitados que habría regresado, abrió la puerta. Los sollozos se sentían más claramente; y, no obstante, allí no había nadie. El comedor era amplio, pero no ofre-

Digitized by Google

cía escondite alguno, sin embargo, la joven examinó todos los rincones, mirando debajo de la mesa, mirando en el aparador, y detrás de las puertas.

Mientras buscaba y se convencía de que allí no había nadie, seguía oyendo que alguien lloraba. Los sollozos procedían, al parecer, de un lugar cercano a la ventana, poco más o menos donde el vicario le había pedido su mano.

La hija del pastor trató de persuadirse de que aquello era una ilusión. Apretó los dientes y se aproximó resuelta a tal lugar, diciéndose que así lograría hacer desaparecer la alucinación de que seguramente era juguete. Pero fué en vano : alguien lloraba desesperadamente a dos pasos de ella. Los sollozos evocaban un ser en el colmo del dolor, que apretase violentamente sus manos contra los ojos y se postrase de rodillas para llorar, deseando la muerte.

La joven acabó por asustarse tanto, que tuvo que sentarse para no desvanecerse. Así permaneció durante un gran cuarto de hora, escuchando los sollozos del ser invisible. No podía moverse, no sabía marcharse, no acertaba a llamar. Pálida y con las manos cruzadas temblaba ante cada nuevo sollozo.

Una sola vez tuvo valor para levantarse : habíasele ocurrido la idea de que acaso alguien lloraba al pie de la ventana. Abrió ésta y se asomó : el patio entero estaba vacío y silencioso. Entonces volvió a dejarse caer en la silla.

Parecíale que el llanto demostraba un dolor que

Digitized by Google

ella no pudo imaginarse jamás. Por primera vez en su vida entrevió lo que podía ser la desesperación. Dolorosos y desolados los sollozos parecían provenir de un ser expulsado del cielo. Si el terror no la hubiese paralizado, ella habría llorado también.

Esto duró, como hemos dicho, un cuarto de hora, hasta que, de pronto, las campanas de la iglesia aneja comenzaron a tocar. El campanero había divisado al vicario por el sendero, a través de los campos. La joven tuvo que confesarse que, por una vez, le habría gustado que el vicario estuviese allí y hubiera podido llamarle.

Pero, casi al mismo tiempo que se oyó el repique, cesaron los sollozos. Y, entonces, fué ella quien rompió a llorar. Tan conmovida había estado que continuó derramando lágrimas hasta el momento en que su familia y los invitados regresaron de su paseo.

—«¡Quiera Dios que nunca tenga nadie que llorar así por culpa mía!—pensó—. ¡Quiera Dios que no cause yo pena tal a nadie!».

Al oír los crujidos de las ruedas sobre el empedrado, sintió un primer impulso de lanzarse ante los suyos y referirles lo que le había ocurrido. Pero sus labios se cerraron, porque una voz interior le decía «Es por ti sola; y nadie más que tú debe ser testigo de este dolor».

Toda la tarde estuvo absorta yendo y viniendo como si se encontrase en otro mundo. Lo que se

Digitized by Google

decía, lo que se hacía a su alrededor, le parecía raramente extraño.

De pronto se estremeció y pareció despertarse. Estaba en la cocina y las criadas hablaban del vicario, que había pronunciado un maravilloso sermón. En la iglesia todo el mundo había llorado.

—¿De qué habló?

—Habló de la angustia de las almas condenadas expulsadas del Paraíso.

La joven se horrorizó; parecíale que tenía sobre su conciencia un gran pecado, que era menester expiar.

Después de cenar, cuando el vicario se retiraba luego de haber dado las buenas noches a la familia, ella lo siguió hasta el vestíbulo.

—Señor vicario, por amor de Dios, dígame la verdad—suplicóle—. ¿Ha llorado usted esta tarde mientras iba a la iglesia?

—Sí—dijo—; no he podido contenerme.

La hija del pastor supo entonces lo que eran los sollozos que ella había escuchado. Un sentimiento extraño invadió su corazón. Por el dolor del joven midió la profundidad de su amor por ella.

¿Qué podía haber más dulce que sentirse amada de aquel modo? Olvidóse de los demás pretendientes y ni siquiera se acordó de que el vicario era feo y pobre.

—No quiero que sea usted desgraciado—dijo ella—. Yo trataré de aprender a amar a usted, señor vicario.

Digitized by Google

LA NIEBLA

Una mañana de otoño de 1914, durante el primer año de la Gran Guerra, una densa niebla invadía la apacible comarca, conmovida, apenas, por los acontecimientos mundiales, en la que el hombre pacífico había establecido su residencia. A pesar de su densidad, la niebla permitía ver el jardín y las dependencias; pero cerraba el paso a las miradas que pretendían ir más lejos. No se veía ni campos, ni alturas, ni bosque. Todo el contorno ordinario había desaparecido. Nuestro hombre hubiera podido imaginarse que habitaba en un islote perdido en medio del Oceáno.

Sorprendido por tan limitado horizonte, tan sorprendido que sentía presión en los ojos, el hombre, mientras daba su paseo matinal por el jardín, experimentó un sentimiento de preocupación, de inquietud, como ante un peligro amenazador.

Involuntariamente frunció las cejas y se esforzó por aguzar sus miradas para horadar el muro de niebla. Pero en vano; tuvo que contentarse con la contemplación de lo que tenía inmediatamente ante sus

Digitized by Google

ojos. Al principio, muy de mal grado, admiró algunas hojas de serbal, de un rojo vivo, a las que la humedad prestaba un brillo de viejo cobre. Luego observó las telas de araña, salpicadas por las primeras heladas. Pensaba que aquellas telas eran los velillos del otoño, y se preguntaba si antaño, en los tiempos remotos, su ejemplo no habría enseñado a las mujeres a disimular una belleza ajada tras los velos bordados de perlas.

Esta idea lo animó, y su mal humor, cediendo de pronto, le permitió mirar a su alrededor con nuevo interés. En primer término se alzaba un viejo manzano que se doblaba al peso de los frutos; se admiró de hallar el árbol tan hermoso. Y aquel árbol, tenía, en general, la propiedad de hacerlo poner de mal humor, cuando se paseaba por el jardín, por lo feo y sin gracia que le parecía. Crecía bajo y ancho; las ramas, gruesas, rígidas, formaban con el tronco ángulos casi rectos; pero, en aquel momento, que era el de la fructificación, las ramas, pesadas por el fruto, caían en curvas graciosas, demostrando que poseían la fuerza unida a la ligereza. El espectador comprendió que aquella armazón tosca y grosera era necesaria para sostener el fardo que soportaba.

Comenzó a sentirse reconciliado con la niebla. Era ésta la que, estrechando el horizonte, le hacía notar pormenores con los que había desdeñado disfrutar. «Para ver bien y para comprender lo que se

Digitized by Google

ve—se dijo—ha sido necesario siempre mirar lo que se tiene ante los ojos».

Esta experiencia se vió confirmada algunos pason más lejos: en el follaje de un ciruelo, descubrió algunas ciruelas claudias, muy maduras, las últimas del año, que hasta entonces se habían librado de las ávidas miradas. Pero, al parecer, la niebla le había afinado la vista y descubrió al punto verdes bolitas. En aquel momento, por vez primera en la mañana, un rumor exterior de gente llegó hasta él. Una voz fuerte y ruda gritaba entre la niebla:

«¡Dios mío; sed misericordioso! ¡Señor, Señor: auxiliad a los combatientes!...».

El hombre pacífico se detuvo para escuchar. Las palabras surgían de la bruma; pero no aparecía nadie.

«¡Dios mío; tened piedad de los combatientes! ¡Señor: sed misericordioso con ellos! ¡La sangre corre como el agua por los cauces! ¡Señor! ¡Señor!...».

El hombre, que se había sumido en un ensueño agradable y apacible, hizo un movimiento de impaciencia. ¡Cómo!... ¿Otra vez la guerra? Si se apartaba un momento de ello el pensamiento, la Naturaleza misma alzaba una voz para recordar a nuestro espíritu la espantosa calamidad que azotaba a la Humanidad.

«La sangre corre a torrentes. Los cadáveres se

Digitized by Google

amontonan en filas en los campos. ¡Señor! ¡Señor! ¡Tened piedad de los combatientes!...».

Era, evidentemente, la pobre loca que recorría constantemente el país rezando y cantando, que se había puesto a rogar a Dios en favor de las grandes potencias en guerra. Sin duda, aquella mañana iba por el camino que seguía la orilla del bosque y que la niebla hacía invisible. Aparecía conmovedora, ciertamente; pero el hombre pacífico no pudo, sin embargo, reprimir una sonrisa. ¿Pensaría aquella pobre demente apresurar el fin de la guerra mundial con sus plegarias?

«¡Auxiliad a los combatientes y concededles la paz! ¡La sangre corre como un arroyo por los cauces!...».

El, inmóvil, escuchó mientras estuvo al alcance de su voz; luego, suspiró y continuó su paseo.

En verdad que los tiempos en que se vivía eran tales que todo el mundo podría haber sentido deseos de correr por los caminos clamando su angustia.

El hombre pacífico lanzó un sordo gemido ante la obsesionante idea de aquella lucha en la que media Humanidad estaba empeñada y que amenazaba ser la ruina de la Tierra entera. Si se hubiese tratado de una formidable intrusión de la marea o de una erupción volcánica, el desastre hubiera sido equivalente; pero, al menos, no habría existido la humillación de confesar que estaba causado por

Digitized by Google

los hombres. No habría tenido que decirse que, desde el momento que se trataba de seres dotados de razón, presas de la locura de la guerra, debía de haber una palabra o una medida capaces de ponerla fin. No habría habido necesidad, a cada hora del día y de la noche, con dolor y angustia, de buscar lo que pusiese dique a la devastación.

—¿Qué podré hacer yo?—se dijo, como lo decía con frecuencia—. Mi palabra no tendría mayor alcance que los gritos de esa pobre demente. Y, sin embargo...

Había llegado, paseándose, al extremo del jardín. Cuando volvió para regresar, ofrecióse a su vista un cuadro encantador.

El suelo se elevaba en suave pendiente hacia la casa. El hombre pacífico veía ante él su vieja propiedad con sus casas pintadas de rojo y sus frondosidades que el otoño empurpuraba y doraba. En el fondo, no era otra cosa que lo que veía todos los días; pero el aspecto de las cosas le parecía muy otro, porque las encuadraba y las separaba del paisaje circundante.

Viendo así, aislada, su propiedad, comprendió por primera vez cómo armonizaba la casa roja, en lo alto de la colina, con las cimas verdes y amarillas de los grandes árboles, con las construcciones menos elevadas que servían de alas, con el encrespamiento de la espesura de arbustos y de malezas del fondo y, en fin, con la guirnalda baja de arboli-

Digitized by Google

tos frutales recién plantados que ceñía el pie de la colina. El conjunto no había aparecido jamás de un orden más bello que aquella mañana en que la niebla que servía de marco, llenaba, igualmente, todos los vacíos. No se podía haber quitado ni haber añadido nada; todo estaba en su lugar. Así, hundida en la bruma y en el verdor, su casa le parecía más atractiva que nunca. Resplandecía de bienestar y de seguridad. Sentíase apaciguado y feliz sólo con mirarla.

De pronto se le ocurrió una rara idea. Se figuró separado del mundo en su pequeña propiedad. Se figuraba la casa y él mismo, viviendo su propia existencia, apacible y modesta, mientras la niebla los encerraba en sus muros de algodón y los ocultaba del mundo. La niebla hacía guardia alrededor de ellos, tan densa y tan opaca, que los transeúntes que pasaban por el camino a lo largo del bosque, ni aun suponían su existencia tan próxima.

El cartero rural, con su negra caja, renunciaría a buscar la casa, perdida en la bruma. No habría visitas; ningún forastero se arriesgaría por el vial que conduce a la casa. Ninguna gente extraña encontraría su camino; nadie de la casa daría con el camino del mundo exterior.

El invierno sucedería al otoño; el estío a la primavera, en lenta alternativa. Caería la nieve y se derretiría después; los campos y los árboles se cubrirían de verdor; el verdor se marchitaría y desapa-

Digitized by Google

recería; el frío y el calor los bañarían por turno; pero la niebla perduraría.

La casa y él vivirían una vida de ensueño. Las tareas formarían una sucesión apacible y regular; después de la recolección vendría la siembra; después de la cocción del pan la fermentación de la cerveza. Se ordeñarían las vacas, se esquilarían los carneros, se hilaría la lana y el lino; bellas telas con reflejos de plata se arrollarían en el telar. Se verían forzados a vivir del trabajo de sus propias manos; nada sería importado; nada se exportaría. La pena que ellos sufrieran sería la pena de todos. No podrían confiar más que en sí mismos. Serían un islote perdido en el Oceáno, al que ningún barco llegaría.

Y, ¡suprema felicidad!, así se verían libres del horror de la Gran Guerra. El hombre pacífico extendió los brazos con un gesto de consuelo y se dirigió a la niebla:

—¡Quédate, oh bruma, quédate! Tiempos espantosos son los que se aproximan. ¡Ahórrame el espanto de vivirlos! ¡Encierra mi morada entre tus blancos muros! ¡Déjame pasar días apacibles en la antigua casa de mis padres, sin saber nada de lo que sucede afuera, de esos crímenes horrendos y de esa efusión de sangre! ¡Déjanos a mí y a los míos dedicarnos tranquilos a nuestros menesteres cotidianos, sin que vengan a turbarnos el ruído de las desgracias que abruman a los hombres extranjeros!

Digitized by Google

Algunas veces, hendiendo la niebla, vendrán a visitarnos los pájaros, los acogeremos sin tratar de saber si traen un mensaje en sus alas. Por la mañana oiremos los gritos de la pobre loca al pasar por el camino; pero no daremos oídos para saber si ruega aún por los combatientes.

Una vez pasada la tormenta, cuando los hombres hayan dejado de matarse, podrás disiparte y desaparecer; ¡oh niebla! Entonces, ignorantes de las terribles cosas que se han desarrollado en el teatro de la guerra, saldremos felices de nuestro refugio para gozar de la fiesta eterna de la vida. Nuestras almas no habrán sido emponzoñadas por relatos de violencia y de crueldad. Nuestros corazones no habrán perdido toda esperanza a fuerza de oír hablar de desventuras que nosotros no habríamos podido socorrer. Habremos conservado la fe en la bondad de los hombres y en su amor por los trabajos de la paz. Seremos parecidos a los siete durmientes de la leyenda, apartados por el sueño de los peligros de la demencia humana, para hallar, al despertar, la tranquilidad y la alegría humanas, y para ver que el sufrimiento y la miseria no son las únicas cosas que la Tierra ofrece a sus desventurados hijos.

Apenas el hombre pacífico hubo pronunciado estas palabras, sus oídos percibieron dos ruidos distintos. Una ráfaga de viento rasgó la niebla con silbos de serpiente.

Digitized by Google

Este era uno de ellos; el otro el débil eco de los gritos de la pobre mujer errante. «¡Socorred a los combatientes, Señor! ¡Concededles la paz! ¡Piedad!...» El eco venía de lejos, parecía una advertencia suprema. Pero el hombre no le dió importancia.

«¡Déjame vivir en mi jardín, oh bruma!—repetía—¡Enséñame a fijar mis miradas en lo que está próximo y presente!... ¡Déjame hacer obra útil en lo que es mío, ocuparme con cosas que pueda llevar a buen fin! ¡Evítame la obligación de recorrer el país como un loco para buscar el medio de remediar lo que siento incapaz de modificar!»

A continuación de estas palabras, en el seno de la bruma se oyó un nuevo murmullo. El hombre creyó que decía:

«¡Hágase tu voluntad!».

Esto, evidentemente, no podía ser más que una ilusión de los sentidos, pues, casi simultáneamente, sopló una nueva ráfaga fresca y viva, que desgarró la niebla en jirones y los esparció por todas partes. El paisaje recobró su aspecto habitual, y el hombre se rió de la fantasía que la niebla le había sugerido.

Pero deseos como los suyos son peligrosos de formular.

Las potencias de la Naturaleza, gozan a veces accediendo para nuestro daño a nuestros más locos antojos.

Digitized by Google

Desde aquel día, el hombre pacífico notó que los ruidos de la guerra, aunque aumentando en horror, no le afectaban como antes. Lo que ocurría le parecía lejano extraño, y, en modo alguno, le concernía. Hacía su trabajo cotidiano sin sentirse conturbado por la angustia.

No comprendía que el genio de la niebla había escuchado su ruego, algodonando su alma, y se felicitaba por haber adquirido el equilibrio moral y la cordura.

Veía otros hombres que no estaban más calificados que él para elevar su voz; pero no había comprobado jamás que hubiesen ganado nada con sus palabras. Los comparaba a la desventurada errante que había implorado a Dios aquella mañana brumosa. Parecíale que sus espíritus debían de estar extraviados, puesto que se inmiscuían en lo que no les competía y eran impotentes para cambiar.

Pero en lo hondo de su alma, había seguido sus actos con punzante inquietud. En las bellas noches serenas y estrelladas, la niebla perdía su poder; y pensaba con angustia en el momento en que, dejando la Tierra, se hallase frente al Juez. Sabía que se encontraría allí al mismo tiempo que la mujer que imploraba por los caminos. Y el Juez Supremo le diría: «Yo he desencadenado una tempestad sobre la Tierra. ¿Cómo se le ha ocurrido a tu corazón substraerse a la tormenta?».

El hombre pacífico se defendería diciendo: «Lo

Digitized by Google

que Tú me pedías era sobrehumano: Yo me callé, porque no veía solución. ¿Cómo pudiera yo haber apaciguado la tempestad?».

Y el Juez diría: —«Ya sé que no te había otorgado yo el don de apaciguar la tempestad; pero te había dado fuerzas suficientes para mostrar piedad y para ejercer la caridad».

El hombre pacífico indicaría entonces a la mujer que estaba a su lado ante el trono de Dios: «He aquí una mujer que no ha cesado de hablar y de rogar—diría—. ¿De qué le ha servido?—«Sus gritos cierto es que no han servido para conmover el corazón de los poderosos de la Tierra—respondería Aquel que reina sobre el Universo—. Pero ellos le han abierto mis brazos y el acceso a mi cielo.»

El hombre pacífico sabría entonces que no habría ya esperanza para él, y se hundiría en los espacios en que todo es frío, tinieblas, silencio, y brumas opacas.

Digitized by Google

EL CAMINO ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

El viejo coronel Berencreutz había vivido durante algunos años en Ekeby, con los «caballeros» (1).

Muerto el capitán y terminada la alegre vida de los caballeros, el coronel había ido a alojarse a una granja de campesinos del concejo de Kil, situado en la punta meridional del lago de Lœwen. Allí disponía de dos piezas en el piso superior; una, grande, en la que se entraba primero para llegar a la otra, más pequeña. Los granjeros habitaban la planta baja: sólo Berencreutz vivía en lo alto.

Allí residió durante largo tiempo, hasta que hubo cumplido sus setenta y cinco años. Vivía solo, sin ningún criado que lo sirviese. El mismo se arreglaba su habitación y su comida, bien que mal, y cuidaba su caballo. Le gustaba mucho hacerlo todo por sí mismo, para matar el tiempo; pero acaso no era este el verdadero motivo de tal actividad; quizá era demasiado pobre para pagarse un ayudante.

(1) Alusión a la *Leyenda de Gosta Berling*, en la que se describe la vida de los caballeros huéspedes de la «capitana» en Ekeby. *(N. del T.)*

Digitized by Google

Fuese como fuese, las ocupaciones no le faltaban jamás; ni siquiera podía llevar a término lo que traía entre manos.

En primer lugar tenía su alfombra.

En la gran pieza, el coronel trabajaba en aquella famosa tapicería de la que se hablaba en toda la comarca de Kil. No la tejía en un telar; sino que había tendido los hilos de la urdimbre de una pared a otra, y quienquiera que entrase inopinadamente en aquella estancia creeríase preso en una gigantesca tela de araña. El coronel pasaba lo más de su tiempo en hacer correr la canilla por la urdimbre, introduciendo un cabo de lana por acá, otro por allá, dudando y escogiendo para hallar el tono apetecido. Si hubiese tenido tiempo para acabar su obra, el tapiz hubiese podido, sin duda, rivalizar con los de Bukhara y de Kandahar; pero su sistema de trabajo era muy lento, y se decía que no terminaría nunca más que un cuadrito o dos.

El coronel dormía en la estrecha pieza contigua. Se acostaba en una camita de campaña que había hecho con él toda la de Alemania contra Napoleón. Los restantes muebles del cuarto eran grandes y bellos; había un largo canapé de caoba, un viejo velador con pies de ébano, un contador con aplicaciones de bronce y un soberbio espejo con marco de cristal, delicadamente dorado. Estos muebles, que procedían de su casa, atestiguaban que, a pe-

Digitized by Google

sar de su pobreza actual, se había criado en una casa rica y noble.

Una noche de verano en que él dormía en aquella estancia, el coronel fué despertado por unos pasos recios que subían por la escalera. El nocturno visitante colocaba los pies sobre los peldaños con un ruido que resonaba en toda la casa. Parecía el andar firme y seguro de un viejo soldado.

Cuando el coronel abrió los ojos, la obscuridad le rodeaba; era plena noche; pero poco profunda, pues se estaba en la época de las noches claras; y, como el coronel vivía arriba y no había vecinos, no cerraba las contraventanas ni corría las cortinas.

«Es curioso que estos campesinos no aprendan jamás a cerrar las puertas»—refunfuñó el coronel. Siendo él un hombre ordenado, disputaba a veces con sus caseros a este propósito, pues frecuentemente dormían sin correr los cerrojos. Era, sin duda, lo que había ocurrido aquella noche, y alguien había entrado en la casa.

No podía ser un ladrón, pues no habría andado tan ruidosamente; ni un borracho en busca de un rincón donde dormir; era, seguramente, un intruso, pues el coronel sabía que nadie de la casa tenía aquel andar cadencioso.

El coronel esperaba que el forastero llegase hasta el sobrado; pero se equivocó. Los recios pasos, al llegar al último peldaño de la escalera, se diri-

Digitized by Google

gieron deliberadamente hacia su puerta, y hasta creyó que una llave giraba en la cerradura.

—¡A otra puerta, amigo!—gruñó el coronel, que sabía que la víspera, por la noche, como siempre, había cerrado su puerta antes de acostarse, con doble vuelta. Como la gran puerta de entrada se quedaba abierta con tanta frecuencia, el coronel se aseguraba siempre en su cuarto, cuidadosamente.

Pero, he aquí que, con profunda estupefacción, oyó que el visitante nocturno abría la puerta con extraordinaria facilidad y penetraba en la habitación grande. Allí era donde estaba tendida la urdimbre del gran tapiz, y, en la penumbra de la noche, no sería fácil atravesarla sin trabajo.

«Este canalla va a tropezar con los hilos, me los va a enredar y me los va a romper»—pensó el coronel, disponiéndose a saltar de la cama para detener al desconocido. Pero éste atravesó la sala hasta la puerta de la alcoba con el mismo paso igual y seguro. Hubiérase dicho que andaba a compás de una marcha militar del campo de Trossnoes. Ni la urdimbre ni la trama del tapiz le molestaban.

Las miradas del coronel se fijaron en la puerta. La indecisa claridad de la noche le permitía ver que el cerrojo estaba bien echado. —«¡Por esta vez, te quedarás ahí, zopenco!...».

Interrumpióse en seco, pues la puerta acababa de abrirse de par en par, hasta golpeando contra la pared, como sacudida por una violenta ráfaga de viento.

Digitized by Google

El coronel se incorporó sobre su yacija y con su antigua y tonante voz de mando lanzó un «¿Quién vive?», capaz de hacer temblar los vidrios. Estaba a punto de saltar del lecho; pero el estupor lo dejó clavado. No había nadie en el hueco de la puerta. Desde su sitio veía el coronel toda la gran estancia cuyas ventanas estaban en frente. ¡Ningún rastro de forma humana!

Y, no obstante, alguien había en la alcoba. Había oído los pasos que llegaron hasta el umbral, y hasta reconocía los ruidos familiares de alguien que presentaba armas: talones que chocan, tintineos de sable que se saca, roces del cinturón, y, por fin, una voz respondió a su «quién vive».

—¡Es la Muerte, mi coronel!

Era una voz extraña la que hablaba, una voz que, aun no siendo humana, no tenía, sin embargo, nada de siniestro ni de espantoso. Parecíale al coronel que la palabras habrían podido surgir de un órgano o de otro gran instrumento. Sonaban graves y severas; pero tan armoniosas, que despertaban la nostalgía del país de que procedían aquellas sonoridades.

—¡Mátame, pues, de un golpe!—exclamó el coronel entreabriendo su camisa, como para ofrecer su corazón a la espada.

Pero el desconocido no atendió a esta súplica.

—¡Volveré antes de la próxima medianoche, mi coronel!—dijo la voz,

Digitized by Google

Los talones entrechocaron de nuevo, el sable entró en su vaina con fuerte ruido de armas, el desconocido dió media vuelta, los pasos recios y seguros se alejaron; la puerta se cerró por sí sola; todo recobró su aspecto acostumbrado.

En su sorpresa el coronel había vuelto a caer sobre la almohada. Inmóvil escuchaba los pesados pasos, los siguió mientras bajaban por la escalera, cruzaban el vestíbulo y salían por el portón.

En el momento en que el visitante debía de estar a punto de dejar la casa y de llegar al corral, muy claro en aquella noche de estío, el coronel se precipitó hacia la ventana: iba por fin a ver al forastero. Apretó su rostro contra los cristales y miró. Veía todo el patio, los senderos entre las casas, el pozo con su cubo, los carros desenganchados y las pilas de leña; pero nada se movía. Los pies del visitante nocturno golpeaban el suelo con tal vigor que el coronel hubiera podido indicar el lugar preciso por donde pasaba; pero sus ojos no lo descubrieron por parte alguna.

El coronel se encogió de hombros; desde el principio se figuró que sería así. Había hecho un vano esfuerzo para persuadirse de que todo aquello no era otra cosa que una farsa de algunos jóvenes que habrían querido asustarlo; en su fuero interno sabía muy bien que aquello no era nada de eso. La voz que acababa de oír no tenía nada de humano.

Digitized by Google

No abrigó, pues, ninguna duda acerca de lo que le ocurriría al día siguiente; y aunque acogiese aquella noticia con la calma que corresponde a un viejo soldado, no tuvo ya ganas de dormir aquella noche. Se vistió con tanto esmero como si se tratase de una revista; peinó sus blancos cabellos que brillaban como la plata y se afeitó las mejillas y el mentón. Pensaba que dentro de poco no sería ya él, sino otros los que se cuidarían de su pobre envoltura terrestre; y quiso que la encontrasen en presentable estado.

Hecho esto, acercó un sillón a la ventana, buscó la vieja Biblia de su madre y se sentó con el libro en las rodillas esperando que fuese de día para leer. No tuvo que esperar mucho tiempo: pronto, por la parte del Este, aparecieron algunas nubecillas rojas, y la penumbra cedió paso a la luz del día, aunque el sol no asomaba aún.

El coronel se ajustó los lentes a la nariz y leyó algunas páginas. Pero pronto alzó la cabeza y se sumió en sus reflexiones. No teniendo junto a él sacerdote alguno que pudiese guiarlo, trató en su soledad de arreglar sus cuentas con el Señor.

Durante su larga vida, el coronel había tomado parte en multitud de cosas no muy agradables de recordar en aquel momento. Leyendo la Biblia había hallado palabras fuertemente amenazadoras proferidas por aquel Dios que odiaba el pecado, y molestos recuerdos lo asaltaron uno tras otro,

Digitized by Google

Tenía en su cuenta grandes y pequeñas cosas; las había que podían ser clasificadas y juzgadas fácilmente, pero las había, también, más delicadas. ¿En qué columna de su libro colocaría, por ejemplo, lo que había producido malos efectos, cuando, en su principio, no habían existido malas intenciones? ¿Y los actos ejecutados por obediencia? ¿Y aun las cosas todas que él no había considerado como pecados, pero que debían ser tenidas por tales, según aquel libro?

Tenía, también, sin duda, algunas cositas que podrían anotarse en la página de enfrente, la del haber; pero aun allí había también que distinguir.

Cuanto más reflexionaba menos seguro se sentía de lo que podía inscribir en su crédito. No veía la posibilidad de poner sus cuentas en claro. Y como el coronel era un hombre recto y probo, gimió ante la vergüenza de presentarse ante su Señor como un intendente infiel que no llevaba sus cuentas claras.

Más y más se turbaba y se desesperaba al proseguir su examen de conciencia. Un candoroso torrente, negro y glacial, de pecado y de miseria lo invadía y lo sepultaba. Iba a perder el valor, lo último que había que perder en un día como aquel.

Mientras tanto, el cielo se iluminó más y más, y, súbito, brotaron los primeros rayos del sol, dorando las negras letras de la Biblia.

Entonces, el anciano, levantó la cabeza y miró hacia el Este, por donde ascendía el vasto globo

Digitized by Google

del sol, mejestuoso, para tomar posesión del Mundo.

Ante aquel espectáculo el coronel comenzó a darse cuenta de que dentro de poco iba a hallarse ante un sér de un esplendor tan indecible que su mente se negaba a comprender. ¿Cómo imaginarse que Aquel que hacía rodar el sol a través del firmamento, contaría como nosotros contamos y mediría como nosotros medimos? Era inútil y vano inmovilizarse en el temor y el espanto. Nada colmaría la medida ante Aquél que era toda fuerza, toda riqueza, toda gracia, toda alegría y maravilla.

El coronel cerró la Biblia, se levantó y dejó caer sobre ella el puño. —«No puedo hacer nada contigo—dijo, dirigiéndose al libro—. Quizá pueda arreglar mejor mi pleito, en última instancia, ante el rey que ante el simple tribunal.»

Restablecido su equilibrio moral, el coronel fué a sentarse ante su escritorio y comenzó a escribir algunas indicaciones acerca de su entierro. No se olvidó tampoco de encargar que matasen de un tiro a su viejo caballo; quien le prestase este servicio, debería recibir, en recompensa, un cubilete de plata.

Después arregló sus cuentas, anotando cuidadosamente lo que poseía y lo que debía, decidiendo a quién había de corresponder sus muebles y utensilios caseros. La mayor parte de ellos se los legó a una muchacha, la hija más joven de sus caseros. La pequeña quería mucho al coronel y con frecuen-

Digitized by Google

cia permanecía a su lado largas horas, viendo cómo trabajaba en su tapiz. El coronel quiso agradecer aquel afecto.

Cuando todo estuvo escrito eran cerca de las ocho, y el coronel tenía sus tareas habituales que lo reclamaban. Arregló sus habitaciones, cuidó de su caballo y almorzó. Pero a eso de las diez, terminado todo ya, quedó libre; debía decidir qué uso haría de su día postrero.

Ciertamente debía celebrarlo de un modo solemne. No se podía dejar pasar día tal como todos los otros. Reflexionó largo tiempo, sentado en un banco, delante de la casa. —«No, decididamente, no tengo gana alguna de ponerme a entrelazar hilos en la urdimbre de mi tapiz»—decidió—. «De todos modos, este tapiz no quedará terminado. No; voy a ensillar y me iré a cualquier parte. ¡Mi último día! No corresponde a una persona como yo, que haya llevado la vida que yo he llevado, pasarlo en una granja de campesinos, en medio de gentes que ignoran qué clase de hombre he sido yo.»

La alegría de vivir se reanimó en su corazón con toda su antigua fuerza. Quería que el día aquel fuese rico y luminoso. Quería mezclarse con la gente, disfrutar aún, una vez, de los placeres de la vida. Claro está que no podía disfrutarlos todos; pero sí algunos, los mejores, los más dulces.

El coronel se levantó bruscamente y fué a enganchar su caballo, subió a buscar su viejo capote

Digitized by Google

militar, que existía aún, a pesar del servicio de toda una vida, lo colocó tras él en el cochecillo, hizo restallar su látigo y partió.

Siguió por la carretera hasta un cruce al que abocaban cinco caminos.

Allí detuvo su caballo; forzoso era elegir, al fin, qué clase de placer quería ofrecerse en su último día. Aquellos cinco caminos conducían a todo cuanto aún tenía algún atractivo para él.

Continuando por la carretera real, en dos horas estaría en Karlstad. En esta ciudad le quedaban aún algunos amigos de los antiguos tiempos. Podía reunirse con ellos en el hotel y organizar alguna fiesta. Se bromearía, se contarían historias de antaño, se bebería un vino noble y generoso, se cantaría música del Vermland. Para cerrar dignamente la velada, se jugaría a las cartas. ¿No temblaba de deseo su mano ante la idea de sentir por última vez entre sus dedos las lisas y heladas cartulinas? ¿No había sido en otro tiempo «ese loco de Berencreutz» el incorregible jugador, capaz de arriesgar a una carta toda su fortuna? En el fondo, la excitación del juego ¿no era lo que más había sentido perder, al verse privado de todo durante los años de su pobre vejez?

El coronel permaneció inmóvil sin dirigir su caballo hacia el camino de la ciudad. Aquel día palpitaba en él un vago y extraño deseo: hubiera querido seguir un camino que no condujese a ningún

Digitized by Google

lugar conocido ya. Hubiera querido llegar a cualquier punto desconocido, nuevo; hubiera querido emprender un camino que llevase a lo infinito. Era una aspiración indecisa y rara, pero que le hizo desdeñar el camino de la ciudad.

A la derecha se abría otro, que lo conducía al campo de Trossnoes donde, en aquel momento, los soldados del Vermland estaban reunidos en maniobras. El coronel sabía que si iba allí, el regimiento lo recibiría, alineado, ante su antiguo jefe. Los luminosos rostros de sus queridos cazadores verdes le sonreirían, pues los soldados no olvidaban su fama de valiente; tocaría la música, batirían los tambores y la amada bandera se desplegaría en el aire sobre su cabeza. Hallaría allí viejos oficiales que habían ingresado en el regimiento en su tiempo, y con ellos volvería a vivir sus días de gloria y oiría ensalzar sus hazañas. ¿No le gustaría al coronel en aquel postrer día que se reanimase en su corazón el recuerdo de los tiempos en que éste latía de deseos de morir por la patria? ¿No querría hallarse una vez más frente a las filas que antaño había conducido a una lucha cruenta y a una victoria gloriosa? ¿Y habría un modo más hermoso para un soldado que esperar la muerte, allí, entre los que podían ser testigos de su arrogancia y de su valor?

Hubo un instante en que el coronel pareció encaminar su caballo hacia Trossnoes; pero aquella extraña aspiración hacia algo desconocido, hacia un

Digitized by Google

camino que condujese a algún punto infinitamente lejano, lo impulsó a buscar aún otra dirección.

A la izquierda de la carretera de Karlstad, un vial de viejos árboles llevaría a Berencreutz hacia el más bello señorío del país. En su castillo vivía aún la hermosa, la peligrosa, la irresistible gran señora a quien el coronel había amado antaño. Ella no era ya joven; pero siéndolo mucho más que él, era aún una mujer seductora.

Berencreutz sabía que tras aquellos largos años de separación voluntaria, si iba él a verla en aquel postrer día de su vida, de él haría ella un paraíso para el coronel.

Como en los tiempos de juventud, pasearíase por las grandes salas de pisos de marquetería. Lo rodearían la riqueza y la abundancia. Por aquel postrer día se apartaría de la miseria y de la soledad de su ancianidad pobre. ¿No le gustaría encontrar gentes de finos modales, de voces dulces y harmoniosas, ricamente vestidas, distinguidas y corteses? ¿No le gustaría hallar nuevamente gentes de su condición social? ¿No le gustaría revivir el único y breve sueño de amor de su juventud y de su edad madura?

Resueltamente Berencreutz tomó las riendas y volvió su caballo hacia aquella dirección. No obstante, era aún un camino que conducía a un lugar preciso, un camino cuyo término veía. No llevaba hacia aquel gran lugar ignoto que paladeaba ya, aunque no pudiera decir dónde lo hallaría.

Digitized by Google

Otro camino subía hacia el noroeste. Recorriéndolo, el coronel llegaría a aquella casa que tanto había amado, la herrería más importante del Vermland, al Ekeby de los caballeros. Nadie la habitaba en aquellos momentos; pero sus puertas se abrirían de par en par ante el «caballero» célebre, uno de los últimos supervivientes de los que habían hecho de aquella casa la morada de la alegría y del canto, del baile y de la aventura. El ala del edificio destinada a los caballeros, lo recibiría con un mundo de recuerdos. El fiero torrente rugiría aún ante una forja que Berencreutz había contribuído a construir. ¿No le gustaría al coronel volver a ver el encanto de Ekeby y el esplendor de la Naturaleza en torno al lago de Loewen? ¿No le gustaría sentir que sus ojos se llenaban de lágrimas en memoria de los que habían hecho su vida tan rica y sus días tan breves? ¿No le gustaría, sobre todo, evocar sus imágenes: la noble capitana, la hermosa Mariana, el gran hechizo de Gosta Berling?

Berencreutz movió la cabeza:—«Debería haber ido allá alguna vez»—dijo—. Pero no hoy. Hoy necesito ir a un lugar en el que pueda saciar esta sed de algo nuevo, difícil de alcanzar.

Volvió los ojos hacia el último camino. Si lo escogiera llegaría, hacia el fin del día, a una pequeña propiedad que se llamaba Lofdala y que estaba habitada por Liliencrón, el gran violinista. Era una ca-

Digitized by Google

sita humilde y modesta; todo lo que podía ofrecerle era un poco de música.

Pero, mirando aquel camino, el coronel comprendió que era allí adonde debía ir. Aquella aspiración nostálgica que desde por la mañana le dominaba lo empujaba allá.

Sorprendióse él mismo por su elección; pero no vaciló.

Llegó a Lofdala bastante tarde, y fué recibido con los brazos abiertos. Liliencrón se alegró de volver a ver a su compañero de los felices días de Ekeby, y, como siempre que se sentía animado, tomó su violín y se puso a tocar.

Pero también Liliencrón se había hecho viejo, y no manejaba el arco como en su juventud. El artista parecía perseguir un enigma que su pensamiento se negaba a resolver, que las palabras no acertarían a explicar.

Las gentes pretendían que la música de Liliencrón no era ya la de antes; y el coronel lo había oído decir. Pero oyendo tocar a su amigo, sentía de nuevo en los labios el gusto de algo indeciblemente dulce y atrayente. El, que iba a morir dentro de pocas horas, comprendía que Liliencrón jalonaba una vía que no conducía a ningún término; una vía cuya construcción proseguiría hasta lo infinito.

Escuchando aquella música, que se abría un camino a través de dudas y de obstáculos, para conducir más lejos que el pensamiento, más que el presen-

Digitized by Google

timiento mismo, su alma se serenó, y confió a su amigo la visita que había tenido la noche anterior y su certidumbre de que aquel era su último día.

Liliencrón se conmovió.

—¿Y por saber eso es por lo que ha venido usted a verme, mi coronel?—dijo.

—No he venido por usted—respondió Berencreutz, y sus ojos lanzaron una mirada extrañamente vaga—. Creo que he venido a Lofdala para oírle a usted. Escuchándolo he comprendido que era esto y no otra cosa lo que deseaba oír un día como éste. La música es un placer sin igual.

—Cierto—dijo Liliencrón—. Nada lo iguala.

—Acaso sea porque la música no pertenece a la tierra por completo. Dios mío, hermano Liliencrón, pensándolo bien, ¿qué es la música, en el fondo? No es nada palpable; habla una lengua que no comprendemos. ¿No cree usted que sea la lengua que se hable allá arriba—y señaló al cielo con el dedo—, aunque no sea más que un eco de ella, que llega hasta nosotros?

Liliencrón no respondió; no hallaba fácilmente las palabras cuando se trataba de cuestiones a las que su violín hubiese podido responder.

—Quiero decir que pertenece al cielo y a la tierra—prosiguió Berencreutz—. Yo la creo destinada a servirnos de camino desde la una al otro. Y ahora, hermano Liliencrón, hágame el favor de

Digitized by Google

avanzar un poco más ese camino, para que lo siga de nuevo hacia lo que no tiene límite.

Liliencrón volvió a tomar su violín. Ejecutaba en él su propia incertidumbre; las angustiosas preguntas de su propio corazón. Y en la dulce velada de estío, el viejo coronel lo escuchaba. De pronto, se abatió en su sillón. Liliencrón corrió hacia él. Levantó al coronel y lo tendió sobre una cama. Conservaba todo su conocimiento.

—Esto va bien—dijo—. Voy por el camino entre el cielo y la tierra. ¡Gracias y hasta la vista, viejo hermano!

Y no habló más. Dos horas después, estaba muerto.

Digitized by Google

ENCUENTRO DE MONARCAS

Esto ocurre entre 1880 y 1885. El rey es esperado en una estación del ferrocarril del Vermland. La estación está empavesada y adornada con guirnaldas de flores y de follaje; ondean por todas partes las banderas y ha acudido gente de varias leguas a la redonda.

Esperando el tren real, toda esta multitud alegre y dichosa, se repetía cómo iba a recibirse a Su Majestad. Sería aclamado con ¡vivas!, se le ofrecería flores y se cantaría. El rey de Suecia sería recibido en la estación de Kil como en niguna otra parte.

En el momento en que el tren, silbando y chirriando, entró en la estación, la agitación fué enorme. Todo el mundo quería aproximarse lo más posible al vagón regio. Era el momento de gritar: ¡Hurra! ¡Viva el Rey! Pero obligados a empujarse y a dar juego a los codos, las gentes olvidaron las aclamaciones.

Sólo una persona no corrió ni se puso delante. Un hombre tenía, levantado para llevar el compás,

Digitized by Google

un bastón con puño de plata, y gritaba ¡ hurra !, con todas sus fuerzas.

Era un hombrecito con la cabeza cubierta por una especie de alto quepis verde y el pecho constelado de estrellas de oro y de plata... de cartón (1).

El rey y su séquito no podían dejar de fijarse en aquel hombre, el único sensato entre aquella multitud que se agitaba como loca.

Tampoco hubo canto ; los alumnos de las escuelas que debían cantar habían sido dispersados en todos sentidos ; no hubo ramos de flores ofrecidos al rey. Los que debían presentárselas estaban como petrificados por la timidez y no hacían el menor esfuerzo por acercarse.

Sólo un hombre no perdía la cabeza ; y cuando el rey descendió del coche al andén, decepcionado por aquella mala acogida, este hombre se abrió paso hasta él.

—¡ Buenos días, mi buen Oscar II !—dijo cordialmente, descubriéndose y tendiendo la mano al rey.

El rey pareció contento. Sin duda veía con placer alguien que sabía cómo comportarse.

—¡ Buenos días, amigo mío !—respondió el rey. ¿Quién eres?

El hombre respondió sencillamente.

—Soy el emperador Juan de Portugal.

(1) Evocación del campesino Juan, el viejo demente protagonista de la novela *Clara Aurelia, emperatriz de Portugal*, de la misma autora. (N. del T.)

Digitized by Google

Al declarar sus títulos, hablaba con voz suave y deferente, pues acaso el rey, habituado a ser el primero en el país, no le gustase encontrar otra persona de la misma jerarquía.

La gente que rodeaba al grupo debía pensarlo así también; si no, ¿por qué le habrían tirado del faldón de la levita para alejarlo del rey? Pero éste demostró no estar celoso de la superioridad de aquel hombre, y le hizo señas para dejarlo tranquilo.

—¡Qué feliz encuentro!—dijo, y su voz resonó jubilosa—. ¿Es, pues, a un colega a quien tengo delante de mí?

—Sí; entrambos tenemos que soportar la misma carga—respondió el emperador de Portugal, con voz humilde, de hombre que no piensa hacer ostentación de su título ni vanagloriarse de una categoría más elevada.

—Veo que tienes la verdadera concepción del oficio—dijo el rey—. Los que no lo han probado se imaginan con frecuencia que un rey no tiene más que hacer que estarse sentado en su trono con la corona en la cabeza y el cetro en la mano. ¡Qué ocupen por un día su puesto y verán! Así, pues, la carga resulta pesada hasta para un emperador de Portugal—terminó con un suspiro.

—La carga no ha sido demasiado pesada hasta aquí—respondió el emperador, que no quería, y se comprende, hablar mal de su país—. Nosotros

Digitized by Google

hemos podido conservar la paz; este es, sin contradicción, el bien supremo.

El rey pareció maravillado de la respuesta.

—Tú sabes lo que es gobernar—dijo—. Conservar la paz; este es el principio y el fin del oficio. La paz es para el país lo que la salud para el cuerpo.

El emperador no pudo menos de volverse y de mirar en torno. La multitud, silenciosa, formaba círculo, e, inmóvil, no perdía una palabra de la conversación. ¡Qué lástima no haber traído a Catalina, su mujer! ¡Si al menos hubiese allí algunos de su aldea de Svartsjoe, para verle hablar con el rey! Pero sin abstenerse de mirar a su alrededor, escuchaba atentamente lo que decía el rey y preparaba la respuesta.

—Sí, cierto—concedió—; la paz es una cosa importante; pero no se sabe cuánto tiempo podrá ser conservada; pues el domingo último, al regresar de la iglesia de Svartsjoe, me vi en compañía de dos personas extrañas. Una de ellas era la Guerra; la otra, la Muerte.

Estos raros encuentros los tenía frecuentemente el emperador de Portugal; él no pensaba ni por un instante que se pudiese ver en sus palabras una jactancia; pero, sin duda, no era así, pues de todas partes se trataba de ponerlo atrás, discretamente. El rey había comprendido que para un personaje como su colega de Portugal, tal encuentro no tenía nada

Digitized by Google

de extraordinario. Así, pues, hizo señas a los que le rodeaban de estarse quietos.

—¿Qué dices?—preguntó—. ¿Tú te has paseado con la Guerra y con la Muerte? ¿Cómo eran?

—Se parecían bastante a unos pobres leñadores —respondió el emperador,—pues llevaban gruesas hachas al hombro. Cuando supe quiénes eran, les pregunté, claro está, cuál era el objeto de su paseo. Ellas me respondieron que iban a recoger leña para encender grandes hogueras. Decían que iban de país en país, y que, en cuanto estuviese todo preparado, prenderían fuego al mundo entero.

—No pensarían, creo yo, en levantar piras en nuestro país—dijo el rey, sonriendo siempre.

—Tenían miedo, en efecto, de no realizar sus proyectos aquí—respondió el emperador—; pero contaban con intentar un ensayo en la frontera oeste; pues allí tenían esperanza de hallar las materias para una buena hoguera.

Apenas el emperador hubo hablado de la frontera occidental, el rey se irguió y adoptó un aire grave.

—¡No!—dijo bruscamente, alzando la voz, para dejarse oír por la muchedumbre entera agolpada en la estación de Kil—. No; no lo lograrán. En tanto que yo viva no habrá trabajo para la Guerra ni para la Muerte por aquel lado. ¿Crees tú que querría gobernar a un pueblo al que necesitara gobernar por la fuerza y por la violencia? Ya sé que

Digitized by Google

es difícil salvaguardar la paz; pero antes sacrificaré la corona que desencadenar el fuego y el saqueo sobre ciudades y aldeas apacibles, ver campos pisoteados y hombres mutilados o muertos. Mis dos países han progresado bajo mi reinado—agregó, paseando en torno una extensa mirada serena—. Jamás precipitaré a la ruina lo que he visto prosperar para mi gran ventura.

El rostro del rey estaba como iluminado y su voz tuvo un ligero temblor que demostraba la sinceridad de sus palabras. El emperador no esperaba nada menos. Puso su mano sobre el hombro del rey con gesto apaciguador.

—¡Mi buen Oscar II! ¡Mi buen Oscar II!—dijo.

—¡Que se me ponga a prueba!—agregó el rey con enérgico acento.

A toda la multitud parecieron tan hermosas las palabras del rey, que las lágrimas se asomaron a los ojos; y, repentinamente, hubo alguien que lanzó un ¡hurra! estentóreo.

Entonces la muchedumbre entera repitió la aclamación; los sombreros y los pañuelos se agitaron; el canto estalló; las jóvenes ofrecieron sus flores; nadie estaba ya intimidado; los había confortado el rey.

Mientras el de Suecia era objeto de todas aquellas ovaciones, el emperador de Portugal permaneció inmóvil un momento, mirando con los ojos muy

Digitized by Google

abiertos a su interlocutor. Luego, silencioso, se retiró lentamente entre la multitud.

No estaba descontento en modo alguno de haber conocido a un verdadero rey; pero no por ello parecía menos pobre y pequeño y decaído cuando emprendió el camino de Svartsjoe.

* * *

Muchos habían oído con gozo las palabras del rey en la estación de Kil; pero apenas creyó nadie que era preciso tomarlas al pie de la letra.

Sólo varios años más tarde, viendo el giro de los acontecimientos de Noruega, se recordó aquella conversación y se comprendió que el rey había mantenido su palabra.

Lo que había dicho el emperador de Portugal de los dos compañeros que recogían leña para la gran hoguera de la guerra mundial no era menos cierto; ya lo hemos visto también.

Pero, ¿cuándo vendrá el príncipe de la paz, que no querrá ver sufrir a los hombres, arder los pueblos y devastar los campos? ¿Cuándo vendrá el que sacrificará el brillo y la gloria de la corona para dar la paz al Mundo acongojado?

Digitized by Google

EL ECLIPSE DE SOL

Eran Stina, de la Montaña de los pastizales; Lina de la granja de los Pájaros; Kaisa del Pantanito; Maya, de la Gran Altura; Beda, de las Tinieblas finlandesas; Elin, la joven que habitaba la antigua casa del soldado, y tres o cuatro buenas mujeres más.

Vivían en el más apartado extremo del concejo, al pie de la Gran Altura, en una comarca tan pedregosa y tan poco fértil, que ningún gran propietario del país se había cuidado de apropiarse. La casa de una de ellas estaba edificada en una meseta desnuda de la montaña, en la roca misma; la de otra se alzaba a la orilla de una turbera; una tercera habitaba en lo alto de una colina, tan escarpada, que se cortaba la respiración para subir a ella. Y si, como cosa extraordinaria, una de ellas poseía un terreno menos estéril para el emplazamiento de su cabaña, que la montaña dominaba, era tal que no veía el sol desde la feria de otoño hasta el día de la Anunciación.

Todas habían roturado un trocito de campo, cer-

Digitized by Google

ca de su casa, para las patatas, trabajo que había costado mucho. Claro que allí, como en otras partes, había terreno más o menos graso; pero todas habían sudado para hacerlo fértil. A veces había sido preciso arrancar del trocito cultivado piedras que hubiesen bastado para construir las cuadras de un castillo; otras, había sido necesario excavar pozos tan profundos como sepulturas; una de ellas había tenido que llevar la tierra, saco por saco, y extenderla sobre la montaña pelada, y, en fin, las que tenían una buena tierra, tenían que luchar incansablemente contra las enredaderas y los cardos que parecían crecer con la convicción de que el campo había sido labrado expresamente para ellos.

Todas las mujeres estaban solas durante la jornada, hasta aquéllas que tenían un marido, pues éste trabajaba como jornalero abajo, en las granjas; y los niños, si los había, iban a la escuela. Algunas de ellas eran pobres viejas con hijos mozos, que se fueron a América; las jóvenes tenían niñas, éstos se quedaban en casa pero apenas constituían una sociedad.

Solitarias como estaban, era para ellas una necesidad verse de vez en cuando ante una taza de café. No es que sintiesen unas hacia otras gran simpatía ni que estuviesen siempre de acuerdo; pero, en cambio, les gustaba saber lo que hacían las demás, o se tornaban melancólicas bajo los árboles de la montaña si no veían a nadie; otras experi-

Digitized by Google

mentaban la necesidad de pararse para hablar de la última carta de América, y, por fin, dos o tres eran charlatanas y alegres y suspiraban por la ocasión de hacer uso de aquellos dones preciosos del buen Dios.

No era tampoco difícil organizar una pequeña recepción. Todas ellas poseían un filtro para el café y tazas; se compraba la nata en la posesión del herrero si no se poseía vaca alguna; los pasteles, el coche del lechero podía traerlos; y los tenderos que vendían café y azúcar, no faltaban. Ofrecer una taza de café era la cosa más sencilla del mundo, pero había que hallar la ocasión.

Y todas ellas, Stina, Lina, Kaisa del Pantanito, Beda, Elin y las otras tres o cuatro mujeres estaban de acuerdo en que, razonablemente, no podían reunirse un día laborable. Si se tratase de malgastar el tiempo, que es la cosa más preciosa de todas las que no se recuperan, adquirirían mala reputación.

Estaban igualmente de acuerdo en que no era posible ofrecer el café los domingos ni los días de fiesta. Unas, por aquellos días, tenían al marido y a los niños en casa y no carecían de compañía; otras querían ir a la iglesia o de visita a casa de los parientes, o bien exigían durante todo el día una calma y un silencio de muerte para darse cuenta de que era domingo.

Era, pues, necesario, vigilar para no perder la ocasión que se presentase durante la semana. La

Digitized by Google

mayor parte de ellas elegían para éstas reuniones el día de su santo; también se celebraban los grandes acontecimientos de la vida familiar, como, por ejemplo, cuando al último chiquitín le salía su primer diente o cuando, a fuerza de paciencia, se le veía, al fin, dar sus primeros pasos. Las que recibían cartas de América con dinero, veían en esto una buena razón para invitar a sus vecinas; podía, igualmente, pedirlas que fuesen a ayudar a puntear una manta o a montar un telar.

A pesar de todo, las ocasiones no eran tan numerosas como se hubiese deseado, y un año, una de las pobres mujeres se vió en grave compromiso. Le tocaba su turno para reunir a las demás y no deseaba otra cosa que cumplir con aquel deber; pero por más que reflexionó, no halló causa alguna que tuviese que celebrar.

No podía invitar a nadie por ser su santo, toda vez que se llamaba Beda, y este nombre no figura en el calendario, ni por el santo de nadie de la familia, pues tenía a todos los suyos en el cementerio. Era muy vieja ya; la labrada manta que la cubría duraría hasta el fin de su vida y nunca jamás recibía cartas. Vivía sola con un gato y verdad es que lo quería mucho y también que tomaba café como ella; pero no era cosa de festejar a un gato.

A fuerza de reflexionar y de leer y releer su calendario, debió, al fin, de hallar una buena idea. Recorriólo varias veces desde el principio al fin,

Digitized by Google

desde la cara Real y la Explicación de los Signos y Abreviaturas hasta las Ferias de 1912, y hasta las Reseñas postales. Al llegar a la última línea, comenzó de nuevo, como si hubiese adivinado que era de allí de donde le vendría el auxilio.

Releíalo por sexta vez, cuando sus miradas se detuvieron en el capítulo Eclipses. Supo que en aquel año de mil novecientos doce del nacimiento de Cristo, habría un eclipse de sol el 17 de abril. Este eclipse debía comenzar a las doce y veinte de la tarde y terminar a las dos y cuarenta, abarcando nueve décimas partes del disco solar. Varias veces había leído estos datos sin concederles importancia; pero, de pronto, su mente se iluminó: era la respuesta que buscaba.

No duró mucho esta primera certidumbre y rechazó la idea como demasiado atrevida. ¿No se mofarían de ella las vecinas? Pero durante los días siguientes pensó en ello más y más, y, al fin, resolvió correr los riesgos de la empresa.

Reflexionándolo bien, ¿qué mejor amigo tenía ella en el mundo que el sol? Como su cabaña estaba situada al pie de la montaña, el sol no entraba en ella durante todo el invierno, y ella contaba los días que faltaban hasta su reaparición en primavera. El sol era el único objeto de sus suspiros, el sol era siempre dulce y compasivo; jamás lo hallaba excesivo. Sentíase vieja y era vieja; sus manos temblaban como si tuviese cuartanas siempre. Mirán-

Digitized by Google

dose al espejo se veía pálida y descolorida como una tela que se ha tendido para blanquear. Sólo cuando los rayos del sol caían sobre ella abundantes y cálidos sentíase viva y no un cadaver animado.

Cuanto más lo pensaba más reconocía que no había en todo el año día que desease celebrar como aquel en que su amigo el sol, tras una áspera lucha con las tinieblas y una deslumbrante victoria, continuaría su curso con nuevo esplendor y con potencia nueva.

No se estaba lejos del 17 de abril, pero le sobraba tiempo para preparar su fiesta. Llegado el día del Eclipse, halláronse reunidas Stina, Lina, Kaisa del Pantanito, Maya y las demás, en casa de Beda, en su casita de las Tinieblas finlandesas.

Tomaron la primera taza de café, luego la segunda, después la tercera, charlaron de unas cosas y de otras, y acabaron por comprobar que ignoraban aún en honor de qué o de quién las había invitado Beda.

Mientras tanto, el eclipse se verificaba sin que ellas prestasen al fenómeno gran atención. Un breve instante el eclipse llegó a su período máximo; el cielo se tornó gris pizarroso; toda la Naturaleza parecía cubierta de cenizas, levantóse un viento frío, silbando con ruido de trompetas del Juicio final y de gemidos de fin del Mundo. Entonces ellas se sintieron incómodas, pero una suprema taza de café

Digitized by Google

suplementaria logró rápidamente devolverles su aplomo.

Cuando todo se hubo terminado y el sol salió victorioso de la lucha, reinó de nuevo el cielo, tan brillante y tan alegre, que nunca se le había visto tanto brillo y tanta potencia durante todo el invierno. La vieja Beda se aproximó con las manos juntas a la ventana. Sus ojos recorrieron la parte soleada ante su casa y entonó el cántico: «Tu hermoso sol se eleva aún; yo te bendigo, Dios mío. Con fuerza y valor y esperanza renovados, elevo mi voz gozosa».

Manteníase delgada y diáfana, ante la ventana. Mientras cantaba, los rayos del sol flotaban alrededor de ella, como deseoso de infundirle un poco de su vida, de su calor, de su fuerza.

Cuando terminó el versículo se volvió hacia sus invitadas y dijo como disculpándose:

—Amigas mías: yo no tengo mejor amigo que el sol y por eso he querido preparar esta pequeña fiesta el día del eclipse. Quise que estuviésemos reunidas para recibirlo cuando saliese de sus tinieblas.

Todas comprendieron lo que la vieja quería decir, y, un poco emocionadas, comenzaron a alabar al sol, que era tan bueno para los pobres como para los ricos; que, en invierno, cuando entraba en las casas, producía tanto bien como una llamarada; y, que, en cuanto brillaba, hacía amable la vida, cuales-

Digitized by Google

quiera que fuesen las penas que hubiese que soportar.

Al regresar cada una de ellas a sus sendas casas, todas iban risueñas y gozosas. Sentíanse más ricas, más en seguridad, desde que habían comprendido qué amigo tan bueno y tan fiel tenían en el sol.

* * *

Como se trataba de un gran eclipse, ya que nueve décimas partes del disco solar quedaban obscurecidas, el fenómeno llamó mucho la atención en todas partes donde fué visible. Los sabios se habían movilizado con sus instrumentos para medir y calcular. Las gentes vulgares preparaban cristales ahumados y anteojos para contemplarlo a su gusto. Los alumnos de las escuelas obtuvieron permiso para desertar las clases, y poder admirar el espectáculo. Los periódicos llenaron sus columnas con la descripción del cielo, que cambiaba de color : de los pájaros, que dejaban de cantar, y de la obscuridad invasora que había reinado.

Pero por grande que fuese el caso que se hiciera del eclipse, creo que nadie tuvo la idea de celebrar con una fiesta la victoria del sol, salvo la anciana Beda, de las Tinieblas finlandesas.

Digitized by Google

LA PRINCESA DE BABILONIA

Noche obscura de invierno ; en la chocita de Skrolycka. Catalina hila en el torno, y el gato, acurrucado sobre sus rodillas, ronronea. El marido, Juan Anderson, se calienta la espalda en el hogar. Ha trabajado como leñador todo el día en el bosque de Erik, en Falla. No se podía, equitativamente, pedirle que se pusiese a trabajar a su regreso. La misma Catalina hallaba natural que se distrajese con su hijita, que aquel invierno entraba en los cinco años.

Catalina, sumida en sus pensamientos, oía sin atención la charla de su marido y de su hija. En general, los vigilaba, porque no quería que Juan dijese a la pequeña que era linda, inteligente y maravillosa, como con enfadosa frecuencia acostumbraba a hacerlo. Pues si Clara Aurelia, desde la infancia, comenzaba a creérselo, Catalina sabía muy bien que jamás llegaría a ser una mujer como Dios manda.

Juan era incorregible. ¿Qué no inventaría para levantar de cascos a la pequeña? Pero aquella noche Catalina se tranquilizó, pues él se preparaba a contar a la pequeña historias de la Biblia. Había comenza-

Digitized by Google

do por la creación del Mundo y había llegado al pasaje de la torre de Babel. Podía, pues, esperarse que no dijese tonterías.

—Los hombres llevaron argamasa, apagaron la cal, prepararon ladrillos y alzaron andamiajes; y la torre crecía todos los días más y más. Bien sabían ellos que su obra no era grata a Dios, pero no hacían caso, pues se les había puesto en la cabeza escalar el cielo para ver cómo estaba hecho.

—¡Escuchadme, buenas gentes!—dijo el buen Dios—. Os aviso por última vez: si no cesáis en vuestro trabajo, me veré obligado a precipitar sobre vosotros una gran desgracia. Y esta será tal, que la padeceréis siempre, pues no habrá remedio para ella.

Pero las gentes pensaban que el Señor sería indulgente como de ordinario. Así, pues, continuaron trabajando, como si nada. Y la torre se alzaba cada día más alta.

Entonces, el buen Dios confundió las lenguas. Hasta aquel momento todos habían hablado del mismo modo; pero, de pronto, no se entendieron ya. El maestro albañil, queriendo decir «¡Dadme mezcla!», decía, «¡Colví colvá!». Y cuando los peones le preguntaban qué quería, decían, «¿Erbí, derbí, mirbí, marbé?». Los maestros, furiosos, creían que los peones se burlaban de ellos y los reñían severamente; pero en lugar de decirles: «Hablad de modo que se os entienda!», decían: «¡Ullen dullen dorf!». Los peones, estupefactos y paralizados, no supieron

Digitized by Google

articular más que «¡ Abracadabra !». Y así sucesivamente. Total, que, enredándose las cosas, se enfadaron tanto, que acabaron por llegar a las manos.

Desde aquel día, la amistad entre los hombres no existió ya ; y no pensaron más en la torre ; sino que se dispersaron cada uno por su lado.

Al llegar a esta parte de su relato, Juan dirigió una mirada a Catalina. El torno se había parado y la mujer y el gato parecían dormir. Juan prosiguió su historia, pero bajando un poco la voz :

—«Entre las gentes que habían trabajado o hecho trabajar en la edificación de la torre, había también un rey y una reina que tenían una princesita. Y hete aquí que, de pronto, la nenita se puso a hablar de un modo tan chusco, que nadie la comprendía una palabra de lo que decía. El rey y la reina no la quisieron ya en el castillo, y la expulsaron. Y la princesita se fué sola mundo adelante.

»Sentíase muy desgraciada y muy inquieta. Tenía miedo de encontrarse con los osos o con los lobos, que la habrían devorado viva si la hubiesen descubierto.

»Pero era tan pequeñita y tan graciosa era, que nadie le hizo el menor daño. Por lo contrario : todos cuantos la encontraban se acercaban a ella, le tendían la mano y le preguntaban adónde iba. Sólo que no podían entender lo que ella contestaba, y seguían su camino sin cuidarse más de ella.

»Chiquita y bonita, no tenía más que presentarse

Digitized by Google

ante los castillos para que sus puertas se le abriesen de par en par. Pero en todas partes ocurría lo mismo : apenas abría la boca perdían su interés por ella a causa de aquella rara lengua que hablaba.

»En fin, después de haber pasado por todos los reinos, muy tarde ya, llegó una noche a un gran bosque, y cuando lo hubo cruzado se encontró ante una chocita tan baja, que apenas pudo permanecer de pie bajo el dintel de la puerta.

»No obstante, entró y dijo : ¡ Buenas noches !

»En la casa, ante la chimenea, la mujer hilaba la lana y el marido se calentaba al fuego. Cuando vieron llegar a la princesita, ellos dijeron también : ¡ Buenas noches !

»La princesita se sintió dichosa al oír que, en aquella casa, se hablaba como ella ; pero, prudente, no les contó en seguida su historia.

»—¿ Cómo se llama esta casa ?—dijo para probar.

»—Se llama Skrolycka—respondieron sus moradores.

»Ella vió, que la entendían bien.

»Se volvía loca de alegría, pero quiso cerciorarse una vez más.

»—¿ Cómo se llama la lengua que habláis en esta casa ?—preguntó.

»—¡ Pues la lengua del Vermland !—respondieron el marido y la mujer.

»Entonces la princesita se acercó a ellos y les ro-

Digitized by Google

gó que la dejasen permanecer allí, pues, por fin, había hallado el único lugar en que la comprendían.

»Pero cuando entró en el círculo de claridad del fuego, las gentes de la casa vieron que era una princesita extraviada y le dijeron que se equivocaba de casa. La lengua del Vermland se hablaba en todo el país; podía, pues, escoger donde instalarse. La princesita no quiso oír nada. No—dijo—; ya veo que no me he equivocado. Es aquí donde quiero quedarme, pues aquí podré ser útil y causar alegría.»

La pequeña Clara Aurelia había permanecido inmóvil sobre las rodillas de su padre durante todo el relato, escuchándolo con los ojos llenos de asombro. Cuando Juan hubo terminado guardó aún silencio un momento, después volvió la cabeza y se puso a mirar a su alrededor, como si viese la casa por primera vez.

—Bien—dijo al fin, tras un momento de reflexión—; por ahora esto continuará así; pero cuando yo sea mayor, me volveré allá de donde he venido.

El rostro de Juan se demudó; y, para colmo de desgracias, Catalina, que se había despertado, había oído el final de la conversación.

—¡Te está bien empleado!—dijo a su marido—. ¡He aquí lo que tiene el hacer creer a esta pequeña que es tan extraordinaria!

Digitized by Google

LA LEYENDA DE SANTA LUCÍA

Cientos de años ha vivía al sur del Vermland una vieja dama rica y avara, llamada Rangela. Poseía un castillo—o mejor dicho, una granja fortificada—, situada sobre un promontorio, en la orilla de un golfo largo y estrecho por el que el Vener penetraba profundamente en las tierras. Llegábase allá por un puente levadizo. Doña Rangela sostenía en él guardianes que bajaban el puente cuando los viajeros accedían a pagar los derechos de peaje que ella exigía. Los que, a causa de su pobreza, o por cualquier otra razón, se negaban a pagar, veíanse obligados—pues no existía vado alguno—a dar un rodeo de varias leguas para doblar el golfo.

Aquel paraje arbitrario excitaba la cólera y la ira contra doña Rangela; es probable que los ásperos campesinos, sus vecinos, la hubieen obligado a conceder el libre paso, si ella no tuviese un poderoso amigo y protector en la persona de sir Eskil de Boertsholm, cuyo señorío lindaba con el de doña Rangela. Este sir Eskil habitaba un verdadero castillo ceñido de fortificaciones y de torreones; era tan rico

Digitized by Google

que reunidas sus tierras habrían constituído una provincia. Cabalgaba escoltado por medio centenar de mozos armados y era uno de los consejeros íntimos del rey. Sir Eskil no era sólo un amigo de doña Rangela; ésta había sabido atraérselo con lazos de alianza, haciendo que se casase con su hija. Así se comprende que nadie osase oponerse a los hechos y dichos de la dama codiciosa y rapaz.

Años y años continuó doña Rangela desollando a los viajeros hasta que ocurrió un suceso que le causó gran inquietud. Su hija murió repentinamente. Doña Rangela comprendió que un hombre como Eskil, solo, con ocho hijos de tierna edad, y al frente de una casa comparable a la de un reyezuelo, no tardaría mucho en contraer nuevas nupcias, mucho más no siendo viejo. Si la nueva mujer era hostil a doña Rangela, ésta podía tener muchos disgustos. En realidad, era casi más necesario llevarse bien con la noble señora de Boertsholm que con sir Eskil, pues, éste, ausente con frecuencia, ocupado siempre con tantos negocios importantes, dejaba necesariamente a su mujer el cuidado de la casa, y aun del señorío entero.

Después de meditar largamente, doña Rangela se dirigió un día—poco después del entierro—a Boertsholm. Halló a sir Eskil en su gabinete, y encaminó la conversación a hablar de los huérfanos que era preciso criar; de la numerosa servidumbre que exigía quién la vigilase; de los grandes banquetes a

Digitized by Google

los que sir Eskil no vacilaba en invitar a reyes y a príncipes; del producto de las tierras, de rebaños, de cacerías, de abejas, de plantíos, de pescas, de cosechas que había que asilar y saber conservar y utilizar, en suma: de todo cuanto constituye la ocupación de la dueña de una casa. Pintó un sombrío cuadro de las dificultades de que iba a verse rodeado como consecuencia del fallecimiento de su mujer.

Sir Eskil escuchaba con el respeto debido a una suegra; pero no sin cierta inquietud. Aquel discurso ¿no preludiaría la proposición de ir ella misma a instalarse en Boertsholm como ama de gobierno? No podía él ocultar que aquella vieja con sotabarba y perfil de milano, con su voz ruda y sus rústicos modales, sería una compañía muy poco agradable.

—¡Mi querido sir Eskil!—continuó doña Rangela, que no dejaba de dudar del efecto producido y de las aprensiones de su interlocutor—. No ignoro que se le ofrecerán a usted ocasiones de matrimonios soberbios; pero también sé que tiene usted bastante fortuna para mirar más por la felicidad de sus hijos que por dotes y herencias. He venido para proponerle la elección, como reemplazante de mi hija, a una joven sobrina carnal mía.

El rostro de sir Eskil se iluminó visiblemente al oír que era una joven parienta la que le proponían. Viendo la buena impresión producida por sus palabras, doña Rangela precisó su idea y trató de convencerle de que nada mejor podría hacer que casarse

Digitized by Google

con Lucía, la hija de su hermano, el bailío Sten Folkesson, la cual cumpliría dieciocho años para el invierno, el día de Santa Lucía. Estaba educada por las piadosas damas religiosas del convento de Riseberga y había aprendido no sólo las buenas costumbres y una severa piedad, sino, también, a fuerza de participar de las ocupaciones domésticas del convento, los medios de regentar y dirigir una casa de gran importancia. «Si su juventud y su pobreza no son obstáculos a los ojos de usted, sir Eskil, yo le aconsejaría que la eligiese—terminó doña Rangela—. Yo sé que a mi difunta hija le agradaría confiarle el cuidado de sus hijos. No tendría necesidad de levantarse de su tumba para vigilar sus pequeños, como la señora Dyrit de Orehus, si usted les diese por madrastra a su prima Lucía.»

Sir Eskil, que apenas tenía tiempo para ocuparse de sus propios asuntos, se sintió lleno de profunda gratitud hacia doña Rangela, que tan buen arreglo le proponía. Pidió un par de semanas para reflexionar; pero a la mañana siguiente ya dió plenos poderes a doña Rangela para entablar las negociaciones en su nombre. En cuanto lo permitieron las conveniencias, el ajuar y los preparativos para el matrimonio, celebróse la boda, de suerte que la joven esposa hizo su entrada en Boertsholm a fines del invierno, al poco tiempo, por tanto, de haber cumplido sus dieciocho años.

Suponiendo la gratitud que su sobrina le debía

Digitized by Google

por haberle hallado una situación tan considerable, doña Rangela llegó a creer que hasta tenía más seguridad que en los tiempos en que su propia hija era la dueña de Boerstholm. En su alegría aumentó el derecho de peaje y prohibió severamente a los habitantes de la ribera hacer cruzar el golfo en barcos a los viajeros que se presentasen.

Pues bien; un hermoso día de primavera, poco tiempo después de la llegada de la joven Lucía a Boertsholm, ocurrió que una procesión de peregrinos enfermos, camino de la fuente de la Santísima Trinidad de Soetra, en Vestmanland, demandó el paso libre por el puente. Los pobres, que iban a recobrar la salud, estaban acostumbrados a que los habitantes de todos los países hiciesen todo lo posible para facilitarles su viaje; y ciertamente, más veces les sucedía recibir dinero que tener que gastarlo. Pero los guardas del puente tenían órdenes severas y formales: no debían mostrar la menor indulgencia, sobre todo, con aquella especie de viajeros que doña Rangela sospechaba que estaban menos enfermos de lo que aparentaban en su deseo de recorrer el país y de no hacer nada.

Cuando los peregrinos vieron que se les negaba el paso, prorrumpieron en lamentaciones. Los pobres enfermos mostraban sus miembros tullidos y atrofiados y preguntaban si era posible que se quisiera prolongar su suplicio con todo un día de camino suplementario. Los ciegos se arrodillaban a los pies de los

Digitized by Google

guardas, tratando de besarles las manos, mientras los parientes y amigos que los acompañaban vaciaban sus sacos y sus bolsas ante los soldados y les mostraban que no tenían dinero.

Los guardianes, no obstante, continuaron inexorables y la desesperación de los peregrinos no tenía límites, cuando, por ventura, la joven dama de Boerstholm se aproximó en barca con sus hijastros. En cuanto se acercó y supo la causa de aquel desorden, exclamó:

—¡Pero si esto es la cosa más fácil de arreglar del mundo! Los niños desembarcan para visitar a su abuela, doña Rangela, y, mientras tanto, yo haré pasar los peregrinos en mi barca.

Los niños, lo mismo que los guardias, que conocían la aspereza de la señora cuando se trataba del peaje, trataron por medio de signos y de guiños de disuadir a la joven de su intento, pero ésta no notó nada o aparentó no observarlo. Desde su más tierna infancia había amado y venerado a la virgen siciliana Santa Lucía, su patrona, y la llevaba siempre en su corazón como ejemplo que imitar. En recompensa, la santa había infundido en todo su ser el calor y la luz, asi es que su exterior se veía de una transparencia y de una delicadeza tales que casi se temía empañarla tocándola.

Con numerosas y dulces palabras, hizo que los peregrinos cruzaran el estrecho, y, desembarcado al fin el último enfermo, los despidió, siendo colmada

Digitized by Google

de bendiciones. Si éstas hubiesen pesado tanto como preciosas eran, su embarcación se habría hundido antes de llegar a la orilla.

Bendiciones y buenos augurios, pronto tuvo gran necesidad de ellos, pues, desde aquel momento, su tía doña Rangela comenzó a sospechar que se había equivocado grandemente respecto a lo que había de esperar de la joven, y a lamentar haberla hecho esposa de sir Eskil. Ella, que con tanta facilidad había elevado tan alta a la joven parienta pobre, adoptó la resolución de arrancarla de su preeminente situación antes de que pudiese dañarla más.

Para lograr sus fines, ocultó cuidadosamente sus malvados designios y la visitó con frecuencia en Boertsholm. Primero trató de sembrar la discordia entre las gentes de la casa y su joven señora; pero, con gran asombro, vió que había fracasado. O la joven Lucía conocía el arte difícil de gobernar bien, o, mejor y principalmente, tanto los criados como los niños se habían dado cuenta de que la nueva señora gozaba de un poderoso apoyo celestial, presto siempre a castigar a sus adversarios y a favorecer a quienes la servían fielmente y de buen grado.

Viendo que no obtenía nada de este modo, doña Rangela resolvió asaltar a sir Eskil mismo. Por desgracia raramente estaba en casa aquel verano, retenido con el rey por largas y delicadas deliberaciones. Si alguna vez iba a pasar dos o tres días a Boertsholm, repartía su tiempo entre sus intendentes

Digitized by Google

y guardas jurados. Sólo prestaba una ligera atención a la gente femenina del castillo; y, cuando doña Rangela llegaba, con frecuencia dejaba él de presentarse, negándole así toda ocasión de poder conversar de silla a silla.

Un hermoso día de estío, cuando sir Eskil deliberaba con su caballerizo mayor, violentos gritos interrumpieron su conversación.

Salieron y sir Eskil se encontró con su suegra a caballo, frente a la puerta del castillo, ululando como un buho.

—¡Son sus pobres hijos de usted, sir Eskil—exclamaba—, que están en gran peligro en el lago! Han ido embarcados a visitarme esta mañana; pero creo que la barca ha hecho agua al regresar. Acabo de darme cuenta de ello y he venido a avisarle a rienda suelta. Verdaderamente, aunque se trate de la hija de mi propio hermano, su mujer de usted no debió dejar salir solos a los niños en una embarcación tan mala. ¡Esto no es propio de una madre: sino de una madrasta!...

Sir Eskil preguntó rápidamente hacía qué lado estaban los niños y luego, seguido de su caballerizo, se precipitó hacia el embarcadero.

A los pocos pasos vieron a doña Lucía, en medio del grupo de los niños, que subían la pronunciada cuesta que iba desde el lago hasta Boertsholm.

La joven, por tener mucho que hacer, no había acompañado aquel día a los niños. Pero cual si hu-

Digitized by Google

biese recibido un aviso de la potencia celeste que velaba por ella, salió bruscamente a dar un vistazo por el lago. Vió a los niños, que agitaban los brazos pidiendo socorro, y, sin tardar, saltó a su propia barquita y llegó a tiempo de salvarlos cuando su embarcación se iba ya a pique.

Al subir la cuesta, rodeada de los niños, doña Lucía estaba tan absorta preguntándoles para saber cómo había ocurrido el accidente, y los niños tanto en referir su aventura, que no vieron a sir Eskil, que iba a su encuentro. Sorprendido por la alusión de doña Rangela a una «cosa de madrastra», hizo señas al caballerizo para ocultarse tras un macizo de rosales silvestres que, soberbios y lujuriantes, cubrían casi toda la montaña en que estaba situado Boertsholm.

El oyó entonces a los niños referir a doña Lucía que había ido por la mañana en una buena barca y que durante su visita, aquella barca había sido, sin duda, cambiada por otra parecida, pero que estaba medio podrida. No se dieron cuenta de la substitución hasta hallarse en medio del lago, cuando el agua entraba por todas partes. Y añadieron que seguramente habrían perecido si su madre no se hubiese dado cuenta del peligro que corrían.

¿Tuvo doña Lucía la intuición de lo que significaba el cambio de la barca? Lo cierto es que se detuvo en la mitad de la cuesta, pálida como una muerta, con los ojos arrasados en lágrimas y las manos cruzadas sobre su corazón. Los niños se agrupa-

Digitized by Google

ron en torno de ella para consolarla; no había por qué llorar, puesto que no habían recibido mal alguno. Pero ella continuó blanca y sin fuerzas.

Entonces los dos hijos mayores, dos vigorosos adolescentes, de catorce y de quince años, se dieron las manos para formar la sillita de la reina y la subieron hasta lo alto de la cuneta, mientras los seis restantes los seguían cantando y aplaudiendo.

Mientras el breve cortejo se dirigía a Boertsholm entre los setos de escaramujos en flor, sir Eskil permaneció inmóvil sumido en sus reflexiones, contemplando a su mujer y a sus hijos. La joven le había parecido dulce y singularmente deslumbradora cuando pasó ante él conducida por los dos muchachos. Acaso había deseado que su edad y su dignidad le hubiesen permitido tomarla en sus brazos y llevarla él mismo a su castillo. Acaso pensó en la mezquina dicha y en la amplia cosecha de disgustos y de trabajos que recogía al servicio de los soberanos, siendo así que la paz y la alegría lo esperaban en su propio hogar. Aquel día, al menos no se encerró en su gabinete; sino que permaneció entre los suyos hablando con su mujer y viendo jugar a los niños.

Doña Rangela lo observó con gran desagrado y se apresuró a salir de Boertsholm tan pronto como lo permitieron las conveniencias sociales. Pero como nadie se atrevía seriamente a suponer que había arriesgado la vida de sus nietecitos para desacreditar

Digitized by Google

a doña Lucía a los ojos de su esposo, las amistosas relaciones entre ambas no se turbaron y doña Rangela pudo continuar urdiendo sus planes contra la joven.

Durante largo tiempo pareció que la vieja se quedaría con las ganas, pues la bondad de doña Lucía y su irreprochable conducta, unidas a la protección de su celestial patrona, la hacían invulnerable. Pero, ya en otoño, doña Rangela tuvo la satisfacción de ver que su sobrina se lanzaba a una empresa que no podía menos de desagradar a sir Eskil.

Aquel año la cosecha había sido tan hermosa en Boertsholm que sobrepasaba con mucho, no sólo a la del año anterior, sino a la de todos los precedentes por muy atrás que se mirase. La caza y la pesca habían, igualmente, dado el doble que de ordinario. Las colmenas abundaron en miel y en cera; las plantas en fruto, las vacas jamás habían dado tanta leche; la lana de los carneros crecía compacta y larga como hierba; los cerdos engordaban hasta no poder moverse... Todos los habitantes del castillo se daban cuenta de aquella bendición del cielo y estaban persuadidos de que descendía sobre el señorío a causa de la piedad de doña Lucía.

Pues bien. Mientras en Boertsholm se trabajaba sin descanso, asilando y utilizando las riquezas del año, veíase aparecer todos los días desventurados, llegados de la orilla Este y Nordeste del gran lago

Digitized by Google

de Verner. Entre lágrimas y lamentaciones, contaban que la comarca de que procedían había sido saqueada y devastada por un ejército enemigo que había atravesado el país incendiando, robando y degollando. Los guerreros habían llevado su maldad hasta el extremo de pegar fuego al trigo maduro que esperaba ya la hoz y se habían llevado todo el ganado. Los pobres habitantes que habían escapado con vida, veían llegar el invierno sin sustento y sin abrigo. Unos recorrían los países vecinos mendigando; otros se ocultaban en el fondo de los bosques y otros vagaban por entre las ruinas de sus pobres granjas sin poder trabajar; pero sintiéndose incapaces de apartarse de aquel triste pedazo de tierra y de escombros que había sido su hogar.

Doña Lucía, ante el relato de todas aquellas miserias, sufría al ver las provisiones de toda clase que se amontonaban en Boertsholm. La idea de los desventurados que morían de hambre a la otra parte del lago, acabó por obsesionarla hasta el punto de no poder, sin remordimientos, acercar a sus labios un solo bocado de alimento.

Y todos los días se acordaba de las historias que había oído leer en el convento y que hablaban de santos y de santas que se habían privado de lo necesario para acudir en auxilio de los pobres. Sobre todo, el recuerdo de su propia patrona, santa Lucía de Siracusa, no la abandonaba: Santa Lucía, llena de misericordia hacia un joven pagano que la ama-

Digitized by Google

ba por sus hermosos ojos, los arrancó de sus órbitas y se los ofreció sangrantes y extintos a fin de curar su amor por ella, virgen cristiana que no podía pertenecerle jamás. La joven sufría profundamente con aquellos recuerdos, y se despreciaba al oír hablar de tantas miserias sin hacer nada para consolarlas.

Mientras hilvanaba estos pensamientos, llegó un emisario de sir Eskil diciendo que, obligado a realizar un viaje a Noruega por orden del rey, no regresaría a Boertsholm hasta Navidad. Entonces llegaría no sólo con su pequeño ejército de sesenta jinetes, sino con una runfla de amigos y de parientes. Doña Lucía debía preparar bellas y largas fiestas y numerosos banquetes.

El mismo día en que ésta supo que su marido no regresaría durante el otoño, se dispuso a aligerar la inquietud que la abrumaba. Dió orden a sus gentes de llevar a la orilla todas las provisiones de víveres preparados ya para el invierno, y, al punto, fueron cargados en los barcos y balsas de Boertsholm.

Vaciadas las despensas y bodega, doña Lucía se embarcó con los niños y sus gentes en un navío armado, dejando en Boertsholm solamente algunos viejos guardas, y partió al compás de los remos para cruzar el gran lago que se extendía ante ella sin orillas, como un mar.

Acerca de esta expedición de doña Lucía, abundan los datos y las leyendas. Se ha dicho que la parte de la provincia que el enemigo había de-

Digitized by Google

vastado más estaba a la llegada de doña Lucía casi abandonada por sus habitantes. La joven ordenó a sus remeros ir costeando lentamente para espiar cualquier signo de vida. Descorazonada tuvo que reconocer que en parte alguna se veía elevarse al cielo la menor columna de humo; no se oía cantar a ningún gallo; no mugía ninguna vaca.

No obstante, un viejo sacerdote, llamado Kolbiorn, vivía no lejos del lago. No había querido seguir a sus feligreses en su fuga, dejando sus hogares en ruinas, pues su casa, lo mismo que la iglesia, estaba llena de heridos. Las privaciones y las vigilias lo habían extenuado de tal modo que sentía acercarse la muerte. Y un día, uno de esos obscuros días de otoño en que densas nubes se arrastraban muy bajas sobre el lago, en que el agua rodaba en negras olas y en que la tristeza de la naturaleza acentuaba la sensación de desesperanza y de miseria, el pobre cura, demasiado débil hasta para celebrar una misa, se asió con sus postreras fuerzas a la cuerda de su campana para implorar la bendición divina sobre sus moribundos. Y ¡milagro! Apenas hubieron cesado las notas, cuando apareció una flotilla de barcas y de balsas dirigiéndose hacia la orilla.

De una de las naves descendió una hermosa joven en cuyo rostro se transparentaba la luz. Ante ella marchaban ocho nobles infantes e iba seguida de un cortejo de criados llevando víveres de todas

Digitized by Google

clases: terneros y corderos hervidos, largos varales en los que se enhebraban roscas de pan, barriles de cerveza y sacos de harina. El socorro parecía milagroso.

No lejos de la iglesia de sir Kolbiorn, en un estrecho istmo llamado Saxudde, había habido desde tiempo inmemorial una granja de campesinos. Había sido saqueada e incendiada; pero el propietario, un anciano de setenta años, estaba tan encariñado con su vieja casa que se había negado a abandonar el terreno abrasado. Su mujer, con su nieto y una nieta, se quedó junto a él. Se habían alimentado de la pesca; pero una noche la tempestad se había llevado y destruído las redes. Desde aquel momento, sentados ante los escombros de su hogar, esperaban la muerte. Tendido entre ellos, su perro perecía lentamente. El campesino quiso alejarlo para que emplease sus últimas fuerzas en la busca de su propia comida. Al golpe recibido, lanzó un alarido y escapó. Pero toda la noche continuó corriendo en torno a la granja, aullando a la muerte. Oíasele a lo lejos, en el lago, hasta el amanecer, y doña Lucía acudió a remediar aquella desventura.

Más lejos, en las praderas, se alzaba una casita rodeada de altos muros. Estaba habitada por algunas santas mujeres que habían hecho voto a Dios de no salir jamás de ella. Los soldados habían tenido cierta consideración con aquellas piadosas hermanas: no les habían causado ningún daño ni a

Digitized by Google

ellas ni a su casa; pero les habían robado todas sus provisiones de invierno y todos sus animales, excepto las palomas. Las pobres mujeres habían matado y se habían comido las aves, una tras otra. Sólo les quedaba una, una paloma blanca muy mansa a la que querían mucho. No queriendo comérsela le dieron libertad. La paloma, al pronto, partió como una flecha hacia el cielo; pero volvió en seguida a posarse sobre la techumbre de la casa. Remando a lo largo de la orilla, doña Lucía divisó la paloma y comprendió que allí donde vivía debía de haber gente. Desembarcó y distribuyó a aquellas santas mujeres los víveres que necesitaban para pasar el invierno.

Más lejos, hacia el sur, había un pueblecito; pero había sido completamente arrasado. Sólo quedaban los puentes y los muelles de estacas donde antes abordaban los barcos. Bajo los puentes, un hombre conocido por Larse, el mercader, se había refugiado con su esposa—quien mientras el tumulto del combate rugía sobre ellos, dió a luz un niño—. Demasiado enferma después de su parto para huir, tuvo que quedarse allí y el marido no quiso abandonarla a pesar de sus reproches. Su miseria era grandísima, y, una noche, desesperada, la mujer resolvió ahogarse con su hijo, pensando que así su marido podría huir y salvar su vida. Pero el niño lloró al contacto del agua y el marido, despertándose, logró sacarlos del lago. El niño, asustado, no cesó

Digitized by Google

de llorar durante toda la noche. Los gritos, llevados por el agua, guiaron a los salvadores que, espiando y escuchando, exploraban la orilla.

Mientras les quedaron víveres para distribuir, doña Lucía continuó costeando el lago de Verner y nunca su corazón había estado más ligero ni más alegre que durante aquel viaje. Así como no hay mayor suplicio que permanecer como espectador inactivo ante las grandes desventuras de otro, un dulce sentimiento de quietud y un vivo bienestar son la recompensa de quienes se esfuerzan, por poco que sea, en consolarlos. La misma alegría, sin ningún mal presentimiento, la animaba aún cuando, la víspera de Santa Lucía por la noche, regresó a Boertsholm. Al cenar—sólo pan y unos vasos de leche—, habló con sus compañeros de viaje de la hermosa expedición que habían realizado, y todos estaban de acuerdo para declarar que jamás habían vivido días más bellos.

—Pero ahora nos esperan días de gran trabajo —continuó ella—. Mañana no nos es posible celebrar el día de Santa Lucía con fiesta y banquetes como otros años. Tenemos que batir la cerveza, matar animales y cocer pan con el fin de terminar nuestros preparativos de Navidad para recibir bien a sir Eskil.

La joven hablaba sin la menor inquietud: sabía que las cuadras y rediles, que los hórreos y almacenes rebosaban riquezas de toda especie, aunque

Digitized by Google

nada estuviese dispuesto para servir de alimento a los hombres.

Por feliz que hubiese sido el viaje, todos, no obstante, se caían de fatiga, y se acostaron temprano. Apenas doña Lucía hubo cerrado los ojos, la despertó un gran estrépito. Oíase entrechocar de armas, cascos de caballos en el puente levadizo tendido precipitadamente y voces que llamaban. Luego, la gran puerta del castillo rechinó sobre sus goznes y precipitados pasos resonaron contra las losas del patio. Doña Lucía comprendió que sir Eskil estaba de regreso con sus caballeros.

Saltó precipitadamente del lecho para ir a su encuentro. Vistióse presurosa y llegó a la escalera para bajar al patio; pero no tuvo tiempo; porque sir Eskil había subido ya la mitad de los escalones.

Precedíalo un hombre con una antorcha, y a la inquieta claridad de la llama, doña Lucía creyó ver que el rostro de su esposo estaba alterado por violenta cólera. Durante un segundo esperó ella que fuesen la rojiza luz y el humo de los blandones los que hacían sus rasgos tan sombríos y tan siniestros; pero por el aspecto asustado y los ojos bajos de los niños y de los servidores, que se apartaban a su paso, reconoció que su marido estaba encolerizado, dispuesto a pronunciar arrestos y distribuir castigos.

Mientras desde lo alto del descansillo doña Lucía lo veía subir, él levantó los ojos y la vió a

Digitized by Google

su vez. Con creciente ansiedad comprobó la dama que el rostro de su esposo se contraía con una forzada sonrisa.

—Sin duda vienes para ofrecerme una cena de bienvenida—dijo él, sonriendo burlón—. Esta vez te has molestado en vano, pues mis hombres y yo hemos cenado en casa de tu parienta doña Rangela. Pero mañana—agregó, y la cólera lo dominó de tal modo, que dejó caer violentamente su puño sobre la balaustrada de la escalera—, mañana esperamos que, en honor de tu patrona Santa Lucía, nos ofrezcas una cena digna de la casa. Igualmente te ruego que no olvides hacerme servir mi bebida matinal antes de que cante el primer gallo.

La joven esposa no pudo pronunciar una palabra. Como el verano pasado, cuando por el relato de los niños comprendió que doña Rangela la odiaba a muerte y conspiraba contra ella, permaneció con las manos apretadas contra su corazón y con los ojos arrasados de lágrimas. No podía menos de ver que doña Rangela había llamado a sir Eskil y que lo había azuzado contra ella refiriéndole de qué modo, durante su ausencia, había cuidado de sus bienes.

Entre tanto, sir Eskil dió aún un paso o dos por la escalera. Sin apiadarse de la inquietud de su mujer, irguióse ante ella y añadió con voz espantosa:

—¡Por la cruz de Nuestro Señor, Lucía, ten pre-

Digitized by Google

sente que si el almuerzo no es de mi agrado te dolerá toda la vida!

Después colocó pesadamente su mano sobre el hombro de su joven esposa y la empujó ante él hacia el dormitorio.

Durante el trayecto, parecióle a doña Lucía que, repentinamente, comprendía algo en lo que no había parado atención. Comprendió que había obrado mal procediendo por sí y ante sí y que sir Eskil podría tener razón enfadándose con ella. ¿No había dispuesto sin su consentimiento de sus bienes? Por ello trató, cuando se quedaron solos, de pedirle perdón por aquel acto irreflexivo debido a su juventud; pero él no la dejó hablar.

—Acuéstate—dijo—, y no pienses levantarte antes de la hora acostumbrada. Si mañana no de es de mi gusto el modo con que nos trates a mí y a mis hombres, ciertamente necesitarás todas tus fuerzas para el camino que tendrás que recorrer.

Aterrorizada la joven esposa no se atrevió a insistir, y no es extraño que no cerrase los ojos en toda la noche, dando vueltas en su espíritu a las palabras de su marido y a las amenazas que contenían.

Evidentemente, había resuelto no condenarla hasta después de haber juzgado por sí mismo de la veracidad de las acusaciones de doña Rangela. Y como al día siguiente no estaría por cierto en situación de tratarlo según su deseo, esperábala

Digitized by Google

un severo castigo. Lo menos que podía sucederle era que la declarase indigna de ser su esposa y la devolviese a casa de sus padres; pero en las últimas palabras que él había pronunciado, creyó ella discernir una amenaza mucho más terrible: parecían implicar que la trataría sencillamente como a una ladrona y la expulsaría a palos, por sus lacayos.

Dábase cuenta de que doña Rangela había sabido inspirar a sir Eskil una cólera loca hacia ella, y comenzó a temblar y a dar diente con diente de terror, sintiéndose próxima a la muerte. Creía que debería emplear la escasa luz de la noche buscando un medio de salvarse; pero el espanto la paralizaba.

«¿Cómo me será posible ofrecer mañana un banquete a mi marido y a sus sesenta hombres?—preguntábase desesperada—. ¿Qué podré intentar? Tanto vale permanecer quieta y esperar la desgracia y el deshonor.»

Lo único que podía hacer para su salvación era dirigir fervientes plegarias a Santa Lucía de Siracusa. «¡Oh, Santa Lucía, mi queridísima patrona! Mañana es el día en que sufriste martirio y ganaste el paraíso celeste. ¡Recuerda cuán dura, triste y fría es la vida sobre la tierra! ¡Ven a mí esta noche y llévame lejos de aquí! ¡Ven a cerrar mis ojos con el sueño de la muerte! ¡Tú sabes que éste será para mí el único medio de evitar la vergüenza y el oprobio!».

Digitized by Google

Así pasaron las horas de la noche y así se aproximaba el mañana tan temido. Más pronto aún de lo que ella hubiera creído, cantó el primer gallo; y poco después, los criados encargados del ganado atravesaron el patio y se agitaron los caballos en las cuadras.

«Sir Eskil no tardará en despertarse—pensó—; pronto me dará la orden de hacerme traer su bebida matinal y entonces me veré obligada a confesar que he obrado tan inconsideradamente que no tengo cerveza ni hidromiel para atemperarlo.»

En aquella hora de mayor peligro para la joven esposa, su celestial amiga Santa Lucía, no pudo resistir al deseo de socorrerla. Su protegida, en suma, no había pecado más que por exceso de caridad. El cuerpo terrestre de la santa, que desde cientos de años reposaba en la estrecha cueva de las catacumbas de Siracusa, halló un soplo de vida, recobró su antigua belleza y el uso de sus miembros, se vistió una túnica tejida con rayos de estrellas, y volvió al mundo en el que antes había sufrido y amado.

Y algunos instantes después, el asustado vigía de la atalaya de Boertsholm observó un extraño fenómeno: por el horizonte sur se elevó un globo de fuego; cruzó el espacio nocturno, tan rápido, que la vista no pudo seguir su trayecto, se dirigió directamente hacia Boertsholm, rozó al vigía y desapareció. Sobre aquella bola de fuego—tal fué, al me-

Digitized by Google

nos, el relato del vigía—iba, tocándola apenas con la punta del pie, como danzando y con los brazos levantados, una mujer joven.

Casi al mismo tiempo, doña Lucía, que velaba angustiada, vió penetrar por un resquicio de la puerta un rayo de luz. Abrióse aquélla inmediatamente después, y, con gran estupefacción de doña Lucía, apareció una hermosa joven vestida con ropas blancas como la luz de los astros.

Sus largos cabellos negros y flotantes estaban sostenidos por un lazo de hojas que en vez de flores tenía centelleantes estrellitas. Estas estrellas iluminaron toda la cámara y, no obstante, le pareció a doña Lucía que no eran nada comparadas con los ojos de la dulce extranjera. Estos no sólo brillaban con el más puro brillo, sino que centelleaban de amor celeste y de misericordia.

La virgen extranjera llevaba en la mano una gran copa de cobre de la que emanaba el fino perfume del nobilísimo jugo de la vid. Cruzó la habitación, como volando, se aproximó a sir Eskil y llenó de vino una copa que le ofreció.

Sir Eskil, que había dormido bien, se despertó cuando la luz cayó sobre sus párpados y acercó a sus labios la copa. En el estado semilúcido del despertar, no se dió cuenta del milagro; únicamente comprobó que el vino que se le ofrecía era bonísimo y perfumado, y vació la copa sin dejar nada.

Pero aquel vino que, ciertamente, no era otra

Digitized by Google

cosa que la noble malvasía, gloria del Mediodía y perla de los vinos, era tan soporífero que, apenas vaciada la copa, sir Eskil se abatió de nuevo sobre las almohadas y se durmió. La santa había desaparecido, dejando a doña Lucía en un estado de sorpresa y de esperanza que la hicieron estremecer y temblar.

Su radiosa protectora no se limitó a atender a sir Eskil. En la fría y obscura mañana de invierno, recorrió las salas bajas y sombrías del castillo sueco y ofreció a cada uno de los soldados adormecidos un vaso del vino generoso del Sur.

Todos cuantos lo bebieron, creyeron paladear un brebaje celeste, y cayeron inmediatamente en un sueño lleno de quimeras durante el cual se paseaban por países de primavera eterna y de eterno sol.

Apenas vió doña Lucía desaparecer la visión luminosa, su angustia y la inercia de la noche desaparecieron como por ensalmo. Vistióse rápidamente y llamó a todas sus gentes al trabajo. Y en la larga mañana de invierno pusiéronse todos con ardor y empuje a preparar el festín de regreso para sir Eskil y para sus hombres. Becerritos, cerdos, ocas y pollos perdieron la vida, amasáronse pastas, encendióse los fuegos bajo los asadores y en los hornos del pan, se hacía cocer coles, se limpiaba nabos y se preparaba pasteles con miel para los postres.

En la sala de fiestas las mesas se cubrieron con

Digitized by Google

manteles; salieron de las profundas arcas los costosos cirios y sobre los bancos se extendieron almohadones y tapices.

Durante todos estos preparativos, el castellano y sus hombres continuaban durmiendo. Cuando, al fin, sir Eskil abrió de nuevo los ojos, juzgó por el sol que era más de mediodía.

Sorprendióse de su largo sueño, y más aún, de no sentir ya la furia que lo dominaba la víspera por la noche. En los sueños de la mañana su mujer se le había aparecido con gran dulzura y ni siquiera comprendía él ya que hubiese querido condenarla a un castigo ignominioso.

«Acaso, en resumen, las cosas no sean tan graves como doña Rangela se ha imaginado—pensó—. Cierto es que no podré seguir teniéndola como mujer si ha malgastado mis bienes; pero quizá baste con devolvérsela a sus padres.»

Al salir de su cuarto fué recibido por sus ocho hijos, que lo condujeron a la sala de los banquetes. Los hombres estaba allí ya, sentados a la mesa, esperando impacientemente su llegada, para lanzarse sobre los suntuosos manjares bajo los cuales parecía doblarse la mesa.

Doña Lucía tomó asiento al lado de su marido sin demostrar la menor inquietud. Sin embargo, no estaba exenta de ella, pues si bien había sabido preparar apresuradamente un banquete abundante y variado, no había podido disponer así la cerveza

Digitized by Google

ni el hidromiel, y temía, con razón, que sir Eskil quedase medianamente contento de una comida en que la bebida faltase.

Entonces ella vió sobre la mesa la gran vasija de cobre que había llevado la santa. Estaba allí, en su sitio, llena hasta los bordes de un vino perfumado. De nuevo sintió su corazón henchido de gratitud hacia la santa, que con su protección velaba por ella. Feliz, sirvió a sir Eskil el vino maravilloso; pero le reveló su procedencia. Fué el suyo un relato que él escuchó con la mayor sorpresa.

Cuando sir Eskil hubo vaciado su vaso de vino, que esta vez no tenía efecto alguno soporífero, sino vivificador y excitante, doña Lucía se sintió con valor para referirle su expedición a las regiones devastadas. Sir Eskil adoptó al pronto un aire severo; pero cuando ella indicó que había socorrido al cura sir Kolbiorn, exclamó:—«Sir Kolbiorn es un antiguo y fiel amigo mío, doña Lucía, y me satisface mucho saber que has podido serle útil».

En el transcurso del relato, se vió que el campesino de Saxudde había sido compañero de sir Eskil en varias campañas; que, entre las santas mujeres del convento, había una parienta de sir Eskil, y que Larse, el mercader del pueblo, era su proveedor de armas y de ropas, que hacía traer para él del extranjero. Antes de que doña Lucía hubiese terminado su relato, sir Eskil estaba ya dispuesto, no sólo a perdonarla, sino hasta a darle las gracias,

Digitized by Google

No obstante, la angustia en que doña Lucía había pasado la noche, le invadió de pronto el corazón, y con la voz velada por las lágrimas, añadió:

—Ahora, mi querido señor, a mí misma me parece que he obrado muy mal disponiendo sin vuestra autorización de vuestros bienes. Yo os suplicaría, en atención a mi juventud y a mi gran inexperiencia, que me perdonaseis mi irreflexiva acción.

Al oír estas últimas palabras y al pensar que su mujer tenía tanta piedad que uno de los moradores del cielo, para acudir en su ayuda, había recobrado su forma terrestre, tuvo que confesar que él, que tenía la pretensión de ser un hombre sensato y perspicaz, se había dejado prevenir contra ella, y experimentó una gran humillación. Bajó la vista y no fué capaz de responder.

Doña Lucía, creyéndose menospreciada con aquel silencio y con aquella actitud, sintió que renacía su espanto y habría querido levantarse de la mesa para huir llorando. Pero en aquel momento, la misericordiosa Santa Lucía se presentó en la sala del banquete—invisible esta vez para todos,—se deslizó junto a la joven y bisbiseó en su oído las palabras que había de decir. Estas palabras eran, justamente, las que doña Lucía hubiera querido pronunciar; pero, sin la exhortación celeste, su timidez las habría retenido siempre en sus labios.

—Hay algo aún que yo solicitaría de vos, mi

Digitized by Google

querido señor y dueño—prosiguió—, y es, que permanezcáis lo más que os sea posible en vuestro hogar. Nunca había yo caído en la tentación de obrar contra vuestra voluntad, y podría de este modo demostraros mejor el amor que os profeso, sin que nadie se interpusiese entre vos y yo.

A sir Eskil le agradaron visiblemente estas palabras. Alzó la cabeza y ahuyentada su vergüenza por su gran alegría, se disponía a responder cuando uno de los intendentes de doña Rangela se precipitó en la sala. Atropelladamente y sin aliento refirió que doña Rangela había salido de su casa muy temprano con dirección a Boertsholm, para asistir, sin duda, al castigo de doña Lucía. Por el camino había tropezado con algunos campesinos que desde mucho tiempo atrás la odiaban a causa del peaje, y sorprendiéndola en la obscuridad de la noche, sola con un espolique, habían tirado a doña Rangela de su caballo, y, después de haber hecho huir al mozo, la habían asesinado despiadadamente.

El intendente perseguía en aquel momento a los asesinos y venía a pedir a sir Eskil que le prestase auxilio.

Entonces sir Eskil se levantó, y con voz fuerte y segura, dijo:

—Primero debía una respuesta a mi mujer y a sus ruegos; pero antes deseo terminar con lo de doña Rangela. Digo, pues, que, por más que sea parienta

Digitized by Google

mía por alianza, la dejaré sin venganza, no estando dispuesto a enviar a mis hombres a ejercer sangrientas represalias por su causa; pues en conciencia creo que ella ha caído víctima de sus actos.

Tras estas palabras se dirigió a doña Lucía, y su voz se hizo tan dulce que jamás se hubiese creído a su garganta capaz de notas parecidas.

—Y ahora responderé a mi querida esposa que la perdono de todo corazón y que espero que ella, por su parte, disculpe mi violencia. Y, puesto que ella lo desea, pediré al rey que escoja otro consejero, pues, desde hoy, me consagro al servicio de dos nobles damas: una, mi mujer; y la otra, Santa Lucía de Siracusa, a quien hago voto de elevar altares en todas las iglesias y capillas de mis dominios, rogándola que mantenga ardiente, entre nosotros, helados por los fríos del Norte, esta llama y esta estrella conductora que tiene por nombre Caridad.

* * *

El trece de diciembre, a la hora matutina en que el país del Vermland está sumido en el frío y en las tinieblas, Santa Lucía hacía aún, en mi infancia, su entrada en todos los hogares dispersos entre los fiordos de Noruega y el río Gullspang. Aun llevaba—por lo menos ante mis ojos de niña—una tú-

Digitized by Google

nica tejida con la blanca claridad de las estrellas; en torno a su cabeza se arrollaba una guirnalda de follaje en la que ardían flores de luz, y despertaba a todos los durmientes presentádoles un vaso lleno de una bebida caliente y aromática.

No he visto jamás visión más bella que la suya, cuando se abría la puerta y aparecía deslumbradora en la obscuridad de mi cuarto. Y formulo el deseo de que no deje de visitar las casas del Vermland, pues ella es la luz que vence a las tinieblas, es la leyenda que triunfa del olvido, es el calor del corazón, que, a pesar del invierno, hace soleados y atractivos los helados países...

Digitized by Google

ÍNDICE

	Págs.
Dos predicciones	5
El agua de la Bahía de la Iglesia	32
El niño gnomo	51
El espíritu servidor	72
Vieja historia de las montañas	97
El duende de Toreby	117
Una historia del Halland	133
Cómo el joven vicario adjunto obtuvo en matrimonio a la hija del pastor	162
La niebla	171
El camino entre el cielo y la tierra	182
Encuentro de monarcas	199
El eclipse de sol	206
La princesa de Babilonia	214
La leyenda de santa Lucía	219

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

THE UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SANTA CRUZ

This book is due on the last **DATE** stamped below.
To renew by phone, call **459-2756**
Books not returned or renewed within 14 days
after due date are subject to billing.

Digitized by Google

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SANT
3 2106 01404 68

Digitized by Google

Digitized by Google